



Vosotros seréis mi vida



SERIE CORAZONES HERIDOS III

TOWANDA RICHARDSON

Vosotros seréis mi vida

Serie Corazones heridos 03

Towanda Richardson

© Towanda Richardson.

Portada: Towanda Richardson.

Reservados todos los derechos.

Esta es una historia de ficción. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Índice

[Sinopsis](#)

[Prólogo](#)

[Cinco años después](#)

[1 El comienzo de una historia](#)

[2 El regreso](#)

[3 Reencuentros](#)

[4 Convivencia](#)

[5 Escaleras y alas](#)

[6 ¿Incómodos?](#)

[7 Calor](#)

[8 Enamorados](#)

[9 Triángulo](#)

[10 El día en que todo cambió](#)

[11 El horror](#)

[12 Jodido](#)

[13 Más real](#)

[14 Hospital](#)

[15 Ser medio hombre](#)

[16 Des-hogar](#)

[17 Sucio](#)

[18 A ella no](#)

[19 Al fin, una decisión](#)

[20 Londres](#)

[21 Cuando pase un año](#)

[22 El regreso](#)

[Epílogo](#)

Sinopsis

Alex y Emma llevan juntos toda una vida. Enamorados casi desde niños, cumplen en San Francisco todos sus sueños. Hasta que, pocas horas después de graduarse en la universidad, y con todo listo para empezar su nueva vida, Alex le rompe el corazón a Emma. Ella solo encuentra consuelo en los brazos de Sam, un buen amigo de ambos, al que acude porque el dolor es tan fuerte que no puede soportarlo sola.

Cinco años después, cuando Emma y Sam viven una existencia de lo más plácida y tranquila, Alex llama un día a su puerta. Y lo pone todo patas arriba. La tranquilidad, los recuerdos y todo lo que los tres creían saber sobre las relaciones de pareja. Porque... ¿puede una pareja estar formada por más de dos personas? ¿Pueden amarse tres personas sin celos, prejuicios ni miedos?

Cuando la vida les ponga en el camino el más duro de los obstáculos, el amor se pondrá a prueba. ¿Sobrevivirán Emma, Sam y Alex a la devastación más absoluta?

Prólogo

La historia de Alex y Emma es de esas que se pueden escribir como una biografía conjunta. La historia de dos vidas que, en realidad, solo fueron una. Porque Alex y Emma se conocieron antes de tener uso de razón suficiente como para valorar que la afortunada casualidad de que sus familias compartieran vecindario marcaría para siempre su existencia. La de los dos.

Cuando empezaron la guardería, sus padres —los de ambos— ya bromeaban con que eran novios. En el colegio de Primaria, ellos mismos estaban orgullosos de autodenominarse así. En el instituto, las cosas se pusieron más serias. Aunque los dos eran buenos estudiantes, se saltaron en aquellos años más clases de las que podían recordar, y no era difícil encontrarlos bajo las gradas del campo de fútbol del instituto, con las manos metidas en los pantalones del otro y los labios enredados en besos sin final. Cuando llegó el momento de elegir universidad, ambos tenían muy claras sus vocaciones (Alex tenía un talento innato y no dudaba que estudiaría Bellas Artes; Emma se había decidido por la decoración de interiores). Pero, sobre todo, tenían claro que no se separarían. No podrían sobrevivir si lo hacían.

San Francisco fue la ciudad elegida para ver cumplidos todos sus sueños de futuro. Se matricularon en Berkeley, en cuyo campus, además, compartían facultad. Después de un arduo trabajo de convicción con sus respectivas familias durante el verano anterior a la universidad, habían conseguido que no los enviaran a una residencia universitaria, sino que les alquilaron un pisito, muy pequeño pero acogedor, en el mismo recinto del campus. Allí fue donde Emma realizó sus primeras prácticas como decoradora, llenando cada rincón con su sello personal, con miles de detalles, de fotos, de objetos que contenían recuerdos... Nunca en toda su vida sería más feliz con su trabajo que decorando aquel primer nidito de amor que compartió con Alex.

Las mañanas las pasaban en la facultad, empapándose de los conocimientos que necesitarían para desarrollar unas carreras profesionales que estaban deseando que empezaran. Dedicaban las tardes a recorrer la ciudad; conocieron cada rincón de la bahía, los pueblos que rodeaban un San Francisco que, como chicos llegados desde una ciudad de tamaño pequeño del Medio Oeste, les había parecido una jungla de asfalto la primera vez que la habían visto. Y las noches... esas eran solo para ellos. Para disfrutar entre las sábanas, abrazarse en la cama hasta caer dormidos, hacer el amor como la máquina perfecta que habían sido en ese sentido desde que, a los quince años, habían decidido regalarse sus respectivas virginidades. No. «Máquina perfecta» sonaba demasiado frío. Y eso era algo que ellos jamás habían sido entre las sábanas. Eran pura pasión y estaban orgullosos de serlo.

Se hicieron mayores juntos. Maduraron como si cada uno de ellos fuera una parte del cuerpo del otro. De su alma. Hicieron un grupo de amigos numeroso, aunque no demasiado íntimo, porque, entre ellos, había poco espacio para más gente. Pronto dejaron incluso de viajar a sus hogares excepto para lo estrictamente necesario. Crearon su burbuja y eran tan felices en ella que querían al mismo tiempo que pasara el tiempo y que se quedara congelado en el punto exacto en el que se encontraban.

Apenas habían cumplido los veinte y ya hablaban de matrimonio. No de boda, en realidad, porque los dos eran muy modernos, muy liberales, y no creían demasiado en las relaciones tradicionales, a pesar de lo que pudiera parecer desde fuera. Pero sabían que ellos serían un matrimonio, pasaran o no por el altar. De hecho... probablemente ya lo eran. A Emma le provocaba horror la idea de tener hijos, pero no negaba que, quizá, con el paso de los años, le

apeteciera. Alex tampoco es que quisiera ser un padre joven, pero muchas veces se descubría soñando con una mini Emma o un mini Alex correteando por las calles de San Francisco, después de que Emma saliera de trabajar en su propia empresa de decoración de interiores y él acabara de ilustrar un libro, un videojuego o incluso preparara su propia exposición.

Qué bonitos eran los sueños. Qué precioso era vivir uno desde dentro.

Alex y Emma brillaban. Todos sus compañeros de facultad lo sabían. Eran populares, simpáticos, sociables. Y también eran muy guapos. Más de lo conveniente para la salud mental de cualquiera que los observara. Él medía aproximadamente un metro noventa y era muy delgado. A pesar de que siempre había hecho deporte, su constitución era flaca por naturaleza y, para desconsuelo de muchos de sus amigos, podía comerse todos los Big Macs que le diera la gana sin engordar ni un gramo. De niño era tan rubio que parecía albino, pero, con el paso de los años, su color de pelo se aproximaba más al dorado. Él lo llevaba largo, en una melena lacia que muchas veces le caía por delante de los ojos y le daba un aire descuidado que era su auténtica seña de identidad. Casi parecía uno de esos cantantes de *boy band* que se lleva a las adolescentes de calle.

Emma, por su parte, tenía el aspecto de una modelo de Victoria's Secret. Incluso en los primeros años en San Francisco se ganó algún dinero extra posando para pequeñas marcas de ropa que le pagaban poco, pero suficiente para poder permitirse algunos caprichos. Era alta, tenía un cuerpo de escándalo, con las curvas justas en los lugares adecuados y unos ojos verdes que hipnotizaban a quien los mirara, por más que ella rara vez los posara sobre alguien que no fuera Alex. Pero aquello por lo que todos la reconocían era su melena. Larga, rizada, de color rubio oscuro, con matices más claros por momentos, y un aspecto asilvestrado que ella achacaba solo a la comodidad de no tener que peinarse nunca, y que era la envidia de todas sus amigas y el objeto de deseo de cualquier hombre con el que se cruzara.

Llegaron al último curso de la carrera sin que se les pasara por la cabeza que, jamás, un nubarrón pudiera teñir de gris su felicidad. Al menos... en el caso de Emma. Acababan de cumplir veintitrés años y llevaban juntos, de manera oficial, once años y medio, la mitad exacta de sus vidas. ¿Cómo podría alguien plantearse que una historia tan preciosa se rompiera? Era impensable.

Los últimos meses antes de licenciarse se les perdieron entre planes de futuro. Los dos tenían muy claro que querían trabajar en las profesiones que habían estudiado, pero aún no habían decidido si se quedarían en San Francisco, aunque adoraban la ciudad, o si se trasladarían a algún otro lugar del país. Ninguno de los dos quería que sus profesiones se supeditaran a su relación... ni tampoco lo contrario. Así que se limitaban a cruzar los dedos muy fuerte para encontrar un trabajo que satisficiera sus aspiraciones profesionales y que estuviera en la misma ciudad. No era tanto pedir, ¿no?

La noche de la graduación en la universidad fue extraña. Debería haber sido una de las noches más felices de sus vidas. Emma estaba radiante, con un vestido rojo de pronunciado escote en pico, en el frente y en la espalda. Alex la acompañaba vestido de *smoking*, con una pajarita roja a juego con el vestido de ella. Salieron de casa nerviosos, felices, al menos en apariencia..., pero la ceremonia, las conversaciones posteriores, los brindis y las felicitaciones fueron dejando una capa espesa de algo difícil de reconocer sobre ellos.

Cuando sus respectivos padres se fueron al aeropuerto a última hora de la tarde para marcharse de vuelta a Ohio, ellos se unieron al enorme grupo de amigos que había decidido celebrar en privado el fin de sus estudios con una gran cena y una barra libre posterior. A esas alturas, Emma ya se había dado cuenta de que a Alex le pasaba algo, pero no se había atrevido a

preguntar. La relación con sus padres nunca había sido una maravilla; eran demasiado tradicionales y nunca se habían entendido bien. Y Emma prefirió achacar aquel mal humor aparente a la presencia de sus progenitores en la ciudad que asumir que hacía ya unas cuantas semanas que Alex se mostraba poco participativo cuando ella se volvía loca buscando un apartamento más grande en el que vivir —porque el contrato del que tenían se acababa más o menos al mismo tiempo que el curso universitario—, un trabajo para ella, otro para él... Planes de futuro en los que él parecía cada vez menos proclive a participar.

Cuando Emma despertó a la mañana siguiente, notó el punzante dolor de la resaca clavándose en sus sienes. No es que hubiera bebido demasiado la noche anterior —desde luego, había bebido menos que todos sus amigos—, pero estaba tan poco acostumbrada al alcohol que siempre le dejaba secuelas dolorosas en la cabeza. Pero no sería aquella resaca, por desgracia, lo que siempre recordaría de su primer día como graduada en Decoración de Interiores, sino la cara de Alex, recién duchado y perfectamente vestido, sentado en una pequeña butaca de color azul que Emma había logrado encajar en el exiguo espacio entre la mesilla de noche y la ventana del dormitorio.

—¿Qué ocurre? —le preguntó. La cara de él era tan ambigua, en el peor sentido del término, que se asustó sin necesidad de que empezara a hablar. Algo iba mal. Terriblemente mal.

—Emma, yo...

—¿Alex? —Los ojos de Emma se abrieron como platos en el momento en que reparó en que, a los pies de Alex, junto a la butaca, estaba la gran bolsa de viaje con la que se había trasladado a San Francisco cinco años atrás. Y estaba llena. Estaba llena, joder.

Lo que ocurrió en las horas siguientes fue algo que Emma sabía que recordaría durante toda su vida como una pesadilla. Alex no tardó ni dos titubeos en decirle que necesitaba marcharse un tiempo. Que la quería, por supuesto que la quería. La querría para siempre. Pero necesitaba encontrarse a sí mismo. Lo necesitaba tanto que se ahogaba solo de pensar en quedarse para siempre en la vida que llevaban meses planeando tener juntos.

Emma gritó. Gritó mucho. Y lloró. También mucho. Se desgañitó intentando encontrar la razón por la que su mejor amigo desde que era una niña, el amor de su vida, podría encontrar la felicidad solo apartándola de su lado. ¿En serio era ella la causante de su infelicidad? ¿Podría soportar vivir con eso?

Alex tardó mucho en contarle la verdad. Fueron horas de conversación en bucle, en las que acabaron cansados de llorar, de despedirse, de amarse, de odiarse. Ya casi estaba cayendo la noche sobre la ciudad cuando al fin Alex confesó su verdad.

Era gay. Siempre lo había sido, aunque no siempre lo había sabido. Había querido tantísimo a Emma, y desde tan joven, que las primeras sospechas adolescentes sobre su posible tendencia sexual habían quedado extinguidas entre besos y noches de sexo que —y de esto no tenía ninguna duda— siempre había disfrutado. El paso de los años fue haciendo más profundas sus sospechas, pero... también era cada vez más intenso el amor que sentía por Emma. Sabía que nunca se excitaba con mujeres, con otras mujeres que no fueran ella, y, sin embargo, alguna vez, en el gimnasio, se le había quedado la mirada fija en el cuerpo de algún hombre. En los últimos tiempos, en aquel último año de universidad que para Emma había estado teñido de ilusión y para Alex de dudas, incluso alguna vez había tenido que recurrir a imágenes masculinas para conseguir excitarse como debía con Emma.

Y necesitaba largarse. Odiaba hacerle daño. Sabía que la añoraría tanto que sería como si se arrancara la piel a tiras. Y después le echara una mezcla de tequila, limón y sal. Pero no podía vivir el resto de su vida sabiendo que era gay y vivir aquella farsa de estar junto a una mujer,

casarse, tener hijos... Sabía que podría resistirlo, e incluso ser feliz haciéndolo, porque Emma para él era y sería siempre sinónimo de felicidad, por más que de aquella conversación ella estuviera extrayendo la conclusión contraria, pero... le daba auténtico pavor vivir una crisis tan grande como aquella diez, quince o treinta años después y destrozarse una familia. En aquel momento aún tenían veintitrés años. Emma tendría toda la vida por delante para olvidarlo, para rehacerse, para encontrar a alguien que la quisiera tanto como él —suponiendo que eso fuera posible— y que, además, estuviera plenamente disponible para amar a una mujer. Para disfrutar del sexo con ella. Para sentirla sin necesidad de pensar en alguien del sexo opuesto, lo que convertía en realmente sórdido algo que solo debería ser bonito.

—¿A dónde te vas? —logró preguntarle Emma con la voz calmada, aunque ronca, pues las lágrimas habían arrasado sus cuerdas vocales.

—A Ámsterdam.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Compré el billete hace dos semanas. —Alex bajó la cabeza—. Lo siento. No sabía cómo decírtelo. No me atrevía a... a hacerte tanto daño.

—¿El billete es solo de ida?

—Sí.

Pasaron muchas horas intentando asimilar tantos cambios. Emma comenzó sintiendo un rencor infinito por haber sido engañada. No soportaba pensar que, mientras ella hacía planes de futuro, Alex... también. Pero sin ella y al otro lado del mundo.

Era de madrugada cuando él se marchó. Y Emma se quedó tan desolada que sintió que habría que inventar una nueva palabra para definir su estado. Lo peor quizá fue darse cuenta de que no estaba tan sorprendida como debería. Quizá era el *shock*. O quizá era una absoluta locura. Porque... ¿a qué mujer en su sano juicio le confiesa su novio de toda la vida que es gay y no se queda sorprendida?

Alex siempre había tenido algo de pluma. Que no es que eso fuera una garantía de algo, ni su ausencia de lo contrario, pero... pluma sí había tenido. Una sensibilidad exquisita, que quizá era su mejor cualidad como ilustrador, de hecho, y algunos otros tópicos que la sociedad en general suele asociar a los hombres homosexuales podrían haber supuesto pistas que nadie siguió nunca porque, al fin y al cabo, cualquier persona que hubiera conocido a Alex a partir de los once años lo habría hecho con Emma de la mano. ¿Y quién va a pensar que un hombre es gay si lleva toda la vida enamorado de una mujer?

Emma pasó muchas horas convencida de que toda su vida hasta el momento había sido una mentira. Ya ni siquiera albergaba rencor hacia Alex. Lo quería tanto que se sentía empática con su propio infierno personal. No le cabía ninguna duda de que habría atravesado el peor de los avernos durante meses antes de atreverse a tomar la decisión de irse al otro lado del mundo para encontrarse en aquel hombre que siempre había sido y, a la vez, nunca. Solo esperaba que la vida le devolviera la felicidad perdida. A ella y a él. Aún era demasiado pronto para saber si, en la ruleta rusa de los sentimientos, con el tiempo acabaría odiándolo, si seguiría queriéndolo para siempre o si quedaría diluido en la bruma del olvido, aunque siempre lo recordara con cariño.

El momento de verlo marcharse había sido desgarrador. Se dijeron adiós con un beso lleno de amor y amistad, de incompreensión y dolor, de miedo y dudas. Las lágrimas mojaron aquel beso más que la saliva. Y cuando el apartamento se quedó al fin en silencio, Emma se hundió en un pozo tan profundo que estaba convencida de que jamás sería capaz de salir de él.

Lloró. Lloró tanto que su cara era ya una mueca grotesca. Y no solo lo hacía por el desamor, la añoranza y la aterradora idea de no volver a ver a Alex nunca más —en aquel momento, aún no

quería ni pensar que esa fuera una opción—. También estaba desesperada porque su vida acababa de convertirse en un folio en blanco que no tenía ninguna fuerza para llenar. No tenía trabajo. En pocos días se le acababa el alquiler del piso y tendría que marcharse. Tenía amigos, sí, pero ninguno demasiado íntimo. Su único amigo de verdad era un hombre que, a esas horas, estaría surcando el Atlántico sin mirar atrás. Su mejor opción en ese momento era recoger su título de licenciada, empacar todas sus cosas y coger un avión de vuelta a Ohio. Volver a vivir con sus padres y, tal vez, en el mejor de los casos, encontrar un empleo como dependienta en alguna tienda de muebles, cortinas... Eso sería lo más parecido a su carrera a lo que podría aspirar. Adiós a su sueño de montar su propia empresa de decoración de interiores.

La mañana la encontró desvelada. Había perdido la cuenta de las horas que llevaba sin dormir. Aquella resaca del alcohol de la fiesta de graduación la recordaba tan lejana como la propia fiesta, a pesar de que su vestido rojo seguía abandonado sobre la alfombra del dormitorio. Ahora tenía resaca de tristeza y llanto.

No fue hasta el mediodía que Emma consiguió levantarse de la cama. Aunque fuera lo que menos le apeteciera del mundo, tuvo que reunir fuerzas de flaqueza para darse una ducha y empezar a plantearse qué hacer con el resto de su vida.

Cuando salió de la ducha, le ardía la piel. Y no solo por la temperatura del agua, que rozaba la ebullición, como siempre. Ni por una posible fiebre psicósomática que le hubiera venido con el disgusto, aunque esa era una posibilidad que no habría que descartar. Le ardía la piel de la pura necesidad de tatuarse algo que le recordara aquel momento, el más bajo de toda su existencia, y que se convirtiera en un punto de partida desde el cual coger impulso para afrontar el resto de su vida.

Así que Emma lo tuvo claro... Tenía que ir a ver a Sam.

Sam Thornton era el tatuador más conocido del campus de Berkeley. Tenía veintisiete años, solo cuatro más que Emma y Alex, pero, en algunos sentidos, parecía mucho mayor. Había vivido mucho —lo había vivido todo— y eso se notaba en cada uno de los aspectos de su vida.

Emma y Alex habían conocido a Sam un par de años antes, cuando estaban más o menos a mitad de su tercer curso en la universidad. Llevaban algún tiempo deseando tatuarse algo significativo y, al final, se habían decidido por las coordenadas del parque infantil más cercano a sus casas, allá en Ohio, el lugar exacto donde se habían visto por primera vez. Todo el mundo en la facultad parecía haber caído en la adicción a los tatuajes por aquella época y todos coincidían en que el estudio de Sam Thornton era el lugar donde había que hacerlo. Por supuesto, Sam estaba encantado con la idea. Su cuenta corriente no había dejado de crecer desde que sus diseños se habían puesto de moda y, por primera vez en su vida, no le daban escalofríos cuando pensaba en pagar el alquiler a final de mes.

A aquella primera visita a su estudio siguieron unas cuantas más —Alex y Emma, finalmente, se hicieron adictos a la tinta, aunque siempre se decantaron por diseños pequeños—. Y aquello derivó en una cierta amistad que, aunque no muy profunda, los tres apreciaban. Se había forjado entre cervezas, tatuajes y consejos de Sam para sacarle el máximo partido a la ciudad. Él sabía bastante sobre ello, de eso cabían pocas dudas.

Sam había nacido en Londres, hijo de un militar británico y una corista californiana, pero el matrimonio de sus padres había durado menos y nada, así que sus primeros recuerdos ya eran del lluvioso norte de California. De su padre no volvió a saber nada hasta que era un adolescente y

recibió la noticia de que había muerto en una cárcel del Reino Unido. Junto a la comunicación, había recibido también una pequeña herencia —muy pequeña; no se puede decir que Samuel Thornton padre hubiera sido un hombre ahorrador—, que fue una verdadera bendición, porque le permitió tener un mínimo colchón para escapar de la vida que Sam llevaba junto a su madre. Porque Candy Thornton era otra historia. Sam tendría solo ocho o nueve años cuando dejó de aprenderse los nombres de sus diferentes novios, porque no merecía la pena el esfuerzo. Al principio, cuando solo era un niño inocente, veía en cada uno de ellos una posible figura paterna que sustituyera aquella figura mítica que su padre real era en su mente. Después, se limitó a intentar esquivar los golpes que todos se empeñaban en que recibiera cuando se interponía en las discusiones para defender a su madre. Los últimos años de su vida *familiar* los pasó Sam en un club de moteros de Oakland, tan al estilo *Sons of Anarchy* que daba auténtico pavor. Deseó huir de aquel ambiente sórdido durante tantas noches que el día que lo hizo no volvió a mirar atrás. Lo único que se llevó en la maleta fue la pasión por los tatuajes y una Harley Davidson que había aprendido a montar antes de tener la edad legal para hacerlo.

La madre de Sam murió cuando él acababa de cumplir los diecinueve. La lloró, porque era su madre y lo había querido, aunque fuera de aquella retorcida manera en que siempre parecían ser más importantes los novios de turno que su propio hijo. Y lloró también por su propia situación, porque tenía una edad a la que la mayoría de los chicos norteamericanos están preocupados solo por sus fiestas universitarias y él ya estaba solo en el mundo y sin más posesiones que una vieja motocicleta y unos cuantos dólares heredados en el bolsillo. Lo único que se le ocurrió en aquel momento fue depurar su técnica para tatuar —había aprendido técnicas casi carcelarias en el club de moteros— y utilizar su herencia paterna para montar un pequeño estudio. Así había comenzado su nueva vida, una en la que estaba muy solo, sí, pero también era, por primera vez, responsable único de sus decisiones y sus ambiciones.

La suerte le había sonreído. El talento había aportado algo, según decían los abundantes clientes del estudio. Y a los veintisiete años Sam se había convertido en un tatuador profesional de éxito y, lo más importante de todo, en un tío feliz que al fin había encontrado su lugar en la vida. Nunca sería una persona especialmente popular —una infancia y adolescencia solitaria era una cicatriz difícil de curar—, pero tenía muchos conocidos, algunos amigos y una lista interminable de mujeres deseando pasar la noche con él, algo que no solía rechazar.

Porque Sam era un buen tío, era un tatuador rozando la excelencia y muchísimas otras cosas que podían añadirse a su nómina de cualidades, pero... también era un portento físico. Alto, musculado, lleno de tatuajes —pues se había convertido a sí mismo en el primer lienzo en el que desarrollar su arte—, con una melena castaña larga, bastante por debajo de los hombros, y con un cierto aire descuidado. Con sus vaqueros siempre negros, siempre rotos, su cazadora de cuero desgastada, sus botas moteras y la Harley a su lado. Era casi un mito ya en San Francisco. Había mujeres —y unos cuantos hombres— que habrían vendido su alma a Satanás a cambio de solo algunos minutos de placer a su lado.

Sam vivía en un apartamento en la última planta de una casa de estilo victoriano en el centro de la ciudad. Apenas estaba amueblado, ya que él pasaba mucho más tiempo en su estudio de Berkeley que en casa. Pero tenía una cama, un armario, una tele, una cocina y un techo. Y Sam había tenido toda su infancia para aprender que eso, únicamente eso, era más que suficiente para tener una vida plena. Y él la tenía.

Fue la puerta de madera antigua de ese apartamento, precisamente, la que golpeó con sus nudillos Emma aquella mañana. Ella había estado allí un par de veces, después de noches de marcha con Alex y Sam en las que sus ganas de fiesta, las de los tres, habían sido superiores a los

horarios de los locales de moda de San Francisco, y en aquel apartamento habían tomado las últimas copas. En noches como aquellas se habían convertido, también los tres, en un tipo especial de amigos. No de esos a los que llamas a diario para mantenerlos al tanto de tu rutina, pero sí de los que sospechas que, si tienes un problema realmente grave, podrás contar con ellos cualquier día, a cualquier hora, en cualquier circunstancia.

Y la circunstancia de Emma aquella mañana era tan urgente que no encontró otra persona a quien recurrir que a Sam. Quizá si, de camino a su apartamento lo hubiera pensado dos veces, se habría dado la vuelta y habría llamado a alguna buena amiga, de San Francisco o de las pocas que había dejado en Ohio. Pero Sam tenía una máquina de tatuar y Emma, la necesidad de dejarse aquella fecha grabada en la piel para siempre.

Cuando Sam abrió la puerta de su estudio, su primera reacción fue de una enorme sorpresa por encontrarse a Emma en su umbral. Y, a continuación, cuando se fijó en la cara de ella, la preocupación lo invadió todo. Sam Thornton podía presumir de haber visto muchas cosas en su vida, pero nunca —y eso era mucho decir— había visto una imagen de la desolación tan tangible como la cara de Emma aquella mañana.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó, aunque su primer instinto había sido decir «¿Qué haces aquí?». Por suerte, se calló a tiempo.

—¿Puedo pasar? No sé... —Emma empezó a balbucear—. No sé por qué he venido aquí, pero el caso... El caso es que no sabía a dónde ir.

—Pasa, pasa. Por supuesto. ¿Quieres beber algo?

—El cuerpo me pide un *whisky*, pero... supongo que lo que me hace falta es un té.

—¿Un té con un chorrito de Jim Bean te parece correcto?

Emma esbozó una sonrisa. Triste..., pero sonrisa. Y le pareció un milagro ser capaz de dibujar ese gesto.

Se sentaron en el salón de Sam y Emma empezó a contarle su historia. La historia de las últimas cuarenta y ocho horas, y también la de los veintitrés años anteriores. La de su amor por Alex, que no había decaído ni un ápice a pesar de la ruptura; tal vez incluso se había incrementado. Fueron horas de conversación trufada de sollozos, de llanto, de nostalgia, de la auténtica incredulidad de Emma al recordar que en su apartamento ya no quedaba ni rastro de las cosas de Alex. Se había llevado todos sus enseres, pero había dejado una huella imposible de borrar.

Emma habló mucho, pero... no llegó a decir la razón real de la marcha de Alex. Sam no quiso intervenir. Él era hablador, extrovertido y solía dirigir las conversaciones en las que participaba, pero aquel día supo que su misión era ser un oído que supiera escuchar y un hombro en el que apoyarse. Y cuando le preguntó a Emma si Alex le había dado algún motivo concreto para aquella necesidad de encontrarse a sí mismo... él ya sabía la respuesta. Y Emma pareció sentirlo.

—¿Cuál dirías tú que es? —le preguntó ella, con el ceño fruncido y la mente algo embotada por la mezcla de *whisky*, falta de sueño y lágrimas.

—Es gay —afirmó Sam, quizá con demasiada poca delicadeza, pero convencido de que poner paños calientes no ayudaría en nada a Emma. Y Dios sabía que él daría cualquier cosa por que Emma dejara de llorar.

—¿Pero es que soy yo la única que jamás se lo planteó?

Sam le explicó que, cuando los había conocido, tardó tiempo en darse cuenta de que eran pareja. Llegó a pensar que eran hermanos. Luego, mejores amigos. Y solo la primera vez que se sorprendió al verlos darse un beso se dio cuenta de que eran novios. A Sam nunca le había cabido la menor duda de que se querían. Mucho. Muchísimo. Más de lo que se había querido ninguna

pareja a la que él hubiera conocido en toda su vida. Pero tampoco tenía demasiadas dudas de que a Alex... le gustaban más cosas. Incluso creía haberlo descubierto mirándolo un par de veces, joder...

—¿Quieres echarme un rato? Se te ve agotada, Emma.

—No, Sam... Bastante he abusado de tu hospitalidad por hoy.

—Ni se te ocurra. Échate un rato en el sofá del otro cuarto. —Sam señaló hacia la puerta cerrada que quedaba a su izquierda. La otra correspondía a su propio dormitorio—. Lo verás todo más claro después de dormir un rato.

—Pero... yo he venido aquí a pedirte algo.

—Tú dirás. —Sam se sobresaltó un poco, pero en su expresión fue imposible de deducir.

—Quería hacerme un tatuaje —le respondió Emma, algo sonrojada. Aquello parecía una estupidez del mismo calibre que las de sus amigas cuando se hacían un corte de pelo radical después de una ruptura.

—Pues yo tengo una norma: jamás tatúo a alguien hasta que estoy convencido de que ha reflexionado la decisión, así que —Sam levantó un brazo cuando vio que Emma estaba a punto de protestar— métete en ese cuarto y, si al despertarte sigues queriendo que te tatúe, estaré encantado de hacerlo.

—Vale.

Emma obedeció y, cuando despertó tres horas después, tardó un rato en orientarse. No sabía dónde estaba ni por qué su pecho, incluso en aquel estado semiconsciente, seguía albergando una presión que solo podía traducirse como dolor. Cuando recordó las razones por las que su cuerpo le recordaba que estaba destrozada, se planteó darse la vuelta y seguir durmiendo, o llorando, o las dos cosas a la vez. Pero aquella no era su casa y la vergüenza por haber desnudado su alma delante de alguien que era un amigo no demasiado cercano pudo con ella. Se preparó para salir de allí como alma que lleva el diablo y no volver a hablar jamás con Sam de lo ocurrido aquella tarde.

Pero, cuando salió de aquel cuarto anodino de invitados, lo que encontró la hizo recordar de repente la razón original que la había llevado a aquel apartamento. Sam había extendido una camilla portátil en medio del salón-cocina y preparaba en aquel momento una máquina de tatuar de aspecto algo rudimentario. Sobre la mesita de centro había una crema antiséptica, algo de vaselina y un bote de tinta negra.

—Espero que no tengas en mente nada con color, porque aquí, en casa, solo tengo tinta negra y la antigua máquina que usaba en el estudio. Aunque te confieso... que es mi favorita.

—¿No vas a asegurarte de que es una buena idea que me tatúe en mi estado anímico?

—No. —Sam levantó la mirada de lo que estaba haciendo y Emma se dio cuenta por primera vez, a pesar de los años que hacía que lo conocía, de que sus ojos eran tan dorados como el mismísimo Sol—. Eres una tía inteligente, Emma, de eso nunca he tenido ninguna duda. Si has descansado y sigues queriendo tatuarte, estoy seguro de que no te arrepentirás.

—Gracias por todos esos piropos que no estoy muy segura de merecerme —le dijo, sonrojada de nuevo—. Pero quizá te asustes cuando te diga lo que tengo en mente.

—Dispara.

—Quería... tatuarme unas alas.

—¿Dónde?

—En la espalda. —Emma asintió. Aquel era un diseño que siempre le había encantado, pero nunca había pensado que llegaría un día en que se atrevería a marcar su cuerpo hasta tal punto.

—¿En alguna parte en concreto?

—Me temo que no me has entendido. Lo quiero... en *toda* la espalda.

—¿Qué?

—En toda la espalda, ya me has escuchado. —A Emma se le escapó una inesperada sonrisita—. La parte más ancha de las alas en los omoplatos, llegando casi a los costados, y las plumas del final alargadas hasta la cintura.

—Emma, me parece... Tú solo te has hecho tatuajes pequeños y, justo en este momento en que estás un poco sensible...

—¿Un poco?

—Bueno, vale... Un mucho. —Sam se rio—. No me parece una buena idea.

—Pues tendré que buscarme otro estudio donde me lo hagan... —Era un farol, y los dos lo sabían, pero funcionó.

—Dame una razón que me convenza y lo haré —concluyó Sam.

—Está bien. —Emma se sentó en el sofá, suspiró y empezó a hablar—. Alex ha sido la mitad de mi vida desde que tengo uso de razón. Siempre me he sentido muy libre a su lado, no te voy a mentir. Ni voy a hacer esa cosa tan patética de las rupturas de decir que me robó parte de mi libertad, porque... yo me habría pasado la vida entera a su lado y me sentiría una mujer plena. —A Emma se le rompió la voz al darse cuenta de la imposibilidad de sus palabras—. Pero es indudable que una relación estable, una que dura toda la vida, de hecho, te roba una parte de ti. Y dicen que lo más sano que se puede hacer cuando se atraviesa una ruptura es pensar en cómo podría mejorar tu vida estando soltera. Y yo lo tengo claro: si tengo que sacar algo bueno de esto, aunque ahora mismo me cueste imaginarlo, es ser libre. Para siempre. Volar con mis propias alas. Vuelva a enamorarme o no. Pero siempre libre.

—No sé si mi opinión te sirve de algo, Emma, pero... nunca te he visto como otra cosa que una mujer preparada para comerse el mundo, para volarlo entero. —Sam se calló, porque se dio cuenta de que se estaba poniendo demasiado emotivo—. Y por si te quedaba alguna duda... no seré yo el primero que te corte las alas. Tendrás tu tatuaje.

—Gracias, Sam. —Emma sintió que las lágrimas invadían sus ojos; no supo hasta aquel momento cuánto significaba para ella aquel tatuaje. Cuánto significaba, precisamente, su simbolismo—. No he traído dinero ahora, pero...

—No pienso cobrarte.

—¡Bajo ningún concepto! Ya me has acogido en tu casa, me has dado consuelo...

—No, Emma. Bajo ningún concepto te cobraré. Tómatelo como el regalo de inauguración de tu nueva vida.

Aquellas palabras convencieron a Emma. Y la mirada tierna de Sam hizo el resto.

—Pues... deberías tumbarte en la camilla y... sacarte la camiseta. Y... y el sujetador también.

Sam no había tartamudeado en su vida delante de un cliente a la hora de pedirle que se desnudara. Y ni que decir tiene que tampoco le había costado nunca ni una mierda pedirle a una mujer que se sacara el sujetador. Pero Emma... Joder, ella era diferente.

Algo que Sam nunca le había contado a nadie es que, desde el primer día que había conocido a Emma, había sentido algo especial. No iba a decir que estuviera enamorado de ella, ni mucho menos, pero sí que... le había dado envidia ver aquella relación tan bonita que compartía con Alex. Él nunca se acostaría con una mujer con pareja, eso lo había tenido siempre claro. Se respetaba demasiado a sí mismo y respetaba las relaciones de otras personas, así que esa era una norma que no solía saltarse, ni siquiera con rollos esporádicos de una noche. Por eso a Emma siempre la había visto como a través de un velo de prohibición. Pero era preciosa, inteligente, divertida... y le gustaba. Ya no podía negarle a nadie que siempre le había gustado. Ni que tenerla

desnuda en su salón, aunque fuera por una causa nada sexual, lo ponía nervioso.

—Tengo que advertirte —Sam cambió a su tono más profesional y decidió centrarse en lo que tenía por delante, que era lo suficientemente importante como para reclamar toda su atención— que esto va a doler. Mucho.

—Me da igual. —Emma suspiró—. Bueno, en realidad me asusta, pero... prefiero que me duela la piel que el alma.

—Comprendo.

Vaya si lo comprendía Sam. Él se había hecho su primer tatuaje a los trece años, apenas veinte minutos después de encontrarse a su madre en la cama con el motero más asqueroso de aquel grupo de Ángeles del Infierno con los que se relacionaba. Dolor físico para vencer el dolor emocional. Sí, conocía esa receta.

—Pues deja que te enseñe unos cuantos diseños de alas que he buscado en el móvil...

—No, Sam. Lo dejo en tus manos. —Emma lo miró. Estaba ya tumbada boca abajo en la camilla y, al girarse un poco, Sam atisbó la sombra de un pezón. Apartó la mirada—. Dibújalo tú. Me fío al cien por cien.

—Vaya... Muchísimas gracias.

A Sam lo emocionó la confianza que ella acababa de depositar en él. No porque fuera Emma, sino porque siempre era satisfactorio para un artista —y Sam defendía, sin titubeos, que un tatuador lo era— saber que ponían en él toda la confianza para una obra que se llevaría para siempre sobre la piel sin posibilidad de arrepentimientos.

Fueron horas de trabajo. Muchas muchas horas. Emma no podía evitar, sobre todo hacia el final, que su cara se dibujara en un rictus de dolor, porque aquella tortura de agujas sobre la piel era difícil de soportar. Sam le aplicó un par de veces una crema anestésica, sin pedirle permiso ni comunicárselo siquiera, porque él se había tatuado zonas tan grandes como aquella y sabía que para Emma tendría que estar siendo difícil de soportar. Nada interrumpió aquel momento. Ni una llamada de teléfono, ni un mensaje, ni una visita inesperada a casa de Sam. La noche cayó sobre San Francisco, Sam se apartó solo un segundo de la espalda de Emma para encender la lámpara del salón y les dio la madrugada perdidos en un tatuaje que desprendía calor. Y dolor.

—Esto ya casi está, Emma. —Sam hablaba en susurros—. Has sido una jodida campeona aguantando esto.

—Me ha costado, no te voy a mentir. —Emma suspiró, porque no encontró palabras con las que expresar el alivio de que la tortura hubiera acabado. Pero había funcionado. El alma le dolía un poco menos.

—Espera un segundo, que voy a aplicarte la crema.

—¡Eh! Antes enséñame, ¿no?

—Ay, sí... —Sam se puso nervioso mientras iba a buscar el espejo de cuerpo entero para que Emma pudiera admirarse en toda su extensión. Lo aterrizzaba que ella no estuviera satisfecha con el resultado—. A ver si eres capaz de verlo...

Las palabras de Sam se perdieron en la nada cuando Emma se incorporó para mirarse. Con el torso desnudo, pero ya no pegada a la camilla sino mostrando su pecho sin rubor. Tan bella. Tan libre. Él se quedó sin aliento y, a continuación, sin palabras, cuando vio las lágrimas de ella fluyendo tranquilas por sus mejillas. Tan diferentes a las de hacía unas horas. Emma no estaba llorando de pena. Estaba llorando de emoción.

—¿Te gusta? —Se atrevió a preguntar él, y en su voz se detectaba un leve temblor.

—Es... Es maravilloso, Sam. —Emma hablaba entre sollozos. Si su desgarrado corazón hubiera sido capaz de sentir alegría, aquel sería un momento realmente feliz—. No me he dado

cuenta hasta este momento de que no quería unas alas de ángel. Que quería unas alas de salvaje. Y tú lo has sabido captar sin necesidad de palabras.

—Es que tú, Emma..., puedes ser muchas cosas, todas ellas buenas, pero... jamás te he visto como una mujer angelical. Te pega más lo de salvaje.

—Gracias a Dios. —Los dos se rieron.

—Deja que te eche la crema, que es importante.

—Ah, sí, sí, claro.

Sam se estiró para alcanzar la crema que había dejado sobre la mesa y se maldijo a sí mismo cuando sintió un tirón en los vaqueros... a la altura de la entrepierna. De repente lo apretaban. Puto cerdo, joder... Emma estaba en una situación de vulnerabilidad absoluta, en muchos sentidos diferentes, y su polla decidía unirse a la fiesta. Pero es que aquel cuerpo desnudo... madre mía.

Le extendió la crema casi como en una caricia, en un masaje tan relajante que a Emma incluso se le escapó un gemido. En cinco minutos, como mucho, debería haber quedado solventada la tarea de extender la crema, pero... se prolongó. Mucho. Y en la penumbra de aquel salón, Emma y Sam se cruzaron una mirada. Una mirada que decía que no podía ser, pero que... iba a ser.

—Sam... —susurró Emma. Ninguno tenía ni idea de qué había ocurrido, pero de repente estaban a solo unos milímetros uno del otro. Se respiraban el aliento.

—Emma...

Y en ese momento, a Emma se le olvidó el dolor, aunque solo fuera durante un instante. No solo el del alma, también el de la espalda. Se le olvidó que no tenía trabajo y que incluso ese tatuaje había sido una irresponsabilidad dado el estado de su cuenta corriente. Se le olvidó que en pocos días tendría que abandonar su piso y buscarse la vida sin saber siquiera por dónde empezar. Se le olvidó que Sam no era más que un amigo; uno sumamente atractivo, que siempre le había llamado la atención por su físico, pero con el que jamás se habría planteado nada más allá de una amistad, porque para Emma nunca hubo cabida para esos pensamientos mientras Alex formaba parte de su vida. Se le olvidó también que tenía el corazón roto. Y cualquier cosa que pudiera hacerle olvidar que los pedacitos de su alma eran tan diminutos en aquel momento... tenía que merecer la pena.

Se fundieron en un beso que tenía un poco de amistad, un poco de amor, un poco de ganas. Pero, sobre todo, tenía toneladas de pasión. De sexo. De ansia. Emma y Sam se devoraron, con la mente en blanco, porque si lo hubieran pensado tal vez no lo hubieran hecho. Se separaron jadeantes, sudorosos. Calientes.

—Esto no puede ser, Emma —le dijo Sam, muy serio, muy convencido, pero sin apartarse un ápice del cuerpo aún semidesnudo de ella.

—No... No puede ser. —Pero, contradiciendo sus palabras, ella atrapó con su mano la cintura de él.

—Emma...

Se quedaron quietos. Y callados. En un silencio sepulcral tan cargado de cosas por decir que era casi tangible. Tan cargado de ganas que lo extraño era que no estuvieran ya los dos desnudos en aquel momento.

Emma se levantó de repente. Su idea inicial era recoger la camiseta y el sujetador que había dejado sobre el respaldo del sofá. Pero algo la frenó y la hizo cambiar de idea. Una neurona suelta. Un cable que se le cruzó. La más absoluta cordura, aunque pareciera lo contrario. ¿Quién lo sabe?

A Sam le ocurrió algo parecido. Las ganas fueron más fuertes que la contención. Y Emma era puro deseo, puro sexo, pura vida. Era la mujer de la que podría haberse enamorado por primera

vez en su vida si se hubieran conocido en circunstancias diferentes.

Lo siguiente que ambos supieron era que la espalda de Sam estaba pegada a la pared de la cocina y Emma encaramada a su cuerpo, con las piernas abrazándole la cintura, y sus sexos, aunque vestidos, muy pegados. Palpitantes. Volvieron a besarse, a tocarse, a abrazarse. Los gemidos se convirtieron en la banda sonora de aquel apartamento, de aquel momento. Los jadeos eran tan eróticos que estuvieron a punto de batir un récord de excitación. A cada segundo parecía que era imposible alcanzar una cota más alta..., pero lo lograban. Era un *crescendo* constante. Estuvieron a punto de correrse sin siquiera desnudarse, sin tocarse de forma explícita. Aquello habría sido sexo incluso aunque hubiera habido cincuenta metros de distancia entre ellos.

Hasta que Sam lo paró.

—Emma, joder... —Se pasó la mano por la cara, frustrado, muerto de arrepentimiento por lo que acababan de hacer... y todavía más por estar parándolo—. Es que no puede ser. De veras.

—¿Por qué? —preguntó ella. Era patético suplicar, lo sabía. Pero que la matasen si no iba a hacer todo lo posible por volver a sentirse mujer. Y solo en brazos de Sam veía posible que eso ocurriera a corto plazo.

—Porque te vas a arrepentir. Porque no hace ni dos días que has roto con el único novio que has tenido en tu vida y, créeme, un polvo rápido no es nunca la solución a nada.

—Pues hazlo lento —le dijo ella. Y a Sam se le dibujó una sonrisa al tiempo que mascullaba una maldición porque aquella chica salvaje se lo estaba poniendo realmente difícil.

—Emma...

—¿Y a ti qué más te da, Sam? —preguntó ella, con tono retador—. ¿Qué te importa a ti que me arrepienta? Hoy ya has demostrado que eres un buen tío, puede que el mejor con el que he tenido la suerte de cruzarme en mi vida... ¿Por qué te importa tanto que me pueda arrepentir si lo hacemos?

—Porque...

Sam no iba a contestar. Dejó la respuesta en el aire, a pesar de que la tenía clarísima. El silencio se hizo denso.

—Habla, Sam.

—Porque no me gustaría que, si ocurre, fuera la última vez.

Ya estaba. Ya lo había dicho. Y aquella declaración tan ambigua y tan clara a la vez fue el pistoletazo de salida a la mejor sesión de sexo que recordaran Sam, Emma y la ciudad de San Francisco al completo. Se arañaron, se tocaron con tanta pasión que les quedaron marcas, Emma ni siquiera sentía dolor en aquella espalda que aún seguía tan sensible. Joder, no sentía dolor en ninguna parte del cuerpo. Acabaron cuando ya amanecía sobre la bahía, tumbados en la enorme cama de Sam. Sudorosos, calientes y satisfechos. Se quedaron dormidos... y, sin que ellos pudieran sospecharlo en aquel momento, firmaron el comienzo de una nueva vida. Una que ninguno de los dos esperaba. Una que era completamente diferente de la que habían planeado. Una que... pondría paz en su alma después de unas vidas llenas de momentos difíciles.

Cinco años después

1

El comienzo de una historia

Emma nunca llegó a buscar piso, ni a marcharse de San Francisco ni... nada de todo aquello que tanto la atormentaba en las horas siguientes a la marcha de Alex de la ciudad. A aquella noche de pasión, incomparable a nada que ninguno de los dos hubiera vivido nunca, le siguió una mañana de incertidumbre, de miedo, de culpabilidad. Fue Sam quien tuvo que tomar las riendas de la situación para que no se descontrolase. Emma apenas era dueña de sus decisiones, confusa como estaba por haber vivido la noche más pasional de su vida en el que era, al mismo tiempo, su peor momento. Y la culpabilidad la acechaba porque, por más que hubiera sido Alex quien se había marchado, ella no podía evitar ese pensamiento tan dañino de creer que se lo merecía. Que se merecía el dolor porque no había tardado nada en arrojarse en otros brazos. Y, sin embargo, a pesar de toda la culpa y la incertidumbre, se sentía cómoda en aquella cama que había compartido con Sam. Demasiado cómoda.

—Antes de que sigas comiéndote la cabeza... vamos a hablar —le había dicho Sam, porque Emma siempre había sido transparente en sus pensamientos y era obvio lo que se le estaba pasando por la cabeza.

Con aquella conversación, que duró horas, las emociones de Emma no quedaron mucho más claras que antes de comenzarla. Pero sí se solventaron algunas cuestiones prácticas. En cuanto Sam supo que ella estaba a punto de quedarse en la calle, al acabarse su contrato de alquiler, le ofreció instalarse en su cuarto de invitados durante todo el tiempo que necesitara, sin que, por descontado, eso implicara nada más entre ellos. Solo un gesto de necesidad a una amiga en apuros. Emma se resistió un poco, pero no podía engañar a nadie: aquella salida que le ofrecía Sam era la única manera que se le ocurría de evitar volver a Ohio con el rabo entre las piernas y unos cuantos fracasos vitales en el equipaje. Además, daba la casualidad de que Sam había tatuado a un decorador de interiores muy conocido en San Francisco, que siempre estaba a la búsqueda de nuevos talentos. No es que Sam pudiera asegurarle nada, pero al menos Emma acabó aquella conversación con una entrevista de trabajo fijada para la semana siguiente. Sam había estado rápido al enviarle un mensaje a su cliente para explicarle la situación.

—Bueno... y ahora que hemos resuelto las cuestiones más urgentes, deja que te eche la crema cicatrizante en la espalda, anda. ¿Te duele mucho?

—Un poco —le respondió ella, sonrojada. Era incapaz de olvidar que aquel tatuaje tan precioso que lucía en toda su espalda, y que había cambiado su aspecto físico para siempre, había sido el pistoletazo de salida a una noche de pasión que jamás olvidaría.

Y en cuanto ella se sacó la camiseta vieja de él con la que había dormido y las manos callosas pero suaves de Sam se posaron sobre ella... la pasión regresó. Y esa vez hubo menos culpabilidad en lo que hicieron, pero muchas más incertidumbres. ¿Qué demonios les estaba pasando?

Las primeras semanas de convivencia de Sam y Emma estuvieron llenas de emociones disparadas. Y contradictorias. Ella seguía inmensamente triste por la marcha de Alex. Había sido capaz de racionalizar que su relación no tendría ningún futuro si él era gay. Y la pasión que sentía por Sam, y que se materializaba en unos encuentros ocasionales que hacían que saltaran chispas en el apartamento, la hacía dudar de si realmente habría estado tan enamorada de su exnovio como siempre había pensado. Pero echaba de menos a su mejor amigo. A aquella persona que había sido

una presencia permanente en su vida y de la que hacía ya demasiados días que no sabía absolutamente nada. Alex le había asegurado, el día de su ruptura, que cortar el contacto sería un paso imprescindible para la salud mental de ambos —y para permitirles rehacer sus vidas sin lastres del pasado—, pero a Emma le parecía increíble que no hubiera sentido ni una sola tentación de llamarla. Si ella hubiera tenido el número holandés de él, no tenía dudas de que lo habría llamado más de una vez.

Pero no todo fue negativo en aquellos tiempos. Emma consiguió el trabajo para el que Sam le había conseguido la entrevista. Su jefe se había mostrado muy interesado en las ideas tan revolucionarias sobre diseño que habían convertido a Emma en una de las mejores alumnas de su promoción y no había dudado en contratarla. Desde aquel momento, podía ya ponerse a buscar un lugar donde vivir para dejar de abusar de la confianza de Sam. Aunque, cuando se lo planteó a él...

—La verdad es que llevaba tiempo planteándome buscar un compañero de piso que me ayude con los gastos del apartamento y así poder ahorrar para ejercer la opción de compra que tengo sobre él. Pero no acabo de decidirme porque eso de convivir con un desconocido después de tantos años viviendo solo... —Sam chasqueó la lengua—. No sé si te lo planteas.

—Pues la verdad es que yo...

Emma se había quedado pensativa porque en su mente libraban una cruenta batalla su corazón y la razón. Su corazón le decía que Sam era un gran amigo, que se había portado de maravilla con ella, que su maltrecha alma se sentía más curada cuando estaban juntos... y qué diablos, que aquel piso le encantaba. Pero la razón hablaba de que no parecía una idea demasiado buena convivir con un hombre al que no podía evitar echar más de un vistazo cuando se cruzaban por el pasillo, que la hacía sudar cuando estaba en la ducha y ella lo imaginaba desnudo... y con el que ya varias veces se había enrollado, a pesar de que cada vez se prometía que sería la última. Alguien tendría que enseñarle un poco de fuerza de voluntad, porque lo cierto era que cada vez le resultaba más difícil resistirse a un hombre que era tan desbordantemente atractivo como encantador. Por no hablar de que... en la cama se las sabía todas, el muy cabrón.

Pero al final aceptó. ¿La razón? Ni ella misma la sabía. Pero se lo pedía el cuerpo y, después de tanto tiempo destruida por la decisión de otra persona, necesitó tomar las riendas de su vida y optar por aquello que parecía una locura, pero que tenía pinta de acabar haciéndola feliz en el futuro.

Así que Sam la acompañó a su antiguo apartamento para ayudarla a recoger sus cosas, a la oficina de la inmobiliaria para entregar sus llaves y dedicaron juntos un fin de semana a que ella instalara sus pertenencias en el apartamento de Sam. Bueno... en el de ambos ya.

Y la vida fluyó. Muy despacio y muy rápido al mismo tiempo. Muy despacio por el día, porque Emma tardó meses en conseguir que su corazón roto por Alex comenzara a cicatrizar. Y Sam fue muy paulatinamente sintiendo algo profundo por ella; tan profundo y tan paulatino que se sorprendió de veras la primera vez, unos seis meses después de empezar a convivir, que se planteó en serio si no se estaría enamorando de ella. Y muy rápido por las noches, porque ahí desaparecieron enseguida las dudas, las incertidumbres y la culpabilidad, y pronto el dormitorio de Emma se convirtió solo en el lugar donde guardaba sus cosas y trabajaba cuando se llevaba tareas pendientes a casa, porque dormir... dormir es algo que pasó a hacer siempre en la cama de Sam. Dormir... y muchas otras cosas.

Fue el sexo el que cambió muchas dinámicas. Sam nunca había sido tímido, ni había tenido prejuicios y era indudable que tenía mucha más experiencia en el sexo que Emma... y que la mayor parte de habitantes de San Francisco. Y ella aprendió a catalizar el dolor que aún la

atacaba muchas veces, y también todos aquellos nuevos sentimientos que habían empezado a surgir en su corazón por Sam, a través de noches de pasión que le enseñaron muchas cosas y la reconciliaron con aquella mujer libre, salvaje y desinhibida que siempre había querido ser. Eran cada uno de ellos gasolina para la chispa del otro.

El día en que se cumplía un año desde la marcha de Alex, Emma invitó a Sam a cenar. Era la primera vez que tenían algo parecido a una cita, lo cual era realmente curioso, teniendo en cuenta que compartían todo su ocio juntos —a veces solos, a veces con amigos—, que pasaban noches enteras hablando de lo que atormentaba sus almas en conversaciones tan profundas que los unieron a un nivel diferente a cualquier cosa a la que hubieran estado acostumbrados antes y que era ya bastante obvio para ambos, y para cualquiera que los viera interactuar, que se habían enamorado. Pero... lo cierto es que nunca habían tenido una cita.

—Pues... tú dirás. —Habían acabado de cenar en una marisquería preciosa del puerto y a Sam lo estaba matando la impaciencia de saber que ella había propuesto aquella cita para hablar de algo importante. Y estaba aterrorizado a que fuera a ponerle fin a aquel año que había empezado de una forma tan extraña, pero había acabado por convertirse en el mejor de toda su vida.

—Impaciente... —se burló ella—. Pero tienes razón. Te he citado aquí para decirte algo, unas cuantas cosas, en realidad, y no quiero posponerlo más.

—¿Debería asustarme? —preguntó él, en tono de guasa, pero con la voz teñida de prudencia. De miedo.

—Quizá. —Emma le sacó la lengua y, a continuación, empezó a hablar—. Hoy hace un año del día que me instalé en tu casa...

—*Nuestra casa.*

—Bueno, en aquel momento era solo tuya. —Los dos sonrieron—. Y hace también un año del día en que se me rompió el corazón y estaba convencida de que jamás se recuperaría. No te voy a mentir, porque nunca lo he hecho y porque esto también lo hemos hablado otras veces: aún me duele pensar que Alex lleve un año sin enviarme siquiera un mensaje para decirme que está bien.

—Lo sé.

—Pero ya no me duele como su exnovia.

—¿No?

—No, Sam. Me duele como su amiga, como la niña que se crio a su lado y la adolescente que estaba allí cuando nos prometimos que siempre seríamos lo más importante en la vida del otro. No porque estuviéramos enamorados, sino porque éramos familia, amigos, los mejores amigos del mundo. —A Emma se le rompió la voz y se le escapó una lágrima—. Pero ya no pienso en Alex como un hombre del que alguna vez estuve enamorada. No... no queda ni rastro en mí de ese sentimiento.

—¿Estás segura?

—¡Sí! —Emma se echó a reír a carcajadas y Sam se sintió cada vez más desconcertado—. Me río porque es increíble que haya tardado tanto tiempo en darme cuenta. Hace meses y meses y meses que ya no estoy enamorada de Alex.

—¿En serio?

—Sí, Sam. Y si lo sé... Si lo tengo tan meridianamente claro... es porque estoy bastante segura de que...

—¿De qué? —preguntó Sam, con la voz teñida de esperanza.

—De que me he enamorado de ti. A lo bestia. Como una loca. Como pensé que jamás podría volver a amar a nadie.

Sam se quedó boquiabierto ante aquella confesión. Si le hubieran preguntado un día antes, habría asegurado sin titubeos que él estaba enamorado de Emma como un crío, pero lo máximo a lo que se habría atrevido a aspirar era que a ella le siguiera pareciendo bien eternamente eso de ser amigos, compañeros de piso y amantes apasionados. Nunca pensó que ella podría estar sintiendo algo tan fuerte como lo que desde hacía meses albergaba él en su pecho. Y decidió actuar por impulso, porque su historia con Emma era la mejor demostración de que por impulso llegaban las mejores cosas de la vida.

—Entonces, solo me queda una cosa que hacer...

Sam dejó su servilleta sobre la mesa, se levantó, se acercó a ella, la tomó en brazos y le dio un beso que hizo que todos los demás comensales de aquel restaurante tan elegante estallaran en aplausos y vítores. Emma estaba sonrojada, tanto por haberse atrevido a hacer aquella declaración de amor tan reveladora como por la reacción de Sam. Pero también estaba feliz, emocionada, con las lágrimas bailando en sus pestañas y la sensación de que al fin volvía a sentir felicidad en cada poro de su piel, después de un año vagando por un desierto de dolor y añoranza. Su relación con Sam, su amor por él, era como la flor que nace entre las cenizas de un incendio. Extraña, quizá, en su primer brote, pero tan fuerte que nada podría destruirla.

Y la vida siguió fluyendo. Emma se dio cuenta de cuánta felicidad podía encontrar en una vida que ya no estuviera presidida por el dolor... ni por el rencor. Tardó muy poco en ser capaz de pensar en Alex como una parte preciosa de su pasado, que no había querido en realidad hacerle daño de manera intencionada, sino que se había marchado porque una parte de sí mismo nunca habría logrado ser cien por cien feliz junto a ella. Y solo podía esperar que hubiera encontrado la felicidad, o al menos la paz interior, donde quiera que estuviera.

La vida con Sam era fácil. Y preciosa. Pasaban muchas horas del día trabajando, pero las últimas horas de la tarde, las noches y los fines de semana eran suyos, solo suyos. Viajaron mucho, conocieron la parte más profunda del alma de cada uno, se convirtieron en una pareja adulta, con todas las letras. Lo que Emma no había llegado a ser nunca con Alex, aunque en el momento no se hubiera dado cuenta. Lo que Sam nunca se había planteado que sería con nadie. Y se amaron. Se amaban de una forma tan espiritual, incluso, que le daban cada día gracias a la vida por haberlos puesto en el mismo camino.

Profesionalmente, fueron prosperando mucho. Sam había ampliado su estudio de tatuajes, primero, y posteriormente lo había trasladado a la zona de Haight-Ashbury, el barrio tradicionalmente *hippy* de San Francisco, donde los alquileres eran más caros, pero el público potencial mucho mayor que en Berkeley. No tardó en tener una lista de espera superior a un mes y su nombre sonaba con fuerza entre los entendidos del sector. Por supuesto, él siguió tatuándose a sí mismo cuando encontraba algo lo suficientemente importante como para grabárselo a fuego. Así lo hizo cuando se cumplían dos años de la llegada de Emma a su vida y uno de aquella declaración de amor en el puerto que había sellado el futuro. Ese día dejó que uno de sus empleados, del que más se fiaba, le tatuara la imagen de un ángel salvaje, *sexy*, con la cara de Emma, tan fielmente reproducida que ella se había enamorado un poco de sí misma al verse. Y un mucho de él, claro. Más incluso de lo que ya estaba. Enamorarse uno del otro un poco más cada día. Era algo que se habían prometido y que jamás dejaría de ser así.

Emma dejó el trabajo en el estudio de su jefe, del primero que le había dado una oportunidad, un par de años después de empezar a trabajar allí. Lo hizo deshaciéndose en agradecimientos por

todo lo que había aprendido, pero con unas ganas inmensas de volar sola, como en todo, con aquellas alas que tenía grabadas a fuego, literal y figuradamente. Había hablado mucho con Sam, y consigo misma, sobre la posibilidad de montar su propio negocio de decoración de interiores... y había decidido lanzarse a ello. Hacía ya casi tres años que lo había inaugurado y su nómina de clientes no dejaba de crecer.

Y la decisión más importante había llegado año y medio atrás, cuando hacía tres años y medio desde que Emma había aparecido ante la puerta de Sam en el que acabaría por ser el día más decisivo de sus vidas. Sam había cumplido su viejo sueño de hacer efectiva su opción de compra sobre el apartamento, pero... no lo había hecho solo. Su firma figuraba junto a la de Emma como flamantes copropietarios de aquel piso en el que habían vivido tanto. En el que eran tan felices. En el que les quedaba tanto por soñar. Ninguno de los dos creía demasiado en el matrimonio tradicional, pero el día que firmaron una hipoteca en común para cumplir un sueño... sintieron que se estaban comprometiendo mucho más que si hubiera un anillo de por medio.

Emma se acomodó en el sillón en el que llevaba horas trabajando con el portátil sobre las rodillas. Le gustaban mucho las tardes en que trabajaba en casa, a pesar de que tenía alquilado un taller a las afueras de la ciudad en el que en ocasiones recibía a sus clientes. Pero para crear, para diseñar, para convertir en algo tangible los sueños de vivir en una casa de ensueño de las personas que decidían contratarla... nada como la calidez de su hogar, de ese apartamento que llevaba cinco años decorando, no porque fuera su profesión, sino porque se dejaba el alma en ello.

Si en su trabajo dedicaba muchas horas a localizar muebles, restaurarlos, darles una nueva vida y elevar el *vintage* a sus más altas cotas de elegancia, no podía negar que sus piezas favoritas se las había llevado a casa. Todo el espacio estaba pensado al más mínimo detalle. Incluso la cocina la había convertido en un espacio acogedor, muy lejos de aquel gris impersonal que la presidía cuando ella se había mudado. Evidentemente, ya era oficial que la antigua habitación de Sam era ahora la de los dos, así que había dejado su toque personal, el de ambos, porque conocía bien el gusto de Sam y —por suerte— lo compartían bastante. El antiguo dormitorio de invitados, en el que Emma había pasado sus primeros meses, se había convertido en algo a medio camino entre un estudio y un segundo cuarto en el que alguna vez habían recibido a los padres de Emma, que estaban encantados con la relación de su hija. Y qué decir de los dos cuartos de baño, decorados en un estilo a medio camino entre lo minimalista, lo victoriano y lo industrial. Una combinación que había sonado difícil la primera vez que Emma se la había comentado a Sam, pero que lo había dejado a él maravillado cuando comprobó el resultado.

Emma cerró un par de programas de diseño que tenía abiertos y se frotó los ojos. Comprobó en el reloj del horno que Sam estaría a punto de llegar de trabajar y, casi al instante, escuchó el ronroneo de su Harley Davidson atronando en el barrio. A Emma le encantaba que Sam disfrutara de aquella moto. E irse con él, muchas veces, a recorrer las carreteras de California con su pecho pegado a la espalda de él y sus muslos rodeándole las caderas. Era puro sexo sobre ruedas, como casi todo lo que los implicaba a ambos.

—Hola, nena. ¿Llego muy tarde? —preguntó él mientras dejaba el casco sobre la mesa antigua de la entrada. Emma le sonrió y esperó a que él se acercara y le diera uno de aquellos besos que la dejaban sin respiración.

—Justo a tiempo para cenar.

—Genial. Porque me muero de hambre.

—Pues cómeme a mí.

Emma lo dijo de broma, pero él lo interpretó en serio. Y ella, encantada, ni que decir tiene. La

cena se chamuscó un poco en el horno, pero, a cambio, ellos la disfrutaron con tres orgasmos — Emma— y dos —Sam— en su haber.

Así eran sus vidas. Tranquilas. Pausadas. Sosegadas. Eso, durante el día. Apasionadas. Calientes. Llenas de vida, sexo y amor. Durante la noche o... cuando sus obligaciones se lo permitían. Llevaban cinco años juntos, eso era lo que celebraban aquella noche con una cena especial en la que, más que los alimentos, fueron inolvidables el aperitivo y un postre que acabó con la espalda tatuada de Emma sobre la pared del pasillo y el cuerpo increíble de Sam empujando sobre ella hasta llevarla a un orgasmo que ya habían perdido la cuenta de qué número hacía.

—Te quiero muchísimo —le dijo ella, en un susurro, poco antes de quedarse dormida aquel lunes que daba comienzo a una nueva semana ilusionante. Todas lo eran junto a Sam.

—Ni te imaginas cuánto te quiero yo, nena... —La voz de Sam sonaba incluso torturada. Él, que nunca había sentido amor en su infancia y adolescencia. Él, que siempre se había convertido en un lobo solitario por decisión propia. Él, que un día había llegado a pensar que jamás sería capaz de ser monógamo, hasta que encontró a la mujer que consiguió que nunca volviera a pensar en otra. Él... se moría a veces de miedo a que algo se truncara, porque ya hacía tiempo que había asumido que no podría seguir viviendo sin despertar cada mañana con Emma a su lado.

Se abrazaron. Hicieron el amor una vez más. Se les hizo más tarde de lo que les habría gustado, porque los dos eran remolones por las mañanas si no habían dormido lo suficiente, aunque siempre merecía la pena robarle esas horas al sueño a cambio de dejar que sus pieles hablaran por ellos. Y se durmieron convencidos, como siempre, de que aquella vida era un sueño hecho realidad. Quizá un poco demasiado estable y calmada para una chica de veintiocho años y un hombre de treinta y dos, pero tan llena de amor y felicidad que nunca pensaron que algo pudiera alterarla. Ni mejorarla.

Y mientras la Luna se reflejaba en el océano Pacífico bajo las vigas naranjas del Golden Gate, Sam y Emma relajaban su respiración y dormían a pierna suelta. Y la vida jugaba con los hilos del destino para demostrarles que nada es permanente, sosegado ni tranquilo. Que a veces... puede ser mejor que eso. Ni Sam ni Emma tenían ni idea de que, después de cinco años de estabilidad y amor, al día siguiente sus vidas se pondrían patas arriba.

En el mejor sentido de la expresión.

El regreso

Era un martes cualquiera. A Emma le habían cancelado una reunión en el último momento, así que se había visto con un día libre como salido de la nada. Sam se había pasado toda la tarde anterior tatuando a una pandilla de chicos de Chicago que estaban en San Francisco de despedida de soltero y habían decidido celebrarla con un tatuaje de recuerdo. Eran trece, así que, aunque el tatuaje era pequeño, Sam había hecho suficientes horas extra como para poder permitirse tomarse el día siguiente libre. Habían sido sus propios empleados los que lo habían convencido de ello; no tenía concertada ninguna cita y ellos podían encargarse de los clientes que aparecieran sin cita previa.

Así que Sam se levantó aquella mañana con ganas de proponerle a Emma algún plan fuera de casa, pero se quedó callado cuando se la encontró con un peto vaquero —que le quedaba de muerte, por cierto—, el pelo recogido con una bandana roja y un plumero en la mano. Ni siquiera él, que odiaba con toda su alma las tareas domésticas, podía negar que a la casa venía haciéndole falta una limpieza general desde hacía varios días. Así que no protestó, se armó con la aspiradora y se afanó en hacer que aquel apartamento que tanto le gustaba tuviera un aspecto decente.

A media mañana, Emma abandonó el zafarrancho de limpieza y se dedicó a cocinar. Llevaban algún tiempo con demasiado trabajo, sobreviviendo a base de precocinados y comida a domicilio, así que se habían prometido empezar a cuidarse más. Los dos eran deportistas y se mantenían en forma, pero también demasiado golosos. Y vagos a la hora de cocinar, eso sobre todo. Así que hacía tiempo habían tomado la decisión de dedicar un día al mes a cocinar como si una hambruna se aproximara al norte de California e ir congelando raciones para consumir sin tener que pasar por la tortura de ponerse ante los fogones cada día. En aquel momento, hervían en la cocina un caldo de verduras, una crema de espinacas y un arroz con zanahorias. El dispositivo de *tuppers* dispuestos para ser llenados era impresionante.

—Mmmm... demasiado trabajo duro sin recompensa —susurró Sam en el oído de Emma, que recibió sus palabras en el vértice mismo de sus muslos—. Todo el mundo merece un descanso de vez en cuando, ¿no?

—Ah, ¿pero es que pretendes descansar? ¿O mejor nos cansamos un poco más? —le respondió ella, que tenía muy claro lo que pretendía Sam con aquel acercamiento.

La chispa prendió. Aquella chispa que había surgido una noche, quizá la peor noche de la vida de Emma hasta el momento. La llama que se encendió en un salón convertido en estudio de tatuajes mientras su espalda quedaba para siempre marcada con dos alas que eran su mayor orgullo. El de ella como portadora, el de él como artista. Ese instinto que hacía que se sintieran atraídos como dos imanes de polaridades opuestas, como polillas hacia la luz, como dos depredadores que vivían para cazar y ser cazados por el otro. Emma y Sam se amaban, de eso no había duda. Pero, a pesar de tantos años ya juntos, nunca habían dejado de sentir aquella atracción animal que siempre habían pensado que se apaciguaría con el tiempo. No solo no había ocurrido; es que cruzaban los dedos muy fuerte cada día para que nunca ocurriera.

Se engancharon sobre la encimera de la cocina. Se atraparon. Se ataron en un nudo de cuerpos en el que eran más ellos mismos que en ningún otro lugar. Sonaba música *indie*, de uno de aquellos grupos que le encantaban a Emma y cuyos nombres Sam jamás era capaz de reconocer. Los gemidos del orgasmo se fueron convirtiendo en jadeos apagados en el sopor poscoital. Los

dos lucían sonrisas tan esclarecedoras que a nadie que los viera se les escaparía lo que acababa de ocurrir entre ellos.

Se vistieron entre sonrisas cómplices y miradas de reojo. Los dos sabían que, si sus ojos se fijaran de veras en el cuerpo del otro, habría una segunda ronda. Y de veras que querían acabar de hacer sus tareas domésticas, e incluso avanzar un poco con algunos trámites administrativos de sus respectivos trabajos. En ese momento, aún no sabían que todo eso quedaría en planes que no llegarían a cumplirse. Que ni siquiera recordarían pasadas unas horas.

Emma acababa de meter el último *tupper* en el congelador y Sam guardaba la aspiradora en el armario de los trastos del pasillo cuando sonó el timbre. En aquel edificio tenían la maldita manía de dejar abierta la puerta de la calle, así que las visitas siempre se plantaban en el rellano sin que nada les opusiera resistencia. Y Emma se había negado en redondo, cuando planificó la reforma de la casa, a instalar una mirilla en la magnífica puerta de cerezo de más de un siglo de antigüedad que tenía el piso.

Así que aquello fue una sorpresa. La más increíble de sus vidas. La más potente. La que lo pondría todo patas arriba.

Alex estaba al otro lado de la puerta.

—Hola, Sam. ¿Está...? ¿Emma...?

—¿Alex?! —Emma no esperó a que Sam, que parecía haberse quedado sin habla, respondiera a la pregunta. Apareció en el umbral con la misma cara de sobresalto que tenía su novio.

Se podrían dedicar miles de horas a diseccionar los pensamientos —los sentimientos— que atravesaban el cuerpo de las tres personas presentes en aquel recibidor.

Sam se sentía confuso. Hacía más de cinco años que no veía aquella cara, la de un chico que había llegado a convertirse en un buen amigo, a pesar de que siempre había tenido la sensación de que había un abismo de edad entre ellos. Apenas le llevaba unos pocos años a Alex, pero siempre le había parecido que era poco más que un niño cuando era el novio de Emma en la época de la universidad. Sin embargo, la persona que acababa de plantarse en el umbral de su puerta era indudablemente un hombre. No hacía falta que hablara —ni siquiera sabía si iban a hablar o Emma no querría saber nada del asunto— para que Sam se diera cuenta de que había crecido, no solo físicamente. Su presencia allí podía responder solo a una visita a la ciudad, al deseo de volver a ver a quien había sido su gran amor en una vida anterior, pero que ya no formaba parte del presente más que como la protagonista de un puñado de buenos recuerdos de la adolescencia. Pero, por alguna razón que no era capaz de explicarse..., Sam tuvo la sensación de que no era así. De que aquello era algo más. O que acabaría por serlo.

Emma no daba crédito a lo que veían sus ojos. Desde que tenía uso de razón, Alex Coleman había formado parte de su vida. Se habían criado juntos, habían ido al mismo jardín de infancia, al mismo colegio, al mismo instituto... Se habían enamorado y habían trasladado sus vidas a California. Juntos. Siempre juntos. Habían vivido unos cuantos años de un amor que, cuando ya estaba más cerca de los treinta que de los veinte, le parecía algo inocente e ingenuo, pero que había sido indudablemente hermoso. Muy diferente a lo que ahora tenía con Sam, pero... precioso. Y después él le había roto el corazón. Se había marchado. Y ella no se había permitido pensar en él ni una sola vez en los últimos cuatro años. ¿Qué sentía al tenerlo delante? Si hubiera tenido que responder rápido, sin reflexionarlo ni darle una sola vuelta, la primera palabra que le habría venido a la cabeza sería «nostalgia». La nostalgia de unos años preciosos, llenos de nuevas experiencias, de primeras veces, de dulzura y una amistad pura, que siempre estuvo muy por encima del amor. Pero si de verdad lo pensara, incluso por encima de la nostalgia y la sorpresa, estaría la incredulidad. Para ella, Alex había dejado de existir al cabo de un tiempo después de

marcharse. Ese fue el único recurso que encontró para sobrevivir al dolor de la ruptura. No pensar en él, no recordarlo, guardar bien lejos las fotos de aquellos años juntos. Por eso, encontrárselo ante su puerta, ante la puerta de aquel apartamento que compartía con Sam en una vida diferente, le parecía tan verosímil como que un marciano, con su nave espacial y todo, apareciera en el mismo lugar.

Alex, por su parte, era el único que podía prescindir del factor sorpresa. Había pasado cinco años lejos de San Francisco, intentando olvidar a Emma y, sobre todo, el daño que le había hecho. Había viajado por medio mundo tratando de encontrarse a sí mismo —con bastante éxito— y de encontrar el amor, si es que este decidía surgir —en eso había fracasado estrepitosamente—. Había tardado más de cuatro años en volver a poner un pie en los Estados Unidos y ni siquiera se había dejado caer por California. Había pasado una temporada en el Medio Oeste, visitando a sus padres e intentando convencerlos de que su vida era normal, que el hecho de que le gustaran los hombres no lo convertía en alguien diferente ni peor y que no volvería a pasarse casi un lustro sin visitarlos. Le había costado, pero había logrado convivir con ellos con bastante cariño y sin excesivos dramas. Y allí, en la misma ciudad que los había visto crecer, se había enterado de algunas novedades que no había buscado conocer, pero... que tampoco había evitado. Supo que Emma había cumplido su sueño de montar una empresa de decoración y que llevaba ya unos cuantos años de relación con Sam, que vivían juntos en la buhardilla de una preciosa casa victoriana. No le costó demasiado enterarse del nombre de aquella empresa que Emma había fundado... y del resto de la investigación que lo llevaba hasta aquella puerta ya se encargaría él solito.

—¿Puedo pasar?

El silencio fue la primera respuesta que recibió Alex. Un silencio que se hizo denso y que le dio pavor, porque dejar a Emma había sido la decisión más difícil de su vida, una que le había roto el corazón a él tanto como a ella y que solo había tomado porque no ser él mismo lo ahogaba hasta un punto que era difícil de imaginar para alguien que no se hubiera visto en sus zapatos. Y la perdió como amiga. Esa había sido una herida en su alma que no había logrado cicatrizar en los cinco años que llevaba sin verla. Si ella no le permitía siquiera entrar en su casa... le costaría mucho recuperarse.

—Sí... —Emma sonrió. Al fin, sonrió—. Pues claro que puedes pasar.

Del corazón de Alex se levantó un gran peso al escuchar aquellas palabras. También del de Sam porque, en realidad, que Emma no le guardara rencor a Alex significaba que aquella ruptura estaba superada. Que él ya lo sabía, pero... aquellas palabras se lo confirmaron. Emma, sin embargo, sintió su corazón más pesado que nunca. En el mejor sentido de la palabra. Lo sentía lleno. Del amor de su vida, con el que había hecho el amor apenas una hora antes de tal manera que aún sentía los estertores del orgasmo en su cuerpo. Y de su mejor amigo, el que siempre lo había sido y al que había echado de menos más de lo que se había atrevido a reconocerse a sí misma. Ahora los tenía a los dos en su casa, uno a cada lado de ella. Aunque solo fuera por una tarde, durante el tiempo que duraran las cervezas que compartirían, en aquel momento Emma sintió que todas las piezas de su vida encajaban con tanta perfección como las de un puzle recién terminado.

3

Reencuentros

Emma parpadeó varias veces, sentada en el sofá color azul pavo real de su salón, y ni así consiguió estar segura de que aquello fuera real. Durante los cinco años anteriores, se había permitido a sí misma tan pocas veces pensar en Alex que había llegado a borrarlo de su mente. Al menos, de su mente consciente. En el fondo, supuso al tenerlo delante de nuevo, él nunca se había marchado del todo de su subconsciente.

—¿Café, Alex? —le preguntó Sam, aparentemente mirándolo a la cara, pero con la vista, en realidad, fija en un punto de la pared detrás de Alex. No podía olvidar que la última vez que había visto a Alex en su vida, él era el novio de Emma. Y Sam solo un amigo de los dos. Y no es que tuviera nada de lo que avergonzarse o por lo que pedir perdón, pero... la situación no acababa de parecerle cómoda.

—Emmmm... Sí. Vale, sí, perfecto. —La respuesta de Alex también denotaba sus nervios. Para él tampoco era cómoda la situación. Había llamado a aquella puerta sin tener siquiera claro si Emma querría verlo o seguiría odiándolo por el daño que le había hecho. En Sam... prefería ni pensar.

Para Alex había sido un *shock* enterarse de que Emma había rehecho su vida junto a Sam. Después de cinco años viajando por Europa y Asia, trabajando aquí y allá, sin aferrarse a nada estable, y cumpliendo aquel que había sido su objetivo al marcharse de San Francisco, encontrarse a sí mismo, había regresado a Estados Unidos seguro de que ya se encontraba con las fuerzas suficientes para comenzar su vida, su vida de verdad. Hasta entonces... todo había sido aprendizaje. Su primera escala en su país natal fue Ohio, a pesar de que su salida del armario ante sus padres lo había dejado con bastantes pocas ganas de verlos. Habían pasado cinco años, pero ellos seguían reprochándole que hubiera optado por aquel *estilo de vida* y, sobre todo, que hubiera dejado a Emma.

Volver a escuchar su nombre había sido como un disparo directo al corazón. La vida de Alex había cambiado mucho en aquellos cinco años en los que había vivido en países tan diferentes como Holanda, Dinamarca, Grecia, Corea del Sur, Birmania o India. Pero algo de lo que nunca había podido deshacerse era el recuerdo del dolor de Emma. La culpabilidad que lo había acompañado durante aquellos años por haberla dejado sola, cuando se habían prometido miles de veces recorrer de la mano el camino de la vida, solo podría solucionarse de una manera: volviendo a verla. Y si ella quería tirarle un plato a la cabeza, mandarlo a la mierda o decirle que ni se le ocurriera dirigirle la palabra... que así fuera. Pero necesitaba verla bien, entera, segura.

No tardó demasiado en averiguar algunos detalles sobre la vida de Emma. Y la mandíbula había amenazado con caérsele al suelo cuando sus padres lo habían informado de que hacía ya cinco años —justo los mismos que él llevaba lejos— de relación con un tal Sam, que había ido por la casa familiar de Emma todas las Navidades y cenas de Acción de Gracias. Sin tener ni idea de por qué, Alex en ningún momento tuvo la menor duda de que aquel Sam era el mismo Sam al que habían conocido los dos juntos. Y si Emma llevaba con él ya cinco años... supuso que sería feliz. Y que, tal vez, podría ir a verla sin que ella le demostrara rencor por lo sucedido años atrás.

Y así había llegado hasta aquel sofá en el que Emma lo observaba como si no pudiera creerse que estuviera allí realmente.

—Y... ¡cuéntame! —Emma estaba nerviosa, no dejaba de gesticular con las manos y la voz le

salía algo chillona—. ¿Qué has estado haciendo estos cinco años?

—Pues... viajar. Fundamentalmente. Y trabajar. Aquí y allá, en diferentes países, adaptándome a distintas culturas y maneras de trabajar.

Sam escuchaba la verborrea de Alex y Emma desde la cocina. La cafetera italiana antigua que tanto le gustaba a Emma —él se conformaba con el café de cápsulas— había dejado de hervir hacía rato, pero él estaba como hipnotizado por la situación. No se atrevía a interrumpirlos, porque le parecía pura magia que dos personas que no se veían desde hacía un lustro pudieran haber comenzado una conversación, una que trataba precisamente sobre el tema que los había separado, casi como si la estuvieran retomando después de apenas unos días sin verse. Él jamás había tenido a nadie así en su vida, alguien que lo conociera desde que era un niño y con quien pudiera comunicarse con apenas una mirada. Bueno... sí. Tenía a Emma, que en cinco años había logrado meterse de tal manera dentro de él —y viceversa— que parecía que se conocieran de toda la vida.

—¿Y cómo nos has encontrado? —le preguntaba en ese momento Emma a Alex. Y Sam exhaló un aliento que no sabía que había estado conteniendo cuando la escuchó hablar en plural.

—Mis padres me contaron que vivías en San Francisco y tenías una empresa de decoración. Te busqué en Google y la dirección de envíos postales de tu empresa es... este apartamento.

—Me temo que tendré que revisar mi privacidad. —Emma estalló en una carcajada, Alex la secundó e incluso a Sam se le dibujó una sonrisa en la distancia.

—¿Sam? —Cuando escuchó su nombre, se sobresaltó un poco en su refugio con olor a café, como si hubiera sido descubierto espiando... que era más o menos lo que había estado haciendo. Pero lo que más lo sorprendió de todo fue que no era Emma quien lo llamaba, sino Alex. Rápidamente, puso la cafetera, tres tazas y un azucarero sobre una bandeja y salió al salón.

—Dime, Alex.

—Que... —Alex levantó la mirada y se ruborizó un poco al chocar con los ojos dorados de Sam—. Que no te quedes en la cocina, por favor. Ven a sentarte aquí. Estás en tu casa, joder.

Los tres esbozaron una sonrisa nerviosa, porque habían entendido a la perfección lo que Alex había querido decir, aunque le hubieran salido las palabras algo bruscas. Los tres estaban nerviosos, caramba, era lógico que la conversación no acabara de fluir.

Pero lo hizo. Entre tazas de café que les provocarían el insomnio que ya casi tenían asegurado por los sobresaltos. Entre suspiros emocionados, miradas que hablaban más que las palabras, confesiones inofensivas pero que decían más de lo que parecía.

—... y ahora estoy a punto de entregar el proyecto de unos *lofts* de estilo industrial que hemos reformado sobre la base de una antigua fábrica de finales del siglo diecinueve. Es una auténtica pasada. —El tema parecía inofensivo, algunos de los logros laborales de Emma, sin más...

—No te puedes imaginar lo orgulloso que estoy de que lo hayas logrado, Emma. —Alex la interrumpió y, a mitad de frase, se le cortó la voz—. Nunca dudé que lo conseguirías.

Todo era susceptible de llevar a sus memorias recuerdos que ya no dolían, que solo eran dulces, que emocionaban de pura melancolía.

—Bueno... ¿Y tú tienes pareja? —preguntó Emma de repente. A Sam hasta se le escapó una carcajada.

—Caray —Alex también se rio—, no se te puede acusar de no ir al grano.

—Responde —le exigió ella, en tono de sorna, con un dedo acusador en alto.

—La verdad es que no. —Alex se secó las palmas de las manos a las perneras de los vaqueros—. Yo...

—Alex —Emma se puso un poco más seria—, deberíamos poder hablar de cualquier cosa ya

a estas alturas, ¿no?

Sam y Alex se la quedaron mirando. Era increíble la capacidad de adaptación de Emma. No hacía ni dos horas que Alex había entrado por la puerta y ella ya lo trataba como si fuera su viejo amigo de la infancia que regresaba después de un tiempo y retomaban su amistad justo donde la habían dejado. Pero el caso es que la fórmula funcionó. Alex se relajó y Sam... también.

—Conocí a mucha gente en los años que pasé viajando por el mundo —reconoció Alex—. Bueno... a «mucha gente», no. A muchos tíos. Por un momento he pensado que estaba en la casa de Ohio de mis padres y que tenía que referirme a los tíos en género neutro, para que aún tuvieran la esperanza de que vuelvan a gustarme las vaginas.

—Sí que ha perdido la timidez de repente. —Se carcajeó Sam. Pero con un gesto invitó a Alex a seguir hablando.

—Solo he tenido dos relaciones estables... y ni siquiera demasiado estables. —Fue entonces el turno de Alex de reír—. Un holandés guapísimo con el que viví unos meses en Utrecht y un canadiense con el que coincidí en una escuela de arte en Corea del Sur. No guardo mal recuerdo de ellos, pero... no eran lo que buscaba, supongo, no sé.

—Estás tan cambiado...

A Emma se le escapó el comentario, pero no se arrepintió de que aquellos dos hombres a los que tanto quería, de maneras y en momentos diferentes de su vida, la escucharan. Porque era una verdad como un templo. Alex parecía una persona diferente a aquel chico perdido e inseguro que se había marchado de San Francisco cinco años atrás. No solo porque ahora hablara de los hombres que habían pasado por su vida y por su cama, algo que a Emma debería haberle parecido surrealista, pero... no. De alguna extraña manera su alma se había reconciliado con él en su ausencia, y había asumido todo lo ocurrido, y le parecía tan natural escuchar a Alex hablar de hombres como si siempre hubiera sabido que era gay.

Pero Emma no había dicho que Alex estaba cambiado solo por esa seguridad en sí mismo que desprendía al hablar. También parecía otra persona físicamente. Había sacado algo de músculo y, aunque seguía siendo muy delgado, ya no recordaba a aquel chico escuálido con el que había compartido tantos años de su vida. Su pelo se había oscurecido un poco y, aunque seguía siendo más rubio que ella, ya no tenía aquel aspecto oxigenado. Echó un vistazo a sus brazos y descubrió un par de tatuajes nuevos —él también parecía fijarse en los que ella había repartido por sus dos brazos— que no estaban allí cuando se marchó. Le entró un ramalazo de nostalgia al darse cuenta de que le habría gustado estar con él cuando se los hizo. Apartó de un manotazo aquel pensamiento y siguió repasándolo. Los aros en sus orejas —solo había uno años atrás—, unos hombros más anchos, aquellos vaqueros tan rotos que parecían destrozados, que quizá unos años antes no se habría atrevido a ponerse... Era otro hombre. Normal... Ella también era otra mujer.

—Bueno... ¿Y vosotros qué? —Alex no sabía cómo abordar aquel tema, aunque era tan evidente que ni siquiera sabía si había algo que abordar—. Me llevé una sorpresa cuando me enteré.

—Fue... fue algo... Fue... —Emma no dejaba de balbucear.

—Emma... —Sam se aproximó más a ella y le echó un brazo por los hombros—, me parece que Alex no te está pidiendo todos los detalles.

—Ya, ya. —A Emma le dio la risa. Alex se contagió. Sam ya se estaba riendo desde que había hablado—. Pues... algún día te contaremos esos detalles, pero ahora... Quédate solo con que llevamos juntos ya muchos años y estamos... bien.

—Muy bien —reafirmó Sam.

—Empezamos poco a poco —Emma al fin se lanzó a hablar con algo de propiedad—, no

fueron tiempos fáciles. —Los tres bajaron la mirada en ese momento; no había nada que explicar, todos lo habían entendido—. Pero pronto nos dimos cuenta de que estábamos muy felices juntos y fuimos dando pasos adelante.

—No sabes... No sabéis cuánto me alegro —dijo Alex. Y era sincero, pero no pudo evitar una mirada melancólica que Emma y Sam fingieron no ver.

El teléfono móvil de Sam sonó en aquel momento, casi como si el cliente que lo llamaba para concertar una cita para el día siguiente hubiera sabido que hacía falta algo para romper aquel momento de tensión.

Alex y Emma se quedaron solos en el sofá y pasaron un buen rato en silencio, mirándose uno al otro. Pero nada fue incómodo. Ni la ausencia de palabras ni aquellas miradas profundas que pretendían ver más allá de la piel. Comprobar qué había cambiado. Qué seguía siendo igual. Solo Emma se atrevió a romper aquel momento de amistad tan bonito que se reflejaba solo en cuatro pupilas fijas.

—¿Eres feliz, Alex? —Emma no pudo evitar cogerle la mano al preguntarlo. Durante cinco años, si alguien le hubiera preguntado cuál era el sentimiento que predominaba en ella, tal vez hubiera habido algún rastro de rencor en sus palabras. El abandono tan duro que había sufrido habría pesado más que los preciosos años vividos juntos. Pero solo necesitó tenerlo delante para darse cuenta de que aquello estaba más que superado. Que su relación con Sam y su propia fortaleza habían conseguido que Alex fuera solo un recuerdo del pasado al que le deseaba con toda su alma que la vida lo hubiera tratado bien.

—Ahora que te he visto... —a él le tembló la voz al hablar—, creo que puedo empezar a serlo del todo.

—¿Por qué?

—Porque... no he dejado de sentirme culpable por el daño que te hice ni un solo día de estos cinco años.

—¿Por eso has venido? ¿Para comprobar si estaba bien?

—No, eso... Eso ya me lo había imaginado al saber que habías rehecho tu vida, montado tu empresa... He venido porque ya no aguantaba más sin verte. Lo habría hecho antes, pero... siempre me pudo el miedo a que mi presencia te doliera más de lo que te aliviaba.

—Joder, Alex...

Emma se lanzó a sus brazos. Aquel sí era su mejor amigo, el chico inseguro junto al que se había criado, el que le llenó el corazón de amor y luego se lo rompió porque la otra única opción habría sido rompérselo a sí mismo. Vivir una vida a medias. No encontrar su verdadero yo. Reprimir su sexualidad. Si hubiera habido cualquier otra opción, Alex nunca le hubiera roto el corazón a Emma. Lo tenía clarísimo. Y ella también.

Así los encontró Sam cuando regresó de su cuarto de atender la llamada. Y a pesar de ver a su novia en brazos de otro hombre, del único —aparte de él— del que había estado enamorada en toda su vida..., no sintió ni un ramalazo de celos. Así de fuerte era su relación. Y quería tanto a Emma que se alegraba al ver que había cerrado una cicatriz —ya hacía mucho que no era herida— que le había dejado la ruptura con Alex cinco años atrás. Estaba seguro de que ese abrazo la había reconciliado más con su alma que todas las conversaciones del mundo.

La tarde transcurrió tranquila. Emma preparó algo rápido de comer cuando se dio cuenta de que llevaban horas en la inanición. Sam y Alex se quedaron en el salón, solos, pero pronto encontraron en los viajes de Alex por el mundo un tema de conversación neutro con el que conectaron como solían hacer en aquella vida anterior en que habían sido amigos entre tatuajes y cervezas.

—Bueno, yo... debería marcharme —dijo Alex cuando llevaba ya un montón de horas sentado en aquel sofá. Su vida era un folio en blanco por delante, con tantas cosas por hacer que debería ponerse manos a la obra cuanto antes.

Sam y Emma se dirigieron una mirada fugaz, una de la que solo dos personas que se conocieran tan profundamente como ellos podrían sacar un significado. Y es que había una gran pregunta en el aire. Una que Alex no había respondido *motu proprio*. Una que ni Sam ni Emma se habían atrevido a formular en voz alta.

¿Alex había llegado a San Francisco para quedarse o estaba solo de paso?

Alex no se atrevió a hablar de ello porque no quería que Sam y Emma pensaran que estaba allí para complicarles una vida que, al menos en apariencia, era perfecta.

Sam no se atrevió a preguntarlo por miedo a que esa vida se les complicara.

Y Emma no lo hizo... por miedo a querer complicársela.

—¿Cuánto...? —Sam carraspeó. Fue el único que acabó por echarle valor para hablar—. ¿Cuánto tiempo tienes pensado quedarte en San Francisco?

Alex resopló antes de responder. Era la hora de la verdad.

—He... he venido para quedarme. —Tenía tanto miedo a la respuesta de Sam y Emma que se embolsó a hablar—. Le he dado muchísimas vueltas a qué quería hacer después de acabar mi... periplo por el mundo, por llamarlo de alguna manera. Dónde asentarme y todo eso. Como mi trabajo puedo hacerlo desde cualquier parte, al final la decisión está en manos de... del lugar que más feliz me haga. En Europa y Asia he estado bien, pero todo el rato he tenido la sensación de que aquel no era mi lugar, que era algo temporal. Quiero vivir en los Estados Unidos, así que me planteé volver a Ohio, pero...

—Dios, ¡a Ohio, no! —A Emma le salieron las palabras solas. Alex se rio, nadie mejor que él sabía cuánto odiaban ambos su estado natal, tan opresivo y conservador. Después de unos cuantos años en California, su pequeño pueblo de Ohio recordaba más a una cárcel que a una ciudad donde vivir.

—Pues... eso. Quiero volver a vivir en San Francisco. —Alex se atrevió al fin a mirarlos a ambos a la cara y no encontró nada parecido al rechazo que tanto temía; más bien, al contrario. Y eso lo hizo respirar aliviado—. Hablando de eso... si sabéis de algún apartamento de alquiler que no sea demasiado prohibitivo...

—¿En San Francisco? —Sam soltó una carcajada sarcástica—. Buena suerte.

—Sí, lo sé... Pero no me importa irme a Oakland o a cualquier otra ciudad de las afueras. Mañana empieza la búsqueda.

—¿No has traído nada mirado? —se interesó Emma.

—No quería... —Alex suspiró hondo—. No quería tomar la decisión definitiva hasta estar completamente seguro de que mi presencia en la ciudad no os molestaba.

—¡Por Dios, Alex! —Fue Sam el que le respondió, con una sonrisa cariñosa, algo paternal. Alex era un buen tío, y que hubiera puesto una decisión tan importante sobre su futuro a expensas de la posible incomodidad que les provocara su presencia lo demostraba.

—Bueno, pues eso... —Alex se levantó—. Ahora sí me marcho. Tengo que buscarme un hotel para esta noche. He dejado todas mis cosas en el coche y ni siquiera he echado un vistazo por la ventana para comprobar que sigan ahí.

Los tres se carcajearon y lo acompañaron a la puerta. La noche había caído sobre la ciudad y no parecían las horas más adecuadas para ponerse a buscar un hotel. Emma estuvo a punto de hablar, pero su novio, Sam, el amor de su vida... se le adelantó.

—Alex, no... —La puerta ya estaba abierta y Sam la cerró, se dio la vuelta y lo miró a la cara

—. No hace falta que te vayas a un hotel esta noche, joder. Ni hasta que encuentres piso. Puedes quedarte aquí.

Emma estaba boquiabierta. Si ella no había emitido esa invitación antes, era porque no creía que debiera haberlo hecho sin consultarlo con Sam. Y no se le ocurrió que a él le pareciera demasiado buena idea compartir piso con un exnovio, por muy olvidados que estuvieran los sentimientos románticos entre ellos. Y lo amó más que nunca, más de lo que jamás creyó posible amar a otro ser humano, cuando el ofrecimiento salió del propio Sam.

—Pero...

—Vamos a por tus cosas —atajó Emma la protesta de Alex. Y enfiló escaleras abajo. Sam y Alex se miraron, se encogieron de hombros, les dio la risa... y la siguieron.

Sam nunca supo decir de dónde le había salido la idea de ofrecerle a Alex que se quedara a vivir con ellos. Pero sí supo... que jamás se había arrepentido.

4

Convivencia

Pronto encontraron una rutina de convivencia que funcionaba. Emma trabajaba la mayor parte de los días fuera de casa, buscando clientes, visitando los proyectos que estaban en marcha o, simplemente, llevándose su portátil a un Starbucks con vistas y diseñando desde allí. Sam pasaba todas las mañanas en su estudio de tatuajes, atendiendo sobre todo a clientes que se acercaban allí atraídos por su fama como tatuador y que acudían con cita previa; algunas tardes también iba, aunque él solía preferir alargar la mañana y pasar las horas hasta que lo vencía el sueño preparando diseños en casa. Alex, en cambio, apenas salía. Llevaba ya bastante tiempo trabajando como ilustrador para diferentes empresas y clientes, como *freelance*, y siempre tenía encargos que atender. Un par de veces dedicó el día completo a recorrer diferentes editoriales, sobre todo de libros infantiles, que pudieran estar interesadas en contar con su trabajo para embellecer sus publicaciones.

Aunque los trabajos de los tres eran muy diferentes, en el fondo, todos compartían su amor por el arte. Emma era algo más pragmática, prefería la parte de su trabajo que se centraba en la elección de materiales o la presentación a los clientes que el diseño puro y duro. Pero Alex y Sam vivían para su arte. Lo respiraban. Era difícil verlos más de media hora sin sus respectivos cuadernos en una mano y un lápiz en la otra. A Emma le encantaba cotillear a qué se estaban dedicando en cada momento. Le gustaban lo mismo los dibujos oscuros y algo góticos que Sam después imprimía en la piel de sus clientes como los diseños coloridos que Alex plasmaba en libros, folletos y cualquier tipo de soporte posible.

Sam y Emma habían recibido la llegada de Alex con alegría. Incluso... con ilusión. Siempre se habían llevado muy bien los tres y, aunque la configuración de quién era pareja en el pasado había cambiado, la convivencia era sencilla y agradable. Siempre es bonito reencontrarse con alguien de tu pasado que marcó un antes y un después. Así lo sentían.

Pero Alex no estaba tan cómodo en aquel apartamento. Bueno, en realidad sí lo estaba, pero no quería, precisamente, acomodarse. Porque sabía que tenía que marcharse y permitir a Sam y a Emma continuar con su relación de pareja, con aquello tan bonito que habían construido y que él estaba orgulloso de poder presenciar. No había en él ni un atisbo de celos, a pesar de que por Emma siempre sentiría algo un poco diferente a la amistad pura. Había sido el gran amor de su vida, probablemente la única persona de la que se había enamorado de verdad, pero la quería tanto que le gustaba verla feliz con otra persona. Quizá no resultara sencillo de entender para otras personas, pero en su cabeza las piezas encajaban a la perfección. Y estaba seguro de que en las de Sam y Emma también, porque, si no, difícilmente lo habrían acogido en su apartamento de la manera en que lo habían hecho. Pero aquello... por desgracia, no podía seguir prolongándose en el tiempo.

—¿Qué tal ha ido hoy? —le preguntó Emma en cuanto él entró por la puerta del apartamento. Sam y ella estaban recostados en el sofá, ella con los pies sobre el regazo de él, que los masajeaba con mimo.

—Un desastre. Para variar.

Alex soltó un suspiro de frustración. No recordaba ya cuántos apartamentos había visitado, pero eran muchos. Aunque ni una millonésima parte de los que a diario *visitaba* desde su ordenador, en busca de un lugar donde vivir que no implicara empeñar el hígado, un riñón y los

ahorros de toda su vida. Maldito fuera San Francisco y malditos fueran los precios de su mercado inmobiliario.

—¿Por dónde has estado mirando? —le preguntó Sam con preocupación genuina. Los primeros días que le preguntaba, que lo ayudaba a buscar, incluso, Alex se sentía incomodísimo. Pensaba que era la manera de Sam de recordarle que su estancia en el cuarto de invitados de su apartamento era temporal. Pero no tardó en darse cuenta de que no era así en absoluto. Simplemente, Sam era una persona que se preocupaba por la gente que le importaba. Y quizá él nunca había sido tan amigo de Sam en el pasado como para justificar esa preocupación, pero era una especie de amor en diferido. Sam adoraba a Emma y sabía que Emma lo adoraba a él, así que... los amigos de mis amigos son mis amigos, más o menos.

—Por toda la ciudad. Incluso por barrios en los que me daría miedo real vivir. —Emma soltó una risita y todos se contagiaron, aunque el tema no acabara de tener ni puñetera gracia—. Pero nada. Lo poco digno que he visto... tiene unos precios que no sé, sinceramente, quién se puede permitir.

—Lo sé —admitió Emma—. He reformado apartamentos para ingenieros de Silicon Valley, de los que ganan sueldos de seis cifras, y me cuentan que han tenido que estar años ahorrando para poder permitirse vivir en la ciudad.

—Perdonad que os lo pregunte así de sincero, pero... ¿cómo coño podéis vosotros permitir este apartamento tan precioso? —Alex no sabía si les sentaría mal la indiscreción, pero se lo comía la curiosidad desde hacía días con aquello.

—Bueno, a Sam le va realmente bien en el estudio de tatuajes... y yo heredé una cantidad escandalosa de dinero cuando murió mi abuela —confesó Emma—. Entre eso y una hipoteca que estaremos pagando hasta el día del Juicio Final..., pudimos permitirnoslo.

—Joder... Y yo que pensaba que estabais de alquiler... —Alex abrió los ojos como platos—. Si llego a saber que teníais este pisazo en propiedad habría alucinado mucho más.

—Tuvimos mucha suerte —admitió Sam.

—Tú sí que tuviste suerte al encontrarme, nene —se burló Emma, coqueta, al tiempo que se levantaba del sofá, no sin antes dejar un beso de lo más tórrido en los labios de su novio—. Y ahora me voy a dormir. Mañana a las seis y cuarto suena el despertador y querré morir.

Sam miró el precioso reloj de pared restaurado que Emma había conseguido en un mercadillo y que presidía ahora el salón. Pasaba de las once de la noche, pero él no tenía ni un atisbo de sueño.

—¿Te quedas un rato, Alex? —le preguntó al tercer inquilino del piso, que tampoco parecía tener mucha intención de irse a la cama.

—Sí. Soy nocturno como un búho, si me meto ahora en la cama daré vueltas hasta las cuatro de la mañana.

—Yo igual. —Sam se rio. Miró a Emma, que pasaba en aquel momento frente a la puerta de la cocina y puso cara de cachorrillo—. Cielo, ¿nos traes un par de cervezas?

—Anda que... menudo morro tenéis —protestó Emma, aunque en tono de broma, porque enseguida apareció con dos Budweiser bien frías y les deseó de nuevo buenas noches.

Antes de cerrar la puerta del cuarto que compartía con Sam, sonrió al verlos ya a ambos con sus cuadernos y sus lápices en las manos.

—¿Puedo echar un vistazo? —le preguntó Sam a Alex al cabo de un rato.

—Claro.

El amor por el arte era un lenguaje que solo quienes lo compartían lograban entender. Sam y Alex eran muy parecidos en su concepción del arte, aunque muy diferentes en su forma de

plasmarlo. Alex era más académico, no en vano se había pasado cuatro años estudiando Bellas Artes en la universidad. Sam, en cambio, dibujaba por instinto innato. Nadie, él el que menos, tenía ni la menor idea de dónde había sacado sus cualidades, pues en su familia nadie había tenido ningún interés por el dibujo. Él solo recordaba pasarse las horas muertas después del colegio en el club de motoristas que frecuentaba su madre en aquella época, imitando en servilletas de papel los tatuajes que veía por todas partes en la piel de aquellos moteros de los noventa con tanto aspecto de canallas. Siempre había pensado que allí, en aquel lugar que había llegado a odiar por cuánto se había degradado su madre dentro de sus paredes, habían nacido, paradójicamente, sus dos grandes pasiones: los tatuajes y las motos.

Sam le prestó también su cuaderno a Alex, para que él echara un vistazo a los últimos diseños que había estado preparando y ambos se alabaron mutuamente el talento. Era agradable hablar con alguien que se ganaba la vida también con lo que saliera de su inspiración y sus manos. La primera cerveza dio paso a la segunda y a la tercera. La medianoche había pasado hacía rato.

—¿Dónde te hiciste ese? —Sam señaló un diseño geométrico, una especie de signo de igual, que Alex llevaba tatuado en la muñeca—. No es exactamente lo que yo suelo hacer, demasiado minimalista para mí, pero la ejecución es impecable. No hay ni un solo fallo en la aplicación de la tinta.

—¡Ah! Este... Es curioso que me preguntes justamente por este. Fue el primero que me hice después de... de marcharme de San Francisco.

—O sea que fue el primero que te hicieron unas manos que no fueran las mías. —Los dos se rieron porque, aunque Alex no se había dado cuenta, era cierto. Durante la universidad, Sam los había tatuado, a Emma y a él, un par de veces. Los había *desvirgado* en eso de marcarse la piel.

—Pues sí. —Alex se perdió en una mirada nostálgica al pasado, a un tiempo que no había sido demasiado fácil—. Me lo hice en Londres, en Camden Town. Es una especie de símbolo de la comunidad LGTBi. No lo sabía hasta que lo vi allí, en Europa, por todas partes. Fue mi forma de... de autorreivindicarme, supongo.

—Fueron malos tiempos, ¿no?

—Horribles. Había dejado aquí a Emma, que no solo había sido mi novia, sino siempre, desde niños, mi mejor amiga. Mis padres no querían saber nada de mí. Ahora... lo aceptan, supongo. Aceptan que exista, siempre y cuando no hable de novios, ni se me ocurra presentarlos y, por descontado, que no hable delante del resto de mi familia de mi *tendencia*.

—Joder...

—Sí, aún existe gente así. Más de la que te imaginarías. Por eso este tatuaje. Para decirle a todo el mundo que, si fui capaz de dejar atrás a las personas más importantes de mi vida, nadie tendrá poder para hacerme creer que soy un tío raro o diferente por que me gusten más las pollas que los coños.

—Es una forma bastante gráfica de decirlo. —Sam se rio y Alex se contagió.

—¿Y tú? ¿Cuál es el tatuaje más especial de los que tienes? Que no son pocos...

—No, no son pocos. —Sam se acarició la barba antes de responderle—. Son más de cincuenta, pero ninguno es como este.

Sam se levantó la manga de la camiseta y dejó a la vista su bíceps derecho, en el que destacaba, entre muchos diseños más pequeños, la silueta de un ángel con algunos toques de color en el relleno.

—Joder... ¿Es...? —preguntó Alex.

—Pues claro. Quién iba a ser.

No era fácil de percibir para alguien que la conociera menos, pero el rostro de aquella mujer

no era otro que el de Emma. No es que a Alex le gustara aquel tipo de tatuajes tan *old school*, pero sabía reconocer el arte donde lo veía. Y aquel tatuaje, que era en realidad una prueba de amor, era Emma en estado puro. No. Era *Emma* y *Sam* en estado puro.

—El mío también fue, un poco como el tuyo, una forma de autoafirmación. Llevaba un año, aproximadamente, con ella cuando me di cuenta de que siempre la iba a querer. De que lo mejor que me había pasado en la vida fue que ella apareciera. Yo... no tuve una infancia fácil. De la adolescencia mejor ni hablamos. Y estaba tan solo en el mundo que estaba convencido de que nunca habría para mí ningún aliciente más que mi moto, mi trabajo tatuando y alguna chica esporádica los sábados por la noche. Hasta que apareció ella.

Alex no le respondió más que con un asentimiento y una mirada en la que se lo dijeron todo. Alex le dijo a Sam que entendía cuánto podía llegar un ser humano a amar a Emma, porque lo sabía de primera mano. Sam le dijo a Alex que Emma era la mujer de su vida y que estaba muy orgulloso del respeto que ambos mostraban por el papel del otro en la vida de ella.

Era ya de madrugada cuando se fueron a dormir, con sus cuadernos en las manos y un montón de planes para el día siguiente.

—¿Sabes qué, Alex? —le preguntó Sam cuando ya se habían dado las buenas noches—. El tatuaje más especial... siempre es uno que está por llegar.

5

Escaleras y alas

Pasaron las semanas. Cuando todos se quisieron dar cuenta, habían pasado ya cuatro meses desde aquel día en que Alex había aparecido en el umbral de la puerta de Sam y Emma y se había instalado en su cuarto de invitados. La búsqueda de apartamento en San Francisco era una pesadilla, eso bien lo sabían todos, por haberlo sufrido en carne propia o por todos los comentarios que hacían sus amigos cuando llegaba el dramático momento de tener que cambiar de vivienda. Así que nada hacía indicar que Alex fuera a marcharse pronto. Su trabajo como ilustrador *freelance* estaba tardando en arrancar y eso no ayudaba a que pudiera permitirse un lugar decente en el que vivir.

Sam y Emma, sin que ninguno de los dos se preguntara en voz alta por qué, no estaban en absoluto molestos con la situación. Alex era agradable, nada intrusivo en su intimidad y le tenían tanto cariño que no permitirían que se marchara hasta que encontrara un apartamento en el que iniciar su nueva vida en la ciudad. Él, en cambio, insistía constantemente en aceptar una habitación en cualquiera de los pisos compartidos —y terriblemente cutres— que visitaba cada día. Sus horas en internet se limitaban a repasar compulsivamente diferentes portales inmobiliarios, comprobar cada habitación, estudio, apartamento... casi hasta trastero, que estuviera allí anunciado.

Sam pasaba muchas horas en el trabajo en aquellos meses. Su estudio había salido en un par de revistas como referencia del sector y los clientes se habían multiplicado a una velocidad mucho mayor que los empleados que iba contratando para hacerlo crecer cada vez más. Y mientras estaba allí dedicaba los pocos ratos libres que tenía a pensar por qué coño se sentía tan cómodo con Alex en casa. Por qué no le sobraba un tipo que había sido el primer gran amor de la vida de su novia y al que habían instalado en la habitación de invitados.

Emma había estado toda aquella semana lijando. La profesión de decoradora solía obligarla a estar delante del ordenador diseñando proyectos, o reuniéndose con clientes para presentarles sus propuestas. Pero de vez en cuando también había que ponerse manos a la obra. Y ella estaba entonces inmersa en una reforma que implicaba encontrar muebles antiguos y darles un aire modernizado. Así que llevaba días y días lijando, imprimando, pintando y barnizando un juego de comedor y otro de dormitorio que había rescatado de una casa victoriana declarada ruinoso y que había convertido en un arco iris de color gracias a pinturas a la tiza y mucho buen gusto. Y mientras movía la lija adelante y atrás, adelante y atrás... pensaba en Alex. En lo cómodos que se sentían todos con él en casa. En que habían creado una convivencia a tres que ya no sentían, al menos en lo que respectaba a Sam y a ella, que fuera provisional. Incluso lo habían echado de menos durante un fin de semana largo que Alex había aprovechado para volar a Texas para reencontrarse con un viejo amigo con el que había coincidido en el sureste asiático. Era extraño. Era demasiado extraño. Y aún lo era más que no los preocupara nada. Sam y ella siempre habían tenido la filosofía de huir de lo que no los hacía sentir bien y, dentro de aquel apartamento, en aquel momento, todos se sentían de maravilla.

Claro que... a veces se agradecía un poco de intimidad. A lo único que Sam y Emma habían tenido que renunciar por la presencia de Alex en su casa era al sexo espontáneo, en cualquier rincón y a cualquier hora. Aquella era una *afición* que siempre habían disfrutado. Por todo lo alto. Dentro y fuera de los límites de su hogar. Maldita sea, incluso una vez habían estado a punto de

ser detenidos por escándalo público después de una sesión de cine que habían convertido en... sexo puro. Con el mejor estilo adolescente, vaya.

Y no es que Sam y Emma tuvieran queja de lo que ocurría en el interior de su dormitorio cada noche (y alguna mañana, alguna tarde...), pero lo cierto es que cuando, aquel domingo, Alex anunció que había quedado con unos viejos amigos de la facultad y se marchaba toda la tarde a tomar cañas, Sam y Emma quisieron evitar la mirada pícaro que se dirigieron, pero... se les escapó. Y esa mirada lo dijo todo.

No tardaron ni medio segundo en desnudarse. En el sofá, sin moverse de allí. Sam estaba sentado, casi repantingado, con los brazos extendidos en cruz sobre los cojines del respaldo y las piernas entreabiertas. Su desnudez era espléndida. De eso se daba cuenta Emma y se daría cuenta cualquier ser humano que lo observara. Su pelo largo revuelto, enmarcando una cara de rasgos perfectos. Sus ojos dorados inyectados en fuego. Su sonrisa blanca, alineada, torcida en un gesto canalla que a Emma le hacía hervir la sangre. Sus hombros anchos, que parecían poder abarcar un mundo entero. Sus pectorales marcados, llenos de tinta que contaba historias. Su estómago plano, moldeado en una tableta de músculos torneados y calientes. Sus piernas, firmes y algo cubiertas de un vello castaño que a Emma le encantaba enredar entre sus dedos. Y aquel sexo. Grande, grueso, suave. Emma pasó sus dedos por la base de la polla de su novio. Allí estaba la *gran joya* de la corona de Sam. Cuando, unos años atrás, él le había preguntado si a ella le importaría que se hiciera una escalera de Jacob, ella no había sabido qué contestar porque... no tenía ni idea de lo que era tal cosa. Sam se lo explicó entre carcajadas. Se trataba de una sucesión de *piercings* paralelos que atravesaban su piel. Cinco barras rematadas por dos bolas en cada lado que, al introducirse en el cuerpo de Emma, provocaban un placer que ella nunca antes había sentido con nada. Ni siquiera con los muchos juguetes sexuales que compraban de vez en cuando para echarle un poco de sal a la vida. Habían tenido que sufrir casi un mes de sequía sexual mientras *aquello* cicatrizaba —con mucha diferencia, el periodo más largo que habían estado sin sexo desde que habían comenzado su relación—, pero... había merecido la pena. Con mucho.

Emma se sentó a horcajadas sobre él. Con las piernas muy abiertas, como a él le gustaba, y su pelo asilvestrado cayéndole a borbotones sobre la espalda. Con los ojos devorándolo. Con sus pechos, grandes y duros, justo delante de su mirada, rebotando un poco con cada uno de sus movimientos. Con sus tatuajes repartidos por diferentes partes de su cuerpo, su *piercing* en la lengua jugueteando con el lóbulo de la oreja de Sam, con una piel que olía a sudor. Y un sudor que olía a sexo. A la anticipación del sexo.

Enseguida Sam estuvo dentro de Emma. La penetró de una sólida y certera embestida que ella sintió que le llegaba a lo más hondo de su ser, en todos los posibles sentidos del término. Sam levantó un poco su culo del sofá, para llegar más adentro. Más, más, más. Emma jadeaba, gritaba y gemía, a medio camino entre el placer y el dolor, pero incluso este era tan intenso que tenía mucho más de agradable que de lo contrario.

Dios... qué bueno era. Qué jodidamente maravilloso.

—Nena, Dios... —gimió Sam, con la excitación preñando su voz—. Lo haces tan bien. Me pones...

—Fóllame duro, Sam. Fóllame fuerte.

Que Emma hablara sucio en la cama —o en el sofá, en ese caso— hacía que todo fuese aún mejor. Los bamboleos de su cuerpo bailando la danza más antigua del mundo se convirtieron en algo delicioso. Los acercó al orgasmo, pero ellos sabían bien cómo posponerlo. Se acercaban y se alejaban. Se unían y se separaban. Jugaban a retrasar la gratificación porque querían convertir aquellos momentos en eternos.

El orgasmo estaba rondándolos ya cuando escucharon un sonido que, en el fragor de la batalla, no supieron identificar. O no le dieron importancia. Siguieron a lo suyo como si aquello no hubiera ocurrido, como si...

—¡Oh, joder! —El grito de Alex junto a la puerta (sí, aquel sonido que oían a diario, el de la puerta de su casa abriéndose, era el que el sexo les había impedido identificar) los sacó de su ensoñación—. ¡Dios mío! ¡Lo siento!

Alex había regresado a casa apenas un cuarto de hora después de salir porque, cuando ya se encontraba en su coche de camino a la calle Fillmore, donde había quedado con sus amigos, se había dado cuenta de que le faltaba la cartera. Y había recordado el lugar exacto donde se la había dejado, el mueble del recibidor de la casa que compartía con Sam y Emma. Y maldita fuera su imprudencia al no plantearse llamar antes de entrar con su propia llave.

Su primer pensamiento fue que debía buscarse un piso cuanto antes, porque se sentía tan cómodo viviendo con Sam y Emma que a veces se le olvidaba que ellos eran una pareja que tenía todo el derecho del mundo a follar en el sofá de su casa sin que un exnovio de ella apareciera de repente y les estropeará la diversión. Pero ese pensamiento duró poco, ya tendría tiempo más tarde de sentirse culpable por ello...

Porque su segundo pensamiento fue que... lo que tenía delante era la imagen más sensual que había visto en toda su vida. Ni todo el sexo que había practicado con la propia Emma en su adolescencia y primera juventud, cuando lo descubrían todo juntos, cuando se amaban como parecía imposible. Ni todos los hombres a los que había conocido después, en noches de sexo esporádico o en relaciones a las que exprimía todo el jugo porque a eso había dedicado cinco años de su vida, a conocerse a sí mismo y a descubrir todo lo bueno que la vida podía deparar. Nada. Absolutamente nada de todo lo que había visto o vivido se podía comparar con la imagen de Emma a horcajadas sobre Sam.

Fue la belleza de ambos lo primero que lo impactó. Por supuesto, vivía con ellos y sabía que eran guapos. Eran bellísimos, joder. Pero lo eran más desnudos que vestidos, algo que solo ocurría en rarísimas ocasiones, solo con personas especiales. Pero juntos, unidos —tanto como lo estaban en aquel momento, que era el máximo que dos cuerpos humanos podían unirse—... eran como de otro planeta. Si más gente los viera, podrían haber convertido sus cuerpos en lugar de peregrinación. Aunque Alex prefería... verlos solo él. Era algo demasiado hermoso como para compartirlo.

Alguna vez, en aquellos cuatro meses de convivencia, había atisbado un tatuaje de grandes dimensiones en la espalda de Emma. Pero no había logrado distinguirlo. Solo había captado algún retazo aquí y allá entre las transparencias o las mangas sisas de algún pijama. Y cuando observó aquellas alas de ángel, aunque nada angelicales, de espaldas a él, arqueándose al ritmo que marcaban las embestidas de Sam... Joder, por primera vez en cinco años, quizá en algo más de tiempo, se le había puesto la polla dura como el cemento armado ante la visión de una mujer desnuda.

Emma ni siquiera se giró. Sam mantenía los ojos fijos en Alex, quien, a su vez, estaba paralizado en la entrada de la casa, con su cartera recuperada entre sus manos —esas mismas manos que tenían los nudillos blancos de apretar el objeto entre ellas— y la boca abierta. Por la sorpresa. Por la vergüenza. Por la excitación. Porque aquella no era la Emma que él recordaba. Porque aquel no era el Sam al que hasta aquel momento había visto como a un amigo. Porque estaba demasiado impresionado por la química sexual que había podido comprobar en apenas unos segundos.

Y si la sorpresa estaba presente en Alex hasta aquel momento... se multiplicó

exponencialmente en el momento en que Sam volvió a embestir, con fuerza, con pasión desbordada. Y sin ninguna inocencia. Porque quizá las primeras embestidas que Alex había visto respondían a la simple inercia, a continuar con lo que estaban haciendo antes de que él irrumpiera, pero... esas nuevas las estaba dando siendo plenamente consciente de que Alex los miraba. Y Emma seguía de espaldas, sí, pero entre el ruido de la puerta y su grito de disculpa posterior, era imposible que no supiera que él estaba allí. Que seguía allí. Mirándolos como solo se mira un objeto de deseo imposible de apartar.

—Emma, creo que tenemos público —susurró Sam, en voz baja, sí, pero suficiente como para que se escucharan sus palabras bien claras en el silencio sepulcral que el sexo y la excitación habían impuesto al ambiente—. ¿Te gusta lo que ves, Alex?

Emma eligió aquel instante para girarse y... Dios mío, estaba preciosa. Con los ojos acuosos por la excitación, con las mejillas sonrosadas por el roce de la barba de dos días de Sam, con una mirada dirigida a él que era dulzura, morbo, amistad, amor, sexo, pasión, ganas. Lo era todo aquella puta mirada.

Alex solo supo responder con un balbuceo.

Emma no se sintió tan cortada como debería. O como habría creído que estaría si algún día se veía en una situación como aquella. Se limitó a girarse, volver a clavar su mirada llena de todo en Sam... y cabalgó como la jodida amazona que era sobre su polla, sin importar que Alex estuviera mirando. O quizá incluso con más ganas que si no lo estuviera haciendo. No pasaron ni dos minutos antes de que todos esbozaran en sus caras sonrisas que ya no tenían nada de tímidas.

—Ponte cómodo, joder —le sugirió Sam a Alex, al tiempo que daba una palmada en el sofá, a su lado, invitándolo a ser espectador incluso más de primera fila de aquella sesión de sexo.

Y Alex no dudó. Nunca habría sabido explicar por qué si alguien le hubiera preguntado. Emma le dirigió una mirada fugaz cuando se sentó a su lado, pero... siguió a lo suyo. Y *lo suyo* era Sam, su excitación, el sexo puro que desprendían.

Alex se sentó en aquel rincón en penumbra del salón y los observó. Fijamente. Habría podido recordar cada detalle durante el resto de su vida. Desde aquella distancia no se le escapaba ningún detalle. Ni las gotas de sudor que impregnaban la piel de todos hasta aquel increíble tatuaje del bíceps de Sam que representaba a un ángel *sexy* con la cara, perfectamente immortalizada, de Emma. Habría dado lo que fuera por tener a mano su cuaderno y su carboncillo, porque jamás en su vida había tenido delante una imagen que mereciera más ser immortalizada que aquellos dos cuerpos entrelazados creando poesía con gemidos.

No sabrían decir cuánto tiempo pasó antes de que los orgasmos llamaran a la puerta. El de Emma golpeó primero. Fuerte, intenso, desmembrador. El de Sam llegó en cuanto vio que los ojos de ella se ponían en blanco y sus gemidos alcanzaban la categoría de música celestial. El salón se convirtió durante unos minutos en una banda sonora de jadeos incontenibles, de sudores que hacían resbalar los cuerpos. De sexo en estado puro.

Y el silencio llegó a continuación. Un silencio en el que Sam y Emma no pudieron evitar pensar que jamás se habían corrido con tanta intensidad como aquella tarde. Un silencio en el que a Sam se le escapó una sonrisa socarrona, porque él era el especialista en llevar juguetes a la cama y disfrutarlos, pero jamás pensó que uno de aquellos *juguets* sería Alex. Un silencio en el que Emma pensó que debería sentirse más extraña, una vez pasada la bruma de la excitación, al darse cuenta de que acababa de hacer el amor con el hombre de su vida delante de quien había sido su novio más de diez años. Un silencio del que Alex tuvo que salir corriendo, pero ya no por vergüenza o culpabilidad, sino porque no quería correrse delante de ellos y, sin ni siquiera haberse tocado, sentía que las primeras gotas de semen manchaban ya sus pantalones vaqueros.

Ninguno lo diría en voz alta, pero aquella había sido, sin duda, la sesión de sexo más excitante de la que jamás hubieran tenido noticia.

6

¿Incómodos?

La noche siempre es una fiel compañera para las ideas locas. Una aliada para hacer esas cosas que a plena luz del día no nos atreveríamos a llevar a cabo. Por eso, Alex, Emma y Sam se fueron a dormir la noche anterior con la sensación de haber vivido algo excitante. Morboso. Caliente. Pero a la mañana siguiente... todo se ve diferente. Por eso, aunque aún no había amanecido en San Francisco, los tres protagonistas de la noche anterior estaban ya sentados ante la mesa de la cocina, con el desayuno desplegado ante ellos y un silencio sepulcral que hablaba por sí solo de la incomodidad que reinaba en el ambiente y lo violentos que se sentían.

Hacía al menos una hora que se habían levantado. Aunque los dos dormitorios contaban con baño propio, y por tanto se encontraron cuando estaban ya perfectamente duchados y vestidos, el sobresalto en el pasillo no se lo ahorró nadie. Emma y Sam habían compartido cama, así que entre ellos la situación era más fluida. Con poco más que una mirada, comprendieron que aquello había sido una sesión de sexo —excelente, por cierto— que se les había un poco de las manos. Pero verse cara a cara, de nuevo, con Alex... había sido diferente.

Se podría haber compuesto una sinfonía solo con el sonido de los cubiertos contra las tazas y platos. La percusión la compondrían los ruidos de la saliva atravesando con fuerza las gargantas de los tres. Con las capacidades para el dibujo que todos tenían, podrían haber reproducido sin problema el diseño de la vajilla con los ojos cerrados, porque no habían levantado la mirada ni una sola vez en todo el desayuno.

Querían fingir que todo era normal para no estropear una convivencia que llevaba meses siendo algo muy bonito. Extraño pero agradable y bonito.

Los silencios, los carraspeos e incluso alguna pequeña frase del estilo «pásame la mantequilla» quedaron interrumpidos con una carcajada. Sonora y hasta estridente, que resonó en las paredes de la cocina e hizo dar un respingo a Emma y Alex. Fue Sam quien la soltó, por supuesto.

Solo él podría haber roto la tensión. Por su carácter, por la seguridad en sí mismo que siempre había exudado y que a Alex y a Emma les llamó la atención desde el primer día que lo conocieron. Quizá fue esa misma seguridad la que a ella acabó enamorándola unos cuantos años más tarde. Sam era dialogante, abierto, un hombre sin dobleces que siempre dejaba que los demás opinaran y respetaba a todo el mundo por igual. Pero, aun con esa tolerancia innata, era indudable que en cualquier lugar en el que se encontrara, Sam Thornton sería el líder nato. Durante años, Emma achacó esa fuerza a la diferencia de edad, pero, ahora que los años habían igualado eso, no le cabía ninguna duda de que era un rasgo de carácter.

—¿De qué te ríes? —le preguntó ella, ya con un comienzo de sonrisa asomando a su cara.

—De que estamos aquí todos cortados como gilipollas. —Alex levantó entonces la mirada y también en su rostro se percibía un gesto gracioso—. ¿Qué pasa? Ayer follamos como bestias. —Emma, que jamás había sido tímida, se ruborizó al escucharlo—. Alex miró, probablemente se hizo después una paja como un campeón en su cuarto y ya está. Hoy es otro día y estas tortitas están cojonudas pese a ser de bote. Todo apunta a que el día estará soleado. Tenemos trabajo y, con un poco de suerte, esta noche nos dará tiempo a tomarnos unas cervezas antes de dormir. ¿Se puede saber cuál es el problema que tanto nos atormenta?

Alex solo se atrevió a responder con un encogimiento de hombros, porque él siempre había

sido el más tímido de los tres. Aunque no podía negar que el argumento de Sam era impecable y estaba cargado de razón. Emma se rio, no con carcajadas tan escandalosas como las de su novio..., pero se rio. Y desde ese momento el desayuno fluyó como cualquier otro día, como una pieza más de un engranaje que llevaba cuatro meses formándose y del que ni siquiera eran conscientes sus protagonistas.

Sam se quedó degustando la última tortita de la bandeja mientras Alex y Emma se apresuraban a salir del apartamento. Él tenía menos prisa y podía disfrutar del desayuno con calma, algo que siempre había considerado uno de los grandes placeres de la vida. Los observó con calma y con una sonrisa pintada en la cara. Eran iguales. Alex y Emma, quería decir. Le hacía gracia que ellos no se dieran cuenta de lo parecidísimos que eran, aunque desde fuera no se notara del todo. Incluso a pesar de que hiciera cinco años que no se veían. Y que tampoco se habían permitido pensar el uno en el otro. Pero se habían criado juntos, se habían hecho mayores de la mano y eso imprimía algo al carácter. Los convertía casi en hermanos, aunque la noche anterior hubiera quedado bastante claro que esa no era la palabra adecuada. Sam se permitió incluso un pequeño canto a la nostalgia, a la añoranza de algo que nunca había tenido, en realidad. Él no conservaba a ninguna de las personas junto a las que se había criado; la mayoría habían sido seres de paso, hombres que pasaban por la vida de su madre, a veces con sus propios hijos, que se convertían en *hermanos* temporales de Sam durante semanas o meses, a veces incluso años. Pero que luego se marchaban. Como ya lo había hecho su padre antes incluso de que él pudiera conocerlo bien. Como acabó haciéndolo su madre. Si lo pensaba bien..., las personas que más tiempo llevaban en su vida eran las dos que vivían en su apartamento en ese momento. Y a uno de ellos había estado cinco años sin verlo.

Alex y Emma bajaron juntos en el ascensor. Él tenía una cita en menos de media hora en la zona de la bahía para visitar un apartamento que cruzaba los dedos para poder permitirse. O, al menos, para que no fuera un nido de ratas que tuviera que compartir con sesenta compañeros para poder pagar el alquiler.

Emma, por su parte, ya llegaba tarde a una reunión en la otra punta de la ciudad. Estaba a punto de aceptar un encargo para decorar todos los pisos piloto de una conocida inmobiliaria de lujo. No es que fuera un proyecto ilusionante en el sentido de dar vida a una casa que después habitarían personas, pero sí era muy positivo desde el punto de vista mercantil. Le abriría puertas, inyectaría una buena cantidad de fondos a la cuenta corriente de su empresa y, probablemente, muchas de las personas que se enamoraran tanto del piso piloto como para acabar comprando el apartamento, querrían también que la misma diseñadora de interiores se encargara de decorárselo. El único consuelo que le quedaba a su retraso era que el promotor con el que estaba citada era el hombre más impuntual de la tierra y tenía muchas opciones de llegar incluso más tarde que ella.

—¿Quieres que te lleve? —le preguntó Emma a Alex cuando estaban a punto de despedirse junto al coche de ella, un Mini de color rojo del que estaba locamente enamorada.

—No, tranquila, vamos en direcciones opuestas.

—¿El piso que vas a ver hoy es el de la bahía?

—Sí. Y más vale que sea el definitivo, porque me he jurado que de esta semana no pasa que deje de *okupar* vuestra casa.

—¡Bah! Tonterías.

—No, Emma, tonterías no. Llevo ya cuatro meses aquí y ni siquiera me dejáis pagaros un alquiler. Contribuyo a los gastos de la compra y poco más. Eso no puede seguir así.

—Mira, Alex... —Emma no sabía cómo decir lo que sentía. Sí sabía, en realidad, pero no se atrevía. No quería decirle a Alex que ella había sido muy feliz con Sam durante los últimos cinco

años, y que sabía que seguiría siéndolo aunque él se marchara, pero que se moriría de añoranza por aquellos cuatro meses tan bonitos en que habían vivido los tres juntos; era demasiado extraño, y ella ni quería asustar a Alex ni ofender a Sam—. Entiendo que quieras marcharte, vivir por ti mismo y encontrar una casa que no tengas que compartir con una pareja a la que en cualquier momento te puedes encontrar follando en el sofá.

—Qué cabrona. —Alex ahora sí dio rienda suelta a las carcajadas—. Sabía que no tardarías en utilizarlo para hacer bromas.

—El caso es... Solo prométeme que tu decisión no tendrá nada que ver con lo que ocurrió anoche.

—¿Y qué es lo que ocurrió anoche? —Alex fingió cara de despiste y Emma le dio un puñetazo en el hombro.

—¿Tan lamentable fue que ya lo has olvidado?

—Oh, no, Emma... Créeme. Lo que vi ayer... no lo olvidaré jamás. —Alex le guiñó un ojo y, a continuación, miró su reloj—. ¿Tú no llegabas tarde?

—¡Mierda!

7

Calor

Alex y Sam pasaron mucho tiempo solos en casa en la época que siguió a aquel *encuentro* extraño. El estudio de Sam llevaba tiempo pidiendo reformas y él al fin se había decidido a acometerlas, aunque le diera muchísima pereza. Así que había decidido tomarse un mes de supuestas vacaciones, aunque en realidad lo dedicaba, sobre todo, a crear nuevos diseños para ofrecer a sus clientes cuando se incorporara al trabajo. Hacía años que no pasaba tantas horas con el cuaderno y el lápiz en la mano, así que estaba feliz como un niño pequeño.

Alex, por su parte, había conseguido su primer buen contrato desde que había regresado a Estados Unidos. Una editorial independiente, pero con trabajos muy interesantes en el mercado, le había contratado la ilustración de un libro infantil. No es que esa fuera exactamente la especialidad de Alex, pero había aceptado sin dudarle en el momento en el que le aseguraron la libertad creativa.

—¿Puedo? —Sam señaló con la cabeza la tableta gráfica con la que Alex solía trabajar. Estaban los dos dibujando ese día en la mesa del comedor, porque la luz era mucho mejor que en los respectivos dormitorios—. Ver lo que estás haciendo, digo. Si no te importa enseñarlo...

—Solo si me dejas ver esos tatuajes con los que piensas marcar a todo San Francisco.

—¡Claro!

Como era más sencillo cambiar ellos de silla que pasarse los materiales, aprovecharon que se levantaban para rescatar un par de cervezas y hacer un pequeño descanso dentro de su jornada laboral. Emma tardaría en llegar; ese día tenía una reunión con proveedores en el otro lado de la ciudad y cogería tráfico a su regreso.

Pasaron un buen rato comentando los diferentes diseños en los que estaban trabajando. Y cuando Alex comentó que aquel estilo se alejaba bastante de lo que solía hacer, Sam lo animó a enseñarle los dibujos que él considerara más *suyos*. Entonces, Alex desplegó un cuaderno lleno de ilustraciones muy oscuras, lineales, llenas de formas geométricas. Muy bonitas. A Sam le encantó. Aunque él no solía tatuar diseños de aquel estilo, alguna vez lo había hecho, y le parecía fascinante que hubiera artistas capaces de expresar con apenas unos trazos lo que a él le llevaba horas de trabajo mostrar a través de intrincados diseños.

—Tú mismo eres un puto lienzo de dibujos barrocos. —Alex lo señaló. Sam se había remangado la camiseta que llevaba y en sus brazos se distinguían gárgolas, ángeles, calaveras, flores, catrinas mexicanas...

—Sí, por lo que veo, tú también llevas tu estilo tatuado. —Alex no tenía ni la cuarta parte de piel cubierta por tinta que Sam, pero sí se había hecho algunos trabajos de ese mismo estilo lineal que solía presidir sus trabajos. La mayoría los había diseñado él mismo.

—¡Y más que me gustaría tener! —Alex buscó entre sus diseños uno concreto, una maraña de líneas y formas geométricas que tenía algo difícil de precisar, pero... algo especial—. En cuanto pueda pagarte, quiero que me tatúes esto.

—Estás de broma, ¿no? A los amigos no les cobro, joder —se indignó Sam.

—Vivo en vuestra casa, apenas me cobráis gastos... Ya me estoy aprovechando suficiente de vosotros.

—Casi literalmente, de hecho —bromeó Sam, recordando aquella noche loca compartida días atrás. Los dos se echaron a reír a carcajadas—. En serio, ¿tienes claro dónde quieres tatuártelo?

—Sí, aquí. —Alex se giró un poco, hasta mostrar la piel virgen de tinta de la parte superior de su codo izquierdo—. En el brazo.

—Pues, si lo tienes claro, pasa a mi cama y te tatúo allí. —Sin que ninguno de los dos entendiera bien por qué, ese «pasa a mi cama» hizo que se coordinaran dos respingos—. Tengo en la cómoda todo el instrumental bueno, que me daba pánico dejarlo en el estudio con los obreros rondando por allí.

—¿En serio?

—¡Claro, joder! No te irás a acojonar ahora, ¿no?

—Ni hablar.

Alex se sacó la camiseta y se tumbó en la cama, boca arriba. Sam se fijó en que, a pesar de ser tan delgado, los músculos de sus pectorales estaban bien definidos. Y a continuación se preguntó por qué cojones se estaba fijando en el cuerpo desnudo de un tío, cuando veía habitualmente unos diez o doce al día.

Algún tipo de electricidad extraña se expandió por aquel cuarto. No era exactamente sexual. Pero tampoco era solo amistad. Quizá es lo que ocurre entre dos personas que han compartido algo como lo que ocurrió con Emma aquella noche. O tal vez eran las ganas de repetir. ¿Puede ser que fueran las ganas de ir más allá? Ninguno de los dos se atrevió a mencionarlo, aunque no lograban sacárselo de la cabeza mientras las agujas entraban y salían de la piel de Alex, entre otras cosas porque jamás pensarían siquiera en algo así sin que estuviera Emma presente.

Emma, casi como si la hubieran invocado, entró justo en ese momento en el dormitorio. Saludó a Sam con un beso que estuvo a punto de provocar que en el brazo de Alex quedara marcada para siempre una raya informe y se fijó enseguida en el diseño que su novio estaba tatuando.

—¡Hala! ¡¡Pero qué bonito!!

—Sam es un jodido artista —dijo Alex, que, con tantas distracciones, ni siquiera se había parado a mirar con demasiado detalle su nuevo tatuaje.

—El dibujo es suyo, así que... es mérito de los dos —concedió Sam, modesto.

—No se puede negar que trabajáis bien en equipo —les respondió Emma. Y los dos, tal vez los tres, se preguntaron por qué, de pronto, todo sonaba tan sexual, como una proposición que ni siquiera entraba en el orden del día.

Emma se sentó en el borde de la cama y observó como Sam daba los últimos retoques al tatuaje. Le aplicó la crema antiséptica, se lo vendó con film transparente y le preguntó si le gustaba, a lo que Alex respondió con una sonrisa que no necesitó ir acompañada de palabras.

—Y ahora... el descanso del guerrero —suspiró Sam—. Necesito una cerveza.

—Yo te la traigo —se ofreció Emma—, pero... aún no vas a descansar.

—¿Ah, no?

—Pues no. Llevo años oyéndote decir que no trabajas en casa, que me pase por tu estudio si quiero un tatuaje o un *piercing*, así que... hoy no te vas a escapar.

Para sorpresa de Alex, y también un poco de Sam —para qué mentir—, Emma se sacó en ese momento la camiseta y se llevaba ya los dedos al cierre de su sujetador cuando los dos la pararon.

—¿Qué estás haciendo? —preguntaron con una voz tan estridente que no hizo falta más prueba tangible de que allí se estaba cociendo algo. Algo... muy caliente. Y cuando al fin lo desabrochó y sus grandes pechos quedaron a la vista, dos nueces empezaron a subir y bajar por las gargantas de dos hombres. Sam no pudo evitar mirar a Alex y la cara de este no dejaba lugar a dudas sobre cuánto le gustaba lo que veía, pero... curiosamente, no sintió celos.

—¿Qué... qué haces, Emma? —se atrevió a preguntar Alex, aunque su voz sonó balbuceante.

—Quiere un *piercing* en los pezones —respondió Sam por ella, al tiempo que ponía los ojos

en blanco—. Bueno, en realidad, dos *piercings*, como te imaginarás.

—Y hoy no me voy a ir a la cama sin ellos —anunció ella, con una sonrisa triunfante.

Cama, *piercing*, pezones... Pero ¿qué demonios pasaba para que todo condujera a un único lugar?

—Le debe de parecer que no me pone lo suficientemente cachondo al natural —Sam se acercó a Emma y agarró su culo con fuerza, dándole un apretón que subió un par de grados la temperatura de la habitación—, veinticuatro putas horas al día.

—¡Calla!

Entre risas y bromas, Emma se tumbó en la cama, justo en el lugar del que Alex acababa de levantarse. En el apartamento hacía mucho calor —ninguno de ellos era capaz de precisar si debido a la temperatura ambiente, a las muchas horas que había entrado el sol por los ventanales aquella tarde o... a la conversación y las putas ganas— y Emma no estaba nada excitada, a diferencia de sus compañeros de piso, así que... sus pezones tampoco lo estaban.

—Joder, Emma, me siento un fracaso como novio y como persona que lleva diez años haciendo *piercings*. No he visto unos pezones menos erectos en la vida. —Sam resopló—. Alex, ¿puedes traer un par de cubitos de hielo del congelador?

Alex se levantó, pero, cuando pasaba por al lado de Sam, este alargó un brazo y lo detuvo.

—También podemos probar con otra cosa... si os apetece.

En aquel cuarto se cruzaron muchas miradas. Y en todas había algo de prudencia, un poco de miedo, tal vez incluso vergüenza... pero lo que más había era morbo. Ganas. Sexo en estado puro, a pesar de que aquello ni siquiera había empezado. Emma asintió y ese gesto fue lo que todos necesitaron para lanzarse al vacío. Sin red de seguridad. El mejor jodido vacío de todas sus vidas.

—Ponte de rodillas al lado de ella —ordenó Sam, que, por alguna razón desconocida, parecía llevar la voz cantante de todo aquello. Alex obedeció, a pesar de que ninguna postura le resultaba cómoda con la tremenda erección que lucía bajo sus pantalones vaqueros.

Sam podía dirigir aquello con esas dotes de líder que en él resultaban del todo naturales, pero Alex solo tenía ojos para Emma en aquel momento. Solo quería hacer lo que ella le pidiera. Así que, cuando la que había sido el gran amor de una vida anterior dirigió una mirada a sus propios pezones, Alex la sintió como una orden. Se agachó un poco sobre ella y dejó que la punta de su lengua rozara levemente el pezón derecho de Emma, que estaba tan duro que quedaba más que claro que aquel movimiento, paradójicamente, ya no era necesario.

—¿Te gusta, nena? —preguntó Sam, y Emma solo pudo responder con un jadeo de placer.

Sam, por su parte, parecía indiferente a lo que estaba ocurriendo, aunque era una pose estudiada. Preparaba el material para agujerear los pezones de su novia mientras luchaba para no correrse con la simple visión de otro hombre llevándola al límite del placer.

—Tendré que desinfectar con un poco de alcohol la zona antes de clavar la aguja, ¿vale, Emma?

—Sí —respondió ella, con voz temblorosa. La sola mención de las agujas, del dolor futuro, la excitaba más que la asustaba.

—¿Sabes que te va a joder, verdad? —advirtió Sam—. Yo me lo hice hace años y lo recuerdo muy doloroso.

—Si pretendías disuadirla —intervino Alex, apartando por primera vez sus labios de los pechos de Emma—, creo que llegas tarde.

—Eso también es cierto.

—Hazlo ya, Sam —ordenó Emma, con una mirada que estuvo a punto de precipitar la

excitación de todos.

Sam se acercó a la cama, con el catéter, la aguja y las dos joyas de acero quirúrgico que iba a colocarle. Al hacerlo, su erección, tan prominente que no habría pasado desapercibida a nadie, quedó a la altura de la cara de Emma. Y ella se sintió invitada a probarla.

Sam tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para que no se le cayera el instrumental de las manos en el momento en que Emma desabrochó sus pantalones y posó su lengua encima del glande. Alex seguía chupándola, aunque no parecía atreverse a moverse de la zona delimitada.

—Si sigues así, vas a volver a quedarte sin *piercings* —dijo Sam, aunque en realidad aquello pareció más un jadeo prolongado que una frase con sentido.

—¿Te dejo trabajar y luego seguimos? —le preguntó Emma, muy seria. De verdad deseaba aquellos *piercings*.

Sam asintió. Emma agarró la cabeza de Alex y, después de dirigirle una mirada a Sam a la que él respondió con un asentimiento, la colocó sobre su propia entrepierna. En su sexo, tapado por unos vaqueros que no tardaron en volar.

La situación se precipitó. Y qué perfecta es la precipitación cuando sabe tan bien. Alex comenzó a lamer el sexo de Emma, sus labios, su clítoris. Acompañó el movimiento con unos cuantos dedos que se colaron en lo más hondo de su vagina. Emma estaba a punto del orgasmo y no dudaba en demostrarlo con gritos, gemidos y jadeos. Su mano se dirigió a la polla de Sam, concluyendo que él bien podría hacer el trabajo aunque ella lo masturbara.

Si algún día Sam necesitó comprobar su propia profesionalidad, fue aquella tarde. Fue capaz de verter una mezcla de alcohol y líquido antiséptico en un algodón, frotó con él los pezones hipersensibilizados de Emma y llevó la aguja hasta el punto exacto en el que ella tendría de por vida un pendiente con el que ya estaba deseando jugar. Todo ello, mientras Emma bombeaba su pene arriba y abajo, arriba y abajo.

—Va, Emma —avisó Sam.

El primer agujero le provocó a Emma una mezcla de placer y dolor que Alex sintió sobre su lengua. Con el segundo, emitió un grito que debió de escucharse en toda la mitad sur de San Francisco. Y fue de placer, de dolor, de... todo. Alex siguió succionando su sexo, todos sus jugos. Ella arqueó tanto la espalda que, durante un segundo, pareció que iba a romperse. Sam necesitó más y, en cuanto le hizo las curas básicas, se abalanzó sobre la cama y... dejó que Alex cambiara de destinatario de sus placeres.

Un minuto después, Sam comprobaba lo que se sentía cuando un hombre que te atrae en cierto modo, al que quieres en *otro cierto modo*, te chupa hasta conseguir que te corras en su boca. Emma estaba sentada sobre su cara, sobre la de Sam, que había iniciado una segunda ronda de aquel sexo oral gracias al cual ella ya se había corrido cuando Alex se lo había practicado.

Los orgasmos se multiplicaron. Las posturas cambiaron. Casi todos probaron casi todo. Sin ninguna duda, todos sintieron que aquello era lo más excitante que habían hecho jamás. Y, sorprendentemente, en ningún momento temieron que nada cambiara a la mañana siguiente. Aquel sexo magnífico había surgido de forma espontánea, como lo hacen las mejores cosas de la vida, pero todos sintieron que, de alguna retorcida manera, era una decisión muy meditada.

Aquella noche, el apartamento victoriano más bonito de San Francisco se convirtió en una sesión eterna de sexo, atracción, amistad, ganas... y algo que empezaba a parecerse un poco al amor.

8

Enamorados

Los meses fueron pasando. Seis, siete, ocho... Cuando se quisieron dar cuenta, Alex llevaba ya un año viviendo en una estancia que un día se había llamado «habitación de invitados» y que había acabado convirtiéndose en su cuarto de pleno derecho. Aunque pasara más tiempo en el que había al otro lado del pasillo que en ese. El título de propiedad de los cuartos en aquella casa se basaba más en el lugar donde cada uno guardaba sus cosas que en dónde dormía. Porque eso solía ocurrir en la cama más grande del piso, donde seis piernas se entrelazaban entre jadeos, besos y horas de sueño.

Ni Sam ni Emma echaban de menos el tiempo en que vivían solos en aquel precioso apartamento. Incluso se les hacía extraño pensar que habían estado así cinco años. Y habían sido muy felices, sí, pero lo que habían sentido en el último año... estaba a otro nivel. Alex había dejado de buscar piso hacía unos cuantos meses... y un poco más tarde que eso, había dejado de fingir que no se sentía mejor en aquella casa de lo que había estado jamás en cualquier otro sitio. Se había pasado cinco años de su vida viajando por el mundo para encontrarse a sí mismo, para dejar de sentir aquella inquietud vital que se lo comía a veces por dentro... y había acabado encontrando ese lugar en la misma ciudad de la que había huido y en los brazos de la misma mujer a la que había abandonado. Pero... ahora todo era diferente.

Y es que Alex, Emma y Sam eran grandes amigos. Familia, en realidad. Se querían. Se habían vuelto imprescindibles unos para los otros. Pero lo que redimensionaba todo lo que eran y lo convertía en algo diferente a lo que jamás hubieran vivido... era el sexo. Era algo de otro planeta. Una experiencia diferente a todo lo que habían conocido. Más excitante, más pasional, más llena de vida y de capacidad para hacerlos volar. Cuando llevaban ya unos cuantos meses acostándose a tres —aunque a veces seguían haciéndolo a dos, en las diferentes combinaciones posibles—, una tarde estaban en una cervecería del centro y, en la mesa contigua, una pareja se comía a besos. Cuando se marcharon, probablemente en busca de más intimidad, Alex y Sam no pudieron evitar comentar que ahora les daban un poco de pena las personas que disfrutaban del sexo de dos en dos. Emma se rio y, aunque no les quitó la razón, les dijo que pensarán que eso mismo era lo que habían hecho ellos toda la vida y no habían tenido queja.

—Porque no habíamos probado esto —respondió Sam, lleno de razón y con una sonrisa matadora pintada en la cara—. Esa gente se está perdiendo algo magnífico.

Y es que Sam había resultado el más sorprendido por la nueva configuración sentimental de su vida. Al fin y al cabo, Alex y Emma tenían una historia anterior y no era muy complicado que, una vez superados prejuicios y ataduras, entre ellos el sexo, y el amor, volviera a funcionar como una maquinaria bien engrasada que resiste los envites del tiempo. Emma era heterosexual y se acostaba con dos hombres, así que eso tenía sentido. Alex era homosexual, aunque siempre había dicho que Emma no había dejado de excitarlo jamás, así que... también tenía sentido que lo hiciera en aquellas sesiones de sexo a tres. Pero Sam nunca había dudado de su heterosexualidad. Había experimentado cosas en su juventud, sí, más por diversión, promiscuidad o borrachera que por que tuviera dudas o curiosidad. Pero nunca había pasado de que algún amigo borracho se la chupara después de una fiesta cargada de excesos. Y en esas circunstancias, ojos que no ven... Con los ojos cerrados, no habría distinguido a esos tíos de una mujer.

Pero con Alex era diferente. Con Alex se excitaba. Alex le gustaba. Y él había sido el primer

sorprendido cuando el morbo de aquellos primeros encuentros pasó y lo que quedó fueron... las ganas. Y Sam le tenía unas ganas locas a Alex, probablemente las mismas que Alex a él. No se habían acostado nunca los dos a solas, sin Emma. Aún. Y Sam había sido siempre la parte activa cuando interactuaban en aquellos tríos que se habían convertido casi en adicción. Pero no decía que no a nada a largo plazo. Quién sabía. Si había llegado ya hasta allí, cualquier cosa era posible.

El día que Alex cumplía treinta años, Emma y Sam se propusieron hacerle una fiesta, pero, como sabían que él odiaba las sorpresas, lo avisaron un par de días antes. Así aprovechaban también para que él les diera alguna pista sobre los invitados que no eran amigos comunes y a los que tendrían que llamar para que la diversión fuera completa. La sorpresa llegó cuando Alex les dijo que no le apetecía esa fiesta. Que prefería que cenaran los tres. Solos. En casa. Que se esmeraran con el menú y eso lo consideraría el mejor regalo posible. Y añadió...

—Es que quiero hablar con vosotros de algo importante.

Dice mucho del nivel de confianza que habían adquirido los tres el hecho de que Sam y Emma no necesitaran más que mirarse el uno al otro para saber que los había recorrido un estremecimiento por la espalda al pensar que quizá Alex fuera a decirles que se marchaba. Ya no se imaginaban cómo sería la vida sin él allí, con sus sonrisas tímidas, sus conversaciones durante el desayuno, sus noches de sexo desenfadado. Y quizá aquella decisión fuera la más lógica. Una relación a tres sonaba a algo temporal, no era una situación que pudiera durar toda la vida, ¿no? ¿O sí sería posible? Sam y Emma se habían esforzado mucho para que Alex no se sintiera el tercero en discordia, como una especie de invitado que había llegado a una pareja estable para hacerla mejor. Por nada del mundo querían que él se sintiera utilizado. Un simple juguete para añadir sal a las relaciones sexuales de una pareja que había caído en la monotonía. En absoluto era así. Ni ellos habían buscado nada, porque el sexo era fantástico ya antes de que llegara Alex, ni consideraban que dentro de aquella cama, de aquella casa, hubiera ningún tipo de jerarquías. Eran todos iguales. Como debía ser.

La noche antes de aquella cena, Emma apenas pegó ojo, por puro miedo a que las imágenes que más daño le habían hecho en toda su vida, las de Alex marchándose para siempre, pudieran repetirse. Sam también pasó un buen rato en vela, al principio preocupado por la manera en que afectaría a Emma ver salir de su vida a quien un día había sido su gran amor, sí, pero que por encima de todo había sido siempre su mejor amigo. Pero después de unas horas mirando al techo de su dormitorio, se dio cuenta de que también estaba preocupado por sí mismo. Que no temía solo por Emma, que no era tan altruista. A Sam le daba miedo perder a Alex porque se había convertido ya en una parte fundamental de su vida.

Necesitaron un par de siestas y un café bien cargado para, al menos, cumplir con aquello que Alex les había pedido: que se curraran una buena cena. Prepararon unas *bruschettas* de ajo, mermelada de tomate, sardina ahumada y cebollino como entrante y se esmeraron en el segundo plato: una lubina a la espalda con patatas, brócoli y zanahorias. Ninguno de los dos era demasiado aficionado a la cocina, esa era la especialidad de Alex, así que con la tarta no se atrevieron. Compraron un enorme pastel de chocolate y crema pastelera, con un «Felices 30» escrito sobre la cubierta. No sabían cuál sería el resultado final, pero, al menos, cuando Alex llegó a casa, todo el apartamento olía de maravilla y él lo notó.

—¿Ayudo en algo? —preguntó, cuando los vio algo agobiados con los remates finales de la cena.

—¡En absoluto! —exclamó Emma, cogiéndolo de la mano y dirigiéndolo a la silla que presidía la mesa de comedor—. Tú eres el homenajeado. Siéntate, sírverte una copa de vino y disfruta.

Alex sonrió y, enseguida, Sam apareció en el comedor con las bandejas de comida. Fue una cena deliciosa, cómoda y feliz. Alex sopló las velas y no quiso decir a nadie el deseo que había pedido. Él parecía tranquilo aquella noche, o al menos era el único de aquella mesa que conseguía disimular los nervios. Porque tranquilo del todo no estaba, aunque él, al menos, sí tenía muy claro lo que quería decirles. Y cruzaba los dedos muy fuerte para no haber malinterpretado unas cuantas señales que llevaban meses saltándole delante de la cara y que se habían convertido en la ilusión más grande de su vida.

—Bueno... ¿Y qué era eso tan importante que querías contarnos? —Sam y Alex se miraron y estallaron en una carcajada porque, si algo estaba claro desde el comienzo de la cena, era que sería Emma la que no podría aguantar la impaciencia y acabaría preguntando. Cuando las risas se extinguieron, empezó la conversación seria.

—Pues... si algo aprendí en los años que estuve viajando por el mundo es que los malentendidos son una mierda. Y que se pueden evitar hablando las cosas claras, aunque ponga nervioso y dé un poco de miedo.

—Sabia actitud —reconoció Sam.

—Y por eso... quería que habláramos un poco sobre... sobre... nosotros.

—¿Sobre... esto? —preguntó Emma, haciendo un gesto con las manos que quería abarcar muchas cosas.

—Sí. Sobre lo que somos. Lo que seremos. No es que haya que sentar las bases de nada en una sola cena, pero... al menos saber lo que vosotros opináis. No he conocido nunca a nadie en nuestra situación, así que no sé cuáles son las normas, si las hay.

—A la mierda las normas —opinó Sam.

—A la mierda, sí, pero... —Emma dudó—. Entiendo que algo habrá que establecer. Lo peor que nos podría pasar sería que unos esperáramos unas cosas y otros, otras. No sé si me explico.

—Perfectamente. —Alex le sonrió—. Eso es justo lo que yo quiero evitar. Que nadie salga herido, vaya.

—¿Qué propones? —preguntó Sam, muy serio, rezando internamente para que esa conversación no acabara con la ruptura de algo que le gustaba tanto, donde se sentía tan pleno.

—Creo que deberíamos aclarar si esto que lleva pasando tantos meses es... solo sexo. O si hay algo más.

—Por mi parte... Yo... —Emma alternaba la mirada entre Alex y Sam, con las ideas muy claras, pero algo de arrepentimiento por haber sido ella la primera en lanzarse a hablar.

—Empezaré yo —la rescató Alex—. Para mí no es solo sexo.

—Para mí tampoco —dijo Sam, tan rápido que podría parecer que no se había pensado la respuesta, pero... vaya si lo había hecho.

—Ni para mí —secundó Emma.

—Y entonces... ¿qué es? —preguntó Alex—. Y de nuevo, respondo yo a lo que siento. Yo estoy casi seguro de que me he enamorado... de los dos. De una forma extraña. Si algo he aprendido es que no hay una sola fórmula para amar. Pero lo que siento por vosotros... no puede ser otra cosa que amor. Emma, a ti te he querido siempre. Incluso cuando me marché... seguía queriéndote. Y no solo como amigo. Y a pesar de que soy gay, o tal vez bisexual, aunque tú eres la

única mujer con la que me he planteado estar en los últimos seis años..., te quiero. Estoy enamorado de ti.

—¿Y de mí? —preguntó Sam, incapaz de morderse la lengua.

—A ti te quiero menos que a ella, pero me pones más —respondió Alex, medio en serio, medio en broma.

—Yo os quiero a los dos —confesó Emma—. De manera diferente quizá. A Alex más como al amor de toda una vida que ha vuelto y se ha convertido en familia. A Sam como el hombre con el que quiero pasar el resto de mi vida. No... —se corrigió sobre la marcha—. La verdad es que, según lo he dicho, he pensado que es con los dos con quien me gustaría pasar el resto de mi vida.

—Supongo que soy yo el que lo tiene más complicado de explicar. —Sam resopló, cruzando los dedos para hacerles entender algo que en su cabeza estaba clarísimo—. Yo soy heterosexual, pero... supongo que me pasa lo mismo que a ti, Alex, pero al revés. Nunca me había planteado enamorarme de un hombre, pero... lo que siento por ti... se parece bastante a eso.

El silencio tomó el mando de la sobremesa, pero fue tan cómodo como los que siempre solían compartir. Las confesiones estaban hechas y la diosa Fortuna quiso que todos coincidieran en sus sentimientos. O tal vez fue Cupido, dado que los tres se consideraban enamorados de los otros dos, sin diferencias, prejuicios ni celos. Qué bonito fue ese momento, joder...

—Solo una cosa más... —dijo Sam, que no había pensado en ello hasta aquel momento, pero se alegraba de que se le hubiese ocurrido—. Creo que esta pareja de tres, o como coño se llame esto, puede funcionar. En serio, confío en el futuro de la misma manera que si fuéramos una pareja tradicional...

—¿Pero...? —adivinó Emma.

—Pero sin ver a nadie más. Si somos nosotros... seremos solo nosotros. Cualquier relación sexual, afectiva o de cualquier tipo romántico fuera de esta casa, para mí, sería una infidelidad. Yo no tengo intención de estar con nadie, Emma entiendo que tampoco, pero... ¿Alex?

—¿De verdad creéis que, teniéndoos a vosotros, iría a buscar algo fuera? —dijo, ahogando una carcajada sarcástica.

—Pues... esto habrá que celebrarlo, ¿no? —propuso Emma.

Y no necesitó hacer más aclaraciones, porque todos tenían clarísimo de qué manera se celebraban las cosas en aquel apartamento. Solo les faltó echar una carrera para ver quién era el primero en llegar al dormitorio, mientras las prendas de ropa iban quedando desperdigadas por el pasillo.

9

Triángulo

Y la vida siguió fluyendo. Ni Alex ni Emma ni Sam se habían molestado jamás en dar explicaciones a nadie sobre lo que ocurría en sus vidas, así que mucho menos iban a empezar a hacerlo pasados los treinta años. Quizá si Alex y Emma hubieran tenido a sus familias en la ciudad —o si Sam hubiera tenido familia en algún jodido lugar— habrían tenido que sentarse con ellos para hacerles entender que no todas las relaciones son iguales, que el mundo había cambiado lo suficiente en las últimas décadas —especialmente allí, en la ciudad que había inventado el concepto de «amor libre»— como para que nadie tuviera que asustarse por que tres personas hubieran decidido compartirlo todo. Sobre todo, amor. Nada podía ser mal visto, al menos por personas normales sin prejuicios, si el amor era el que lo presidía todo. Y si hacía felices a las tres personas que protagonizaban la *anómala* relación, sin que ninguno sintiera celos, ni ninguna otra emoción dañina.

Así, recorrieron las calles de San Francisco de la mano. Los tres. Besándose en cada esquina, cada vez que les apetecía. A la gente que sospechara lo que ocurría entre ellos —los amigos comunes parecían saberlo, pero ellos nunca lo habían confirmado— les podía parecer lo más extraño del mundo, pero era tan sencillo como que, al irse cada mañana a trabajar, cada uno de ellos besaba a dos personas, en lugar de a una, como ocurría en la mayoría de hogares. Bueno..., en realidad los chicos no se besaban entre sí, salvo en el ámbito del sexo, y con Emma de por medio, cuando no había ningún tabú ni barrera entre ellos. Solo debería haber los límites que cada uno quisiera imponer, pero la confianza y la transparencia entre ellos era tal que nunca habían sentido la necesidad de dejar claro ninguno.

Viajaron mucho. Sus trabajos les consumían mucho tiempo, pero también habían empezado a darles un buen rendimiento económico y, para qué engañarse, compartir todos los gastos del día a día entre tres en lugar de entre dos era otra de las magníficas ventajas de aquella relación que a ellos les parecía la piedra filosofal, de tan perfecta que era. Visitaron la costa este, pasaron una semana al sol de Florida y, en un verano que los tres recordarían para siempre como el mejor de sus vidas, cogieron un avión transoceánico y recorrieron Europa con sus billetes de Interrail en los bolsillos. Ni Sam ni Emma habían cruzado nunca el charco, así que se dejaron guiar durante cuatro semanas por un Alex que había vivido sus momentos de mayor crecimiento personal en el viejo continente. Bueno..., eso era lo que hacían por el día. Las noches se les pasaban entre jadeos, gemidos y un amor que nunca menguó. Solo crecía con cada amanecer.

Según fueron pasando los meses, las preguntas curiosas de su entorno empezaron a brotar. A ellos les daba la risa, porque no se podían creer que la gente hubiera tardado tanto en darse cuenta de que allí había algo más que una bonita amistad. ¡Pero si había pasado más de un año y medio desde que Alex había llegado a su apartamento! Y ya ni siquiera tenía su propio cuarto, el de invitados, sino que habían convertido ese segundo dormitorio en un despacho para los tres y la habitación principal en el cuarto en el que dormían... y muchas otras cosas. Nadie pareció asustarse y, si los juzgaron a sus espaldas, a ellos no pudo importarles menos.

Eran felices. Muy felices.

La noche en que se cumplían dos años desde que Alex había entrado por la puerta de aquel apartamento sin imaginar que aquello desencadenaría los veinticuatro meses más felices de sus vidas, Sam les anunció durante la cena que quería tatuarse algo. No es que aquello fuera una gran

novedad, ya que incluso él mismo empezaba a mostrarse preocupado por la posibilidad de quedarse sin espacio en su cuerpo para nuevos diseños. A veces conseguía pasar seis o siete meses sin dibujarse nada en la piel, pero luego le venía una racha compulsiva y volvía a cambiar el aspecto de aquel lienzo que, para Alex y Emma, era el más bonito del mundo. Así había llegado a la situación de que quedaban muy pocos espacios en blanco en su cuello, sus brazos, su pecho o su espalda. Solo sus piernas conservaban el color original, siempre algo moreno incluso en invierno, de su piel.

Pero Sam no hablaba de un tatuaje cualquiera. Hablaba precisamente de *estrenar* la piel de sus piernas para llevar un único diseño. Entre risas por el desastre de relleno para fajitas que había preparado Emma, les juró que aquel nunca lo rodearía por otros dibujos que le quitaran protagonismo. Llegado ese punto, Alex y Emma ya solo querían que confesara qué tenía en mente.

—Un triángulo.

—¿Un triángulo? —preguntó Alex, sin querer ilusionarse por el significado de aquel tatuaje.

—Sí. Equilátero. Sencillo pero precioso. —Los miró a ambos a los ojos de forma consecutiva y suspiró—. Como nosotros.

Emma y Alex compartieron una mirada tras sus ojos humedecidos. Sam nunca había sido un hombre de grandes declaraciones de amor, al contrario que ellos, a los que se les escapaban los sentimientos en forma de palabras. Pero aquel gesto decía más de lo que ningún otro podría haberlo hecho. Era un tatuaje diferente a todos los demás que tenía, en un lugar que había permanecido virgen hasta aquel momento. Quizá como su corazón hasta que los había conocido. Significaba tanto...

—¿Te importaría...? —empezó a decir Alex, pero no se atrevió a completar su frase.

—¿... que nosotros también...? —Emma titubeó, pero la idea ya estaba clara, sentada a aquella mesa de la misma manera que ellos.

—Será un honor. —Sam sorbió por la nariz. Aquella conversación podía parecer baladí vista desde fuera, pero estaba tan llena de emoción que era imposible contenerla toda—. Un jodido honor.

Podrían haber esperado al día siguiente, pero... para qué. Ninguno iba a cambiar de idea y les pareció precioso hacerlo así, en casa, en aquel momento lleno de sentimientos compartidos a tres. Sam puso una sábana vieja, aunque impecablemente limpia, sobre la cama auxiliar del despacho, y empezó a preparar los materiales para tatuar mientras Alex y Emma preparaban unos mojitos en la cocina. Bien cargaditos de ron, aunque Sam no fuera muy partidario de beber y tatuarse a la vez, pero... un día era un día. Y aquel era uno especialmente importante. Era su forma de sellar un compromiso, más permanente que cualquier anillo, tan privado como les permitía su situación. Era la boda que tendrían aquellos cuya situación no estaba regulada por las leyes. Ni falta que les hacía.

—¿Dónde lo queréis? —les preguntó Sam en cuanto entraron en el cuarto.

—Yo... aquí. —Emma señaló el dorso de su mano.

—¿Así, tan... visible? —preguntó Sam, extrañado. Emma estaba llena de tatuajes, y él se enorgullecía de habérselos hecho todos, pero nunca se había atrevido con ninguno que quedara a la vista cuando se vestía de impecable empresaria y diseñadora de interiores.

—Sí. Quiero tenerlo siempre presente. Y que lo vea todo el mundo, porque me moriré antes de llegar algún día a ocultar lo que tenemos, porque es lo mejor que me ha pasado jamás.

Sam y Alex intercambiaron una mirada que significaba que querían tanto a aquella mujer que morirían y matarían por ella.

—¿Y tú? —preguntó Sam a Alex, en parte para aliviar la intensidad de aquella conversación.

—Aquí.

Pero no fue posible hacer menos denso aquel ambiente cargado de amor, porque lo que hizo Alex a continuación fue llevarse las palmas de sus manos al pecho, al lado izquierdo, justo al lado del corazón. Sería su primer tatuaje en el torso. Una primera vez para todos en algún sentido. Una buena metáfora de la primera vez que se habían enamorado de verdad.

—Pues vamos allá.

Aquel tatuaje dolió, pero fue un dolor dulce. Uno que repetirían un millón de veces en sus vidas. Alex fue el primero, y se sintió más pleno que nunca cuando se miró, en calzoncillos, al espejo. Su pecho, blanco y apenas cubierto de vello, estaba ahora marcado. Sonrió tan fuerte al darse cuenta de lo positivo que era el significado de ese verbo «marcar» que casi se le desencajó la mandíbula.

A continuación llegó Sam, que tenía la misión más complicada al tener que tatuarse a sí mismo. Pero era un profesional con muchísima experiencia y consiguió que el diseño de su tobillo izquierdo quedara perfecto. Estuvo a punto de emocionarse de veras cuando vio sus piernas largas rodeando a Emma y diciéndole con un dibujo que estaba encantado de ser una arista de aquel triángulo perfecto.

Y ella fue la última. El ambiente de la habitación se había caldeado bastante durante aquellas horas de la madrugada. Demasiada piel a la vista y demasiadas ganas. Emma no se tumbó, sino que se sentó en el sofá y puso la mano sobre la mesa del despacho. Alex estaba detrás de ella, besando su cuello largo, bajando hasta su escote profundo, mirando a Sam mientras lo hacía, porque le gustaba tanto excitarse como excitar como ver la excitación en los ojos de un tercero.

Sam, por su parte, estaba manifiestamente cachondo mientras tatuaba. Tuvo que hacer un esfuerzo extra para que el tatuaje de Emma quedara bien, porque su sangre no estaba concentrada precisamente en el cerebro.

Cuando estuvieron los tres tatuados, protegidos por la crema antiséptica y vendados con *film* transparente... se miraron al espejo. Se sintieron orgullosos de lo que veían. Emma, tan diosa, *vestida* solo con un conjunto de ropa interior de encaje negro que dejaba al aire las alas de su espalda, esas que la convertían en el ángel caído más sensual del cielo y la tierra. Sam lucía una erección brutal bajo sus bóxer de algodón grises. Estaba bien dotado, eso lo sabían bien los otros dos, pero aquello parecía casi inhumano. Alex dirigió la mirada hacia aquel bulto, gemelo al que lucía él en sus calzoncillos, y se le escapó una risita breve que pronto cortó para hacer algo más inteligente.

—Gracias por esto, Sam. —Alex se acercó a él por detrás, dirigió su mano a la entrepierna de Sam y le dio un apretón que al otro hasta le dolió—. Y no me refiero solo al tatuaje.

—Pues agradécelo en condiciones, ¿no? —Sam esbozó una sonrisa torcida y Emma no tardó en reaccionar. Se situó detrás de él y empezó a bajar su ropa interior. Para entonces, Alex ya había caído de rodillas y el glande de Sam se introducía entre sus labios hinchados por el deseo.

Una hora después, los tres se habían corrido —y no solo una vez—, y yacían tranquilos y felices sobre el sofá del despacho.

—Os quiero. —Las palabras de Sam lo llenaron todo. Él mismo nunca se había sentido más pleno que en ese momento. Y nunca encontró esas palabras menos tópicas que allí, entonces—. Os quiero muchísimo, joder.

Él nunca lo había dicho. Alex y Emma sabían perfectamente que los quería, pero él no lo decía, no con esas palabras. A Emma sí le decía «te quiero» a menudo, como había hecho siempre, antes de que Alex apareciera. Y a Alex también se lo había dicho, pero añadiendo un «tío» al final. Aquellos «te quiero, tío» siempre sonaron menos profundos que el «os quiero» que

ahora llenaba los oídos —y el alma— de sus dos compañeros de vida.

Y ellos no respondieron con un «yo también», sino con otros dos «os quiero» que resonaron en las paredes del apartamento y que esperaron que se convirtieran para siempre en la banda sonora de todo lo que serían en el futuro.

Lo que aún no sabían era que el futuro les tenía preparada una jugada demasiado cruel. Una que podía mandar aquellas vidas de ensueño por los aires.

El día en que todo cambió

Alex y Emma estaban solos en casa el día que todo cambió. Era domingo y habían amanecido tarde, después de una noche de sábado que había llevado la palabra «placer» a sus cotas más altas de significado. Había sido sexo, sí, pero también había sido amor, complicidad, amistad, atracción, pasión. Vida. Eran más de las cuatro de la madrugada cuando se habían quedado dormidos y pasaban de las once cuando despertaron, los tres enredados en la misma cama.

Hacía dos años que era difícil ver a Alex, Emma y Sam hacer algo por separado, a excepción del tiempo que los tres dedicaban a trabajar. Pero había una afición que no podían disfrutar todos juntos, a pesar de que, con el paso de los meses, todos habían ido aficionándose a las cosas que les gustaban a los demás. Y esa afición era la pasión de Sam por las motos. Alguna vez habían bromeado con que, para no separarse ni siquiera unas horas de vez en cuando —hasta eso se les hacía cuesta arriba—, lo ideal sería que Sam se comprara un sidecar para acoplar a su Harley. Y ya más en serio, alguna vez Alex había pensado en comprarse una moto, que siempre le habían gustado, y que entre ambos se turnaran para llevar de paquete a Emma, que no parecía muy por la labor de unirse a la pasión motera. Pero al final no lo había hecho porque lo más potente que Alex había conducido sobre dos ruedas era un *scooter* con el que se movía en la época en la que había vivido en Asia.

Así que aquel domingo Sam salió a hacer la única cosa de la que aún disfrutaba sin Alex y Emma. Recorrer las intrincadas carreteras del norte de California. Perderse por paisajes desconocidos pero que no tenían nada que envidiarles a los más famosos del país. Sentir el viento en la cara y poner la mente en blanco. Notar bajo su cuerpo el ronroneo de un motor que conocía como la palma de su mano. Y convivir con lo poco de sí mismo que quedaba de aquel adolescente demasiado atormentado y perdido que había sido veinte años atrás. Él se había hecho mayor en un club de moteros en el que había aprendido a amar las motos y, por suerte, a odiar todo lo demás que se hacía entre sus paredes, con la única excepción de los tatuajes. Allí le habían enseñado a arreglar un motor —también a trucarlo—, a controlar la moto en casi cualquier situación imaginable y a disfrutar de algo que para algunos era una afición, pero para otros se había convertido en una forma de vida.

—Volveré tarde. —Sam se había vestido en tiempo récord, de cuero de la cabeza a los pies, y se disponía ya a recuperar su moto del garaje del edificio, pero pasó por el dormitorio a despedirse de Alex y Emma, que aún remoloneaban en la cama—. Alex, deja de mirarme así o me jodes el domingo motero.

—Es que todo ese cuero... —Alex soltó una exclamación que se pareció más a un gruñido—. Vamos, no me jodas.

—Lárgate ya, Sam —exclamó Emma, mientras se partía de risa—. Me tenéis agotada, joder. Hoy no pienso sacarme las bragas.

—Para eso tendrías que ponértelas en algún momento, cielo. —Sam le guiñó un ojo y todos se rieron—. No lo paséis demasiado bien sin mí. Volveré a la hora de cenar más o menos.

Y con esas frases se marchó, dejando a Alex y Emma con todo un día por delante para hacer lo que les diera la gana. Las primeras veces que se habían encontrado en esa situación, que Sam se marchara en la moto a pasar todo un día fuera, se les había hecho raro. También les había pasado a Emma y a Sam cuando Alex tuvo que salir un par de días de la ciudad por un viaje de trabajo.

Parecía extraño que, después de todo el tiempo que habían pasado juntos por separado, dado que Emma había sido durante muchos años pareja de cada uno de ellos, ahora la vida pareciera incompleta cuando no eran tres. Era difícil creer que las cosas hubieran fluido de una manera tan cómoda, tan natural.

Al final, Alex y Emma se quedaron en la cama todo el día. Vagueando, durmiendo a ratos. Viendo una peli tonta en el ordenador. Picoteando de una bandeja llena de *snacks* de lo más insanos que Alex preparó y que ambos prometieron quemar al día siguiente en el gimnasio. Riéndose a carcajadas cuando se dieron cuenta de que, en cuanto volviera Sam, lo más probable era que los quemaran en la cama. Charlando. De ellos, de la vida, de Sam. Del concepto que tenían del amor, que había cambiado radicalmente en los últimos dos años.

—Quién nos iba a decir que algún día acabaríamos así, ¿no? —dijo Emma, aunque más que una pregunta era un pensamiento en voz alta que le apetecía compartir con quien había sido su mejor amigo desde que era una niña.

—Ya...

—Te juro que, cuando te marchaste... Es decir, una vez que pasó todo el dolor, que no fue fácil. —Emma quiso morderse la lengua porque se dio cuenta, por la cara de Alex, de que a él le habían dolido aquellas palabras. Pero ya había empezado y prefirió acabar su argumento, que no tenía nada de triste—. Ya llevaba mucho tiempo con Sam, aunque él sabía que estaba un poco a medio gas, intentando volver a ser yo. Y ahí, cuando todo estaba ya bien, conmigo misma y con él, pensé que era imposible ser más feliz de lo que era. Hasta que volviste, creamos esto... y supe lo que significaba la expresión «tocar el cielo con las manos».

—¿Tú me has perdonado, Emma? —le preguntó Alex, sin atreverse a levantar la mirada.

—¡Pero ¿es que no me has escuchado?! Lo que te estaba diciendo era algo bonito, joder. No podemos estar con miedo a mencionar el pasado porque hubiera dolor en él.

—Ya. Ya lo sé. —Alex se acercó un poco más a ella y le acarició la mejilla—. Pero es que a veces yo mismo no me perdono el daño que te hice.

—Pues olvídale. Aquello fue jodido, por supuesto que sí, pero... si nunca hubiera ocurrido, ni de broma ahora estaríamos donde estamos. Y te aseguro que no cambio mi situación actual por ninguna del mundo.

—¿Ni siquiera por la época en que estabais Sam y tú solos?

—No. Aquello fue precioso, claro que sí. Como lo fueron también los años que compartimos tú y yo. Pero la vida son etapas, Alex. Y la que estamos viviendo ahora es algo que poca gente se atreve a vivir, o simplemente no quieren, y están en su perfecto derecho, solo faltaría... Pero para nosotros... es lo mejor que nos ha pasado jamás, ¿no crees?

—Lo creo tanto que ni siquiera lo cambiaría por la época que pasamos nosotros dos solos, Emma. Y a pesar de que se acabó y fue doloroso, te aseguro que aquellos años contigo fueron muy felices. Lo más feliz que yo pensaba que llegaría a ser algún día hasta que os encontré a los dos.

Como para sellar aquellas palabras tan bonitas y sentidas, Alex y Emma acabaron haciendo el amor. Como Sam había predicho muy acertadamente antes de marcharse, ella ni siquiera había llegado a vestirse en todo el día. Fue sexo lento y pausado, porque los dos estaban agotados del maratón de la noche anterior, pero también porque cada una de las tres personas que vivían en aquella casa aportaban algo diferente al conjunto. Sam era pasión pura; era salvaje, intrépido, le gustaba experimentar, sentir, transmitir con su cuerpo lo que sentía su alma de forma completamente instintiva. Alex, en cambio, era más tierno, más delicado, romántico. Juntos, eran una combinación perfecta. Algo que Emma alguna vez decía en broma que deberían probar, aunque solo fuera una vez en la vida, todas las mujeres del planeta. Aunque bien sabía ella que no

permitiría que ninguna se acercara a menos de dos metros de distancia de sus dos hombres. De los dos hombres de su vida. ¿Y qué era Emma en aquel triángulo? El centro de todo, el perfecto catalizador que convertía en posible lo imposible, en aceptable lo que para otras personas sería extraño, en amor de verdad lo que podría haber parecido solo sexo.

Cerca de las nueve de la noche, Alex se encontraba con las manos metidas en el horno. Allí, en la cocina, se manejaba como pez en el agua, y disfrutaba experimentando nuevas recetas con la certeza de que Sam y Emma se comerían todo lo que les ofreciera, porque eran dos auténticos glotones. Aquella noche se decidió a hacer una receta vegana que le había pasado un antiguo compañero de facultad que, en un extraño giro a su carrera, se había convertido en chef de un restaurante vegetariano. Se trataba de una musaka rellena de una pasta deliciosa de pimientos, calabaza y berenjena. El color del plato era espectacular y lo que él había probado mientras iba preparando los ingredientes prometía mucho disfrute para sus papilas gustativas. Además, se podía comer fría o calentar sin dificultad por si Sam finalmente llegaba a casa demasiado tarde y con hambre.

—Joder, como sepa la mitad de bien de lo que huele, Alex... —lo piropeó Emma al salir de la ducha. Iba envuelta en un albornoz blanco y con el pelo empapado goteando sobre el suelo del salón-cocina.

—Eso espero. —Se acercó a ella y le dio un beso. Él también había necesitado pasar por la ducha después de tanto sexo y remoloneo en la cama—. ¿Crees que Sam llegará para cenar?

—¿A qué hora estará listo?

—Pues... en unos diez minutos.

—Yo me muero de hambre, así que... le tocará comérselo frío.

Los dos se rieron y Alex se dedicó a darle los últimos retoques al plato mientras Emma ponía la mesa. Aprovechó para poner música en el tocadiscos que habían comprado Sam y ella hacía ya muchos años en un mercadillo de segunda mano cerca de la bahía. Apenas había empezado a sonar la voz de Michael Jackson en el salón cuando el móvil de Emma sonó, estridente. Ella se sorprendió un poco, porque en esa época de *whatsapps* y notas de voz era raro recibir una llamada fuera de jornadas de trabajo, pero Alex la distrajo con una sospecha que ella enseguida hizo suya.

—¿Qué te apuestas a que es el motero llamando para avisarnos de que se le ha hecho tarde y que pasará la noche en un motel perdido en las montañas?

—Seguro. —Emma se rio, pero enseguida cambió a tono serio al ver que el número que aparecía en su pantalla no lo tenía registrado—. ¿Sí?

—Buenas noches. ¿Hablo con Emma Weisburger?

—Sí, soy yo. ¿Quién es?

—La llamo del hospital John Muir. Mi nombre es Michelle.

—¿Qué ha pasado? —Aunque no gritó, la voz de Emma se convirtió en un aullido desgarrado, que hizo que Alex acudiera a su lado a toda velocidad. Los dos, solo con ese breve intercambio de frases, estaban ya aterrorizados.

—Acaba de ingresar un paciente de urgencia llamado Sam Thornton. Ha sufrido un accidente en una de las carreteras de circunvalación a la ciudad. Una ambulancia lo ha recogido y lo han traído aquí. Su nombre y su teléfono figuraban como contacto en caso de emergencia.

—¿Cómo está?!

—No puedo informarla de nada por teléfono, además de que acaba de llegar y habrá que esperar a la valoración del equipo médico, pero...

—¿Qué?

—Yo en su lugar intentaría llegar al hospital lo antes posible. No pierda tiempo. —El tono de voz de la persona al otro lado del teléfono fue tan significativo que a Emma se le escaparon las lágrimas que llevaba toda esa conversación reteniendo. Serían las primeras de muchas que estaban por llegar, y eso ya lo sabía en aquel momento.

—Así lo haré. Muchas gracias.

Colgó el teléfono y se abrazó a Alex. Con necesidad de encontrar un pecho conocido en el que consolar su dolor, pero sobre todo con miedo. Con pavor. Cinco minutos antes, estaban preparando una cena bonita con la que recibir a Sam. Cinco minutos después, Sam podía morir. Era un eufemismo pensar en cualquier otra cosa después de aquella llamada de teléfono. Y ninguno de los dos creía que pudieran sobrevivir si eso llegaba a ocurrir. Ningún triángulo existe si le falta una arista. Quedan solo dos líneas perdidas en el vacío, destinadas a desaparecer.

El abrazo no duró ni diez segundos, los que tardaron en darse cuenta de que el tiempo apremiaba. Se vistieron con las primeras prendas que encontraron, a la velocidad del rayo. Salieron del apartamento sin saber cuándo regresarían a él, pero siendo muy conscientes de que, cuando lo hicieran, no serían las mismas personas. En aquel salón siguió sonando, sin que nadie lo escuchara, un viejo vinilo de Michael Jackson que hablaba de amor.

11

El horror

Alex y Emma llegaron al hospital aterrorizados. No habría otro adjetivo para describir el estado en el que se encontraban. Eran jóvenes, habían pasado por diferentes situaciones en la vida, algunas más fáciles, otras más difíciles, pero aún tenían esa edad en la que todo el mundo piensa que es inmortal. Sobre uno mismo y sobre las personas cercanas a las que se quiere con locura. Ni a Alex ni a Emma se les había pasado jamás por la cabeza que a alguno de ellos, de los tres, pudiera pasarles algo horrible, pero... aquella llamada dejaba muy claro que ya había sucedido. Y que ellos debían enfrentarse a las consecuencias. Quisieran o no.

Tal vez no tardaron mucho en atenderlos, pero a ellos para siempre les quedaría la sensación de que habían pasado una eternidad de tiempo en una sala de espera anodina que jamás podrían olvidar. Emma estuvo a punto de perder los nervios la cuarta vez que la recepcionista les dijo que los médicos estaban a punto de salir a hablar con ellos. Alex parecía poner calma, pero en realidad estaba tan paralizado por el pánico que no tenía capacidad de reacción.

Una mujer lloraba al fondo de la sala de espera. En otro momento, quizá Emma se habría levantado a ofrecerle su ayuda, pero sus propias lágrimas la estaban ahogando tanto que no era capaz de hablar con otro ser humano; ni siquiera con Alex. La máquina de café emitía un ronroneo sordo que se convirtió en la banda sonora del peor momento de sus vidas; al menos hasta entonces.

Era casi medianoche cuando al fin un doctor salió a hablar con ellos. «¿Familiares de Sam Thornton?», preguntó, y ellos se levantaron sin plantearse que fueran una cosa diferente a familia. Una familia de tres que no tenía ninguna intención de dar explicaciones, aunque, para simplificar los trámites hospitalarios, se presentaron como la novia y el hermano del paciente.

—¿Les gustaría...? —El doctor carraspeó. A nadie le pareció una buena señal—. ¿Querrán acompañarme a mi despacho, por favor? Así podremos hablar más en privado.

Por suerte, la sala a la que los condujeron estaba cerca. Los fluorescentes emitieron un zumbido cuando el doctor pulsó el interruptor, y una luz blanquecina los cegó durante un instante. Se sentaron en las dos sillas que les ofrecieron y observaron la cara del médico, como queriendo leer en ella la realidad a la que se enfrentaban.

—Está vivo. —Las palabras sonaron como una exhalación. Lo único importante estaba resuelto—. Muy débil pero vivo. Ha perdido mucha sangre. Estamos transfundiéndole en este momento grandes cantidades para que se recupere y somos optimistas.

—¿Sí? —La voz de Emma sonaba tan llena de esperanza que Alex deseó que el doctor se callara. Que no dijera nada más, porque presentía que no era nada bueno lo que les quedaba por escuchar.

—Teniendo en cuenta el estado en el que llegó tras el accidente... Bueno, a los médicos no nos gusta hablar de milagros, pero puedo asegurarles que estamos muy orgullosos de haberlo sacado adelante.

—Y nosotros... nosotros les estamos muy agradecidos —logró articular Alex—. ¿Podemos pasar a verlo?

—No esta noche. Hasta mañana por la mañana estará ocupado con muchos procedimientos médicos. El horario de visitas de la UCI empieza a las nueve.

—Aquí estaremos.

—Pero hay varias cosas que me gustaría comentar con vosotros... ¿Puedo tutearos? —Alex y Emma asintieron, y el doctor continuó—. Sam ha salvado la vida, pero... no está bien.

—¿A qué se refiere? —Alex titubeó un poco al hacer la pregunta, porque sintió el apretón fuerte de Emma en su mano. Los dos habían alcanzado otro punto álgido de terror.

—Tiene lesiones... graves. Muy graves, en realidad. Le quedan por delante muchos meses de hospital y muchos más de recuperación. Años, tal vez.

—¿De qué lesiones estamos hablando?

—Voy a empezar por las buenas noticias. Afortunadamente, no tiene lesiones internas. Eso sí que es, sin ninguna duda, un milagro. Sus órganos están en buen estado y, teniendo en cuenta que es un hombre joven y en buena forma física, las cosas serán indudablemente más sencillas que para cualquier otro.

—¿Y las malas noticias? —preguntó Emma, que prefería sacarse ya la tirita de un tirón, recibir las peores noticias para empezar a pensar en cómo afrontarlas.

—Su cuerpo ha recibido... muchos impactos contra el suelo. Todavía no hemos recibido el informe policial, pero... han tenido que ser muchos. Contra el asfalto y contra un guardarraíl de la carretera. Tiene múltiples fracturas. Tres de ellas en las costillas, aunque afortunadamente no han perforado los pulmones. Le hemos vendado el torso y, con inmovilización, no tardarán demasiado en estar curadas.

—Esto va a ir a peor, ¿verdad? —Alex esbozó una sonrisa sarcástica.

—Sí, desgraciadamente... Ya os he dicho que prefería empezar por las buenas noticias. También tiene rotos el brazo y la clavícula derechos. Lo hemos operado para estabilizar las fracturas y, por supuesto, también se lo hemos inmovilizado. Le dolerá y tendrá que hacer fisioterapia cuando pase lo peor, pero tampoco son esas las lesiones que nos preocupan.

—¿Y cuáles son?

—Sus... piernas. No hay una forma buena de decir esto, así que, simplemente..., lo diré. En el accidente, ha perdido la pierna izquierda.

Alex y Emma tardaron un segundo en asimilar esa información y, cuando lo hicieron, dieron un respingo en el sitio. A Emma incluso se le escapó un pequeño chillido. Alex se llevó las manos a la boca, quizá para evitar unirse a ese coro macabro de sonidos que expresaban lo que las palabras no eran capaces. Las lágrimas que a duras penas habían sido capaces de contener se asomaron entonces a sus ojos. Los desbordaron. Ellos se desbordaron, en el dolor de una pérdida que sentían como propia. Porque los tres eran uno y ahora uno de los tres había perdido algo. Y no pensaban en ello como solo una pérdida física. Era algo más. Lo sabían. Sería algo mucho más profundo que eso.

—Y eso no es todo... La otra pierna, la derecha... está destrozada. Tiene diecisiete fracturas solo entre la rodilla y el pie, además de otras en el fémur y la cadera, aunque esas son menos preocupantes.

—¿Volverá a caminar? —preguntó Emma, leyéndole el pensamiento a Alex, que habría hecho exactamente la misma pregunta si ella no se hubiese adelantado.

—Eso dependerá de varios factores. De nuestro acierto como médicos, y creedme que haremos todo lo que esté en nuestras manos, y más, por lograrlo. De la suerte; no nos engañemos, siempre tiene alguna importancia. Y quiero pensar que Sam ya ha agotado su cupo de mala suerte para esta vida y un par más. Pero, sobre todo, sus opciones de volver a caminar dependerán de cuánta fuerza de voluntad ponga él en su recuperación.

—Pero las posibilidades... ¿existen?

—La prioridad ahora mismo es recuperar lo máximo posible la pierna derecha. Está muy

maltrecha, con muchísimas fracturas, pérdida de masa muscular, daño en los nervios, en los tendones. Tendrá que pasar por quirófano unas cuantas veces y no estará en condiciones de iniciar la rehabilitación, en el mejor de los casos, hasta dentro de un año.

—¿Un año? —preguntó Emma, a quien en aquel momento aún se le hacía un mundo pensar en doce meses de Sam postrado en una cama. No tenía ni idea de que las cosas siempre son susceptibles de ser mucho peores.

—Pero... ¿y la otra pierna? —Esa fue en cambio la pregunta de Alex. Él prefería pensar en el presente. Ni siquiera había registrado del todo el dato sobre ese año infernal.

—La otra pierna, por desgracia, ya no está. Llegó a Urgencias con ella prácticamente separada del cuerpo por completo. Perdió muchísima sangre, las lesiones cerca de la femoral siempre...

—¿De la femoral? —preguntó Alex—. ¿Tan arriba?

—Muy arriba, sí, lamentablemente. Pero conseguimos salvar un muñón suficiente como para que pueda acoplarse una prótesis funcional. Si hubiera sido más cerca de la cadera...

—¿Qué es una prótesis funcional? ¿Cómo... cómo es? —A Emma la movía la curiosidad, sí, pero también necesitaba tener el máximo posible de información para tranquilizar a Sam cuando al fin pudieran verlo.

—La tecnología médica ha avanzado muchísimo en los últimos años. Hay prótesis cada vez más perfectas. El único límite suele ser el dinero y, teniendo en cuenta que todo apunta a que el accidente ha sido culpa del otro conductor, supongo que recibirá una indemnización suficiente para no tener que preocuparse por eso.

—Menos mal...

—Podrá conseguir una rodilla biónica.

—¿Una... rodilla biónica? —Emma no salía de su asombro. Toda aquella información nueva la fascinaba, en el peor sentido del término.

—Es una prótesis que se encajará en el muñón, cuando esté curado del todo, en unos tres o cuatro meses, calculo yo. La parte del muslo y la pantorrilla son rígidas, pero la rodilla dispone de unos microchips que *aprenden* a andar al mismo tiempo que lo hará Sam. Imitará sus movimientos y la única precaución que deberá tener es mantener siempre su batería cargada.

—¿Y el tobillo?

—El tobillo no es problema. El movimiento es mucho más sencillo, no es necesario que sea biónico, aunque esa también es una opción.

—Por lo que nos cuenta... ¿Podemos tener esperanzas, entonces?

—Respecto a la pierna amputada, sí, sin duda. Pero no podéis perder de vista que, para que algún día Sam pueda llegar a usar una pierna ortopédica, necesitará su pierna sana en perfecto estado.

—Y está muy lejos de tenerla —concluyó Emma, sacándole las palabras de la boca al doctor.

—Efectivamente. ¿Puedo preguntaros... cómo es Sam? Su carácter, su actitud ante la vida...

Emma y Alex se miraron, esbozaron una sonrisa nostálgica —porque ya sentían la pérdida— y ella fue la que habló.

—Es fuerte, optimista y divertido. Deportista y amante de la vida sobre todas las cosas. Y resiliente, aunque ha tenido motivos suficientes para venirse abajo en el pasado.

—Pues eso... es la mejor noticia que podríais darme.

—No, no, doctor. —Emma suspiró—. No se confunda. Ese Sam del que le hablo es el hombre que se levantaba de un salto cada mañana y que soñaba con coger su moto, irse a su estudio de tatuajes y volver conmigo a casa cada noche. —Alex le apretó el muslo justo en ese instante, como dejándole claro que sabía que en ese *conmigo* quería decir *con nosotros*.

—No podemos ni imaginarnos cómo será un Sam mermado —continuó Alex. Emma se había quedado sin voz por culpa de los recuerdos—. O mucho me equivoco o... me lo imagino como una persona con muy poca capacidad para asumir que vaya a convertirse en un discapacitado.

—Mejor hablad de... una persona con capacidades diferentes. Es más justo para la gente que sufre este tipo de lesiones. No podéis ni imagináros las personas a las que he atendido a lo largo de mi carrera y las cosas que han conseguido. Hace años, traté a un alpinista que había perdido las cuatro extremidades en una avalancha en los Alpes y ahora corre maratones. No voy a decir que eso sea lo habitual, que sea sencillo o que vaya a ser el caso de Sam. Solo que... la actitud es tan importante como los cuidados médicos o la suerte.

—Me gustaría ser yo... que fuéramos nosotros... quienes se lo dijéramos. ¿Es posible? —preguntó Emma.

—Tuvo algunos breves momentos de consciencia tras el accidente y en la ambulancia, así que es posible que tenga algún recuerdo de lo ocurrido, pero ahora estará horas sedado. Siempre damos a los familiares la opción de contar las malas noticias ellos mismos al paciente, o hacerlo acompañados de un doctor, que lo haga el doctor solo, acudir al servicio psicológico del hospital... Ponemos todas las opciones a su disposición.

—Se lo diré yo —repitió Emma—. Creo... creemos que será lo mejor, ¿verdad? —Miró a Alex.

—Sin duda. Y yo estaré a tu lado.

Se despidieron del médico entre agradecimientos por parte de ellos y palabras de ánimo del doctor. Quedaron en regresar a las nueve en punto, cuando probablemente Sam ya estuviera despierto. Y se fueron a casa sabiendo que al día siguiente mantendrían la conversación más difícil de sus vidas. Y que no había nada que pudiera prepararlos —y mucho menos a Sam— para lo que estaba por venir.

12

Jodido

Alex y Emma no podrían desear ni a su peor enemigo que pasara una noche como aquella. Ni siquiera llegaron a meterse en la cama cuando llegaron a casa. Ni siquiera se pusieron más cómodos; se limitaron a quedarse sentados en el sofá, uno junto a otro, con la mirada perdida en la pared y los corazones palpitándoles con tanta fuerza en el pecho que llegaron a temer que se les saliera de la caja torácica. Demasiados sentimientos se agolpaban: miedo, pena, angustia, compasión... Todos se podrían resumir en la palabra «pánico».

No fueron capaces de conciliar el sueño. Sentían el cansancio pegado a sus párpados, pero no podían dormir. No lo intentaron porque no lo habrían conseguido. Tenían una necesidad demasiado intensa de que llegara al día siguiente, para ver a Sam, aunque, al mismo tiempo, tenían el momento de que Sam se viera a sí mismo. A la nueva versión de sí mismo. Aunque los médicos los habían advertido de que hasta las nueve de la mañana no podrían pasar a verlo, a las siete y media ya estaban en el aparcamiento del hospital. Y aquello fue aún peor. Estar lejos de casa no ayudaba a que la ansiedad se redujera. Apenas habían hablado en las últimas horas.

Era el fin de una era. No necesitaban ver a Sam para saberlo. Y dolía por eso, pero sobre todo dolía por Sam. Porque, cuando quieres a alguien de la manera en que ellos tres se querían, darías cualquier cosa por evitarle el sufrimiento. Tanto Alex como Emma habrían dado cualquier cosa por llevarse para sí mismos parte del dolor de Sam.

Y al fin llegó la hora de la verdad. Alex y Emma llevaban la última hora y media en el entorno de aquel hospital deseando que llegara el momento de ver a Sam, pero, mientras se dirigían hacia el *box* que le habían asignado en la zona de cuidados intensivos, el pasillo se les hizo demasiado corto. Querían llegar y no querían. Eran todo confusión y miedo.

Cuando al fin entraron, encontraron a Sam dormido. La enfermera de turno los avisó de que no estaba ya sedado, que había estado despierto durante unos breves instantes, pero el cansancio y el cóctel de medicamentos que tenía en la sangre habían hecho que volviera a quedarse dormido. Apenas les dio tiempo a temer el momento en que despertara y tuviera que enfrentarse a la cruda realidad. Casi como si él hubiera podido percibir su presencia, abrió los ojos en el momento en que Emma se sentaba en la silla que había junto a la cama.

—Hola... —dijo con voz rota. Carraspeó a continuación, pero o bien no fue capaz de aclararse la voz o bien no encontró nada más que decir.

—Hola, mi amor.

Emma se levantó y se acercó a acariciarle el pelo. Siempre le había encantado aquella impresionante melena rubio oscuro que tenía Sam y que, en aquel momento, parecía la única parte de él que permanecía intacta. Su piel había adquirido un color cetrino, sus ojos estaban rodeados por unos círculos demasiado oscuros y en su cuerpo... era mejor ni pensar. Emma cerró los ojos antes de besarlo. Un beso tierno, algo más largo de lo que habían planeado, mucho más lleno de amor de lo que habrían podido describir con palabras.

Alex despertó del letargo que le había provocado la imagen de Sam en aquella cama. Si algo le había gustado de él desde el primer día en que lo había conocido, era aquel porte fuerte, aquel cuerpo esculpido a cincel que, de alguna manera, encajaba a la perfección con su personalidad firme. Y desde que había entrado en la habitación no fue capaz de apartar la mirada de aquel cuerpo maltrecho en el que nada parecía estar en el lugar que le correspondía. Pero reaccionó. Se

acercó a Sam por el otro lado de la cama y lo besó. Lo besó con los labios, la lengua y el corazón. En aquel momento ninguno de los tres se dieron cuenta, pero fue la primera vez que Sam y Alex se besaban entre ellos fuera de un contexto sexual.

Así se quedaron los tres durante un rato, nadie sabría decir si cortísimo o eterno. Ellos, y el silencio que los acompañaba como una pesada losa. Emma tomó asiento. Alex también. Sam ni siquiera hizo amago de incorporarse; su cuerpo no estaba por la labor. Lo único que era capaz de ver desde su posición, tumbado en la cama, era su brazo derecho escayolado y una vía que le salía del izquierdo.

—Estoy jodido, ¿no? —se atrevió a preguntar al fin. Ya no estaba afónico, pero aquella voz seguía sin parecer la suya.

Solo Emma se atrevió a responder, sin voz, con un asentimiento que le llenó los ojos de lágrimas.

—He perdido las piernas, ¿verdad? —preguntó de nuevo. Sam había estado muy pocos instantes consciente entre el accidente y la llegada de Alex y Emma, pero ese había sido su mayor temor. Y se había intentado autoconvencer de ello, con la esperanza de que alguien acabara diciéndole que no, que por supuesto que no había perdido las piernas, que podía levantarse, irse a casa y tener algo más de prudencia la siguiente vez que cogiera la moto.

—Has perdido... —Sam cerró los ojos— una. La izquierda.

Fue entonces el turno de Sam para asentir. Para hacer aquel gesto por fuera mientras por dentro intentaba empezar a asimilar algo que ya nunca tendría solución. No era una lesión que podría curarse con mucho esfuerzo, dolor y suerte. No existía un tratamiento milagroso que hiciera crecer una pierna amputada. Y aunque la siguiente vez que habló intentó hacerlo con serenidad, no lo consiguió del todo. No habría podido engañar a las dos personas que mejor lo conocían en el mundo.

—¿Por encima o por debajo de la rodilla?

A Emma se le escapó una sonrisa triste al comprender el sentido de aquella pregunta. La familia paterna de Sam tenía una larga tradición militar en Inglaterra y dos de sus tíos habían combatido en Irak. Por eso Sam conocía la diferencia entre una amputación por encima o por debajo de la rodilla. Las posibilidades de recuperar una vida normal eran mucho mayores si se conservaba la articulación propia.

—Por encima. Un poco... —A Emma se le quebró la voz—. Un poco por debajo de la cadera.

—¿Queda...? —Sam dirigió la mirada a Alex, que permanecía en un silencio tan sepulcral que asustaba—. ¿Queda espacio para que puedan ponerme una prótesis?

—¡Sí! —Alex intentaba que la desolación no se le notara en la voz, pero su fingida tranquilidad no engañaba a nadie—. Aún te queda mucha recuperación por delante, tendrás que trabajar duro y... sufrir..., pero podrás volver a caminar.

Sam respondió con una mueca que pretendió ser una sonrisa, pero se perdió por el camino. Alex y Emma le preguntaron si recordaba algo del accidente, porque no querían seguir hablando de las terribles lesiones que sufría, pero tampoco tenía sentido comentar los resultados de la última jornada de béisbol o el variable tiempo de aquel día en San Francisco.

—No iba rápido. Estaba ya de vuelta a casa, joder. Solo recuerdo ir por una carretera de las afueras y pensar que el coche que se aproximaba por la derecha parecía ir demasiado rápido como para parar en el siguiente *stop*. Doy por hecho que no lo hizo y... por eso estoy aquí.

Siguieron hablando un buen rato. Sam no quiso saber nada de sus lesiones. Detuvo a Emma en cuanto ella le comentó que había perdido mucha sangre de la arteria femoral tras la amputación, que se había producido de forma traumática contra un guardarraíl de la carretera, pero la rápida

llegada de la ambulancia había conseguido salvarle la vida. A partir de ahí... no quiso escuchar más.

Intercambiaban la información de la que disponían —Alex y Emma, a través de los médicos; Sam, por lo poco que recordaba—, pero en realidad hablaban como desde fuera de sus cuerpos, como si estuvieran contando algo que le hubiera pasado a otra persona. Todos temían el derrumbe, el momento en que Sam fuera consciente de cuánto había cambiado su vida en un solo segundo, y no pudiera soportar el dolor. No solo el físico, que también debía de ser intenso, a pesar de los medicamentos; también el emocional. *Sobre todo* el emocional.

Sam dormitó a ratos aquella mañana en que los responsables del equipo médico hicieron la vista gorda con el abuso que estaban haciendo Alex y Emma del horario de visitas. El médico pasó a visitarlo, pero él no le hizo ninguna pregunta. Aún no había sido capaz de ordenar todas las incertidumbres que le bullían en la cabeza para ser capaz de formular cuestiones con sentido. Necesitaría estar solo para hacerlo, pero, al mismo tiempo, le daba terror el momento de que ellos se marcharan. Alex y Emma eran en aquella coyuntura su salvavidas.

Sus peores momentos llegaron cuando tuvo que comer, que dejar que lo asearan, la incomodidad de hacer sus necesidades tumbado y frente a un auxiliar de enfermería. Sabía que, durante el resto de su vida, sería una persona con discapacidad funcional, pero esperaba trabajar duro para volver a caminar y a llevar una vida lo más normal posible. Pero aún quedaba mucho tiempo para eso. De momento, tenía un brazo completamente inmovilizado, una pierna colgada de un contrapeso y la otra... ni siquiera existía. Así que no podía hacer nada, excepto compadecerse, sin ayuda de otros. Algo demasiado difícil de digerir para un hombre que no había dependido de nadie, en ningún sentido, desde que tenía diecisiete años.

Las enfermeras les dieron a Alex y Emma el último aviso de que tenían que marcharse poco después de las cuatro de la tarde. Ellos asintieron, pero arañaron al reloj unos cuantos minutos para no dejar aún solo a Sam. Cuando la partida ya fue inevitable, se despidieron prometiendo regresar a primera hora de la mañana del día siguiente.

—¡Alex! —Sam lo llamó cuando él ya se marchaba.

—¿Qué?

—¿Podrías conseguirme un par de almohadas, por favor? Seguro que las enfermeras...

—Vuelvo en un segundo. —Alex esbozó una sonrisa amarga. Sin saber por qué, habría imaginado que Sam le pediría cualquier cuestión práctica a Emma, que era la persona más eficiente del mundo, así que se alegró de sentirse útil. Todos tendrían que arrimar el hombro en los siguientes meses hasta un punto difícil de imaginar.

Alex regresó solo unos segundos después, con Emma a su retaguardia. Traía dos almohadas de distintos grosores y se acercó a Sam haciéndole un gesto para que eligiera. Sam le dirigió una mirada que Alex sintió que lo traspasaba. De la pura desolación. Del dolor. Incluso de la vergüenza.

—No es... No la quiero para...

—¿Qué ocurre, cielo? —Alex tomó las dos almohadas en una mano y usó la otra para acariciarle la mejilla.

—¿Podrías...? —Sam cerró los ojos con fuerza—. Nada, da igual... Se lo pediré a una enfermera.

—No me jodas, Sam. Déjame hacer algo por ti. ¿Qué quieres?

—¿Puedes poner la almohada bajo la sábana? Donde... Donde debería estar...

Sam hizo un gesto con la barbilla hacia delante y Alex entendió a qué se refería. Quería que pusiera la almohada en el lugar donde debería estar su pierna. Donde había estado hasta pocas

horas antes. Solo entonces alcanzó el mando de la cama y se atrevió a incorporarse un poco. Emma miraba al suelo porque no quería que Sam la viera llorar.

—Ya sé que es engañarme a mí mismo —susurró Sam, casi más para él que para que lo oyeran ellos—, pero no estoy preparado aún para verme tal como soy ahora. Como seré... para siempre.

Alex y Emma asintieron, se acercaron a él para darle un beso y se marcharon. Una nueva vida empezaba. Era el fin de una era, sí, de la más bonita que cualquiera de los tres pudiera llegar a imaginar jamás. Y era el principio de otra. Solo les quedaba rezar para que fuera menos terrible de lo que se intuía.

13

Más real

Alex y Emma regresaron al hospital a primera hora de la mañana. Apenas habían hablado en el tiempo que pasaron en el apartamento, a pesar de que les costó horas conciliar el sueño. Tampoco cenaron, y habían perdido ya la cuenta del tiempo que llevaban sin ingerir alimento. Pero es que el silencio fue la única respuesta que se sintieron capaces de dar a lo que le había ocurrido a Sam. Era tan desolador que no había mucho que decir...

El siguiente día fue incluso peor que el anterior. Porque todo era más real. El *shock* inicial iba pasando y lo único que dejaba detrás de él era incertidumbre, miedo, dolor y pena. Pérdida, si hubiera que resumirlo en una palabra. Cuando Alex y Emma entraron en la habitación, Sam estaba tumbado, en la misma postura en que había pasado casi todo el día anterior —tampoco es que sus lesiones le permitieran demasiada movilidad— y con la almohada puesta en el lugar que hasta un par de días antes había ocupado su pierna. No se atrevieron a preguntar si había pedido a alguna enfermera que se la volviera a colocar en su lugar o si no lo habían movido en todas esas horas.

Apenas los saludó con un movimiento de la barbilla. Ni siquiera los miró a los ojos. La vista de Sam estaba perdida en algún punto de la pared que había frente a su cama: en el televisor apagado, en la pintura descolorida, tal vez en un póster informativo sobre las medidas de higiene necesarias en la clínica... En cualquier lugar menos en Emma y Alex. En cualquier lugar menos en la realidad.

Ni Alex ni Emma se atrevieron a preguntarle cómo se encontraba, porque parecía una cuestión fuera de lugar. Era obvio que mal. Muy mal. Y ojalá fuera solo físicamente. En eso... estaba tan medicado que imaginaban que no sentía demasiado dolor. Otra cosa era el que lo estaba carcomiendo por dentro.

—¿Quieres que te levante un poco la cama, Sam? —Emma era incapaz de quedarse callada durante todo el día. Se sentía inútil y habría dado cualquier cosa por ser capaz de aliviar a Sam de alguna manera, aunque solo fuera intentando que se pusiera más cómodo.

—¡No!

La reacción de Sam fue tan vehemente que hizo que incluso Alex, que llevaba toda la hora que había transcurrido desde su llegada con la mirada perdida a través de la ventana, reaccionara con un respingo.

—¿Qué pasa? —Emma se agachó junto a la cama de Sam y pudo al fin hacer contacto visual con él. Y lo que vio la destrozó más, si es que eso era posible. Porque de los ojos de Sam no dejaban de caer lágrimas, y así debía de ser desde hacía horas, desde mucho antes de que ellos llegaran, porque del blanco de sus ojos no quedaba nada; era todo rojo.

—No quiero... no estoy preparado para verme aún. Ni siquiera con la almohada ahí puesta.

—Sam... —La voz de Emma fue un lamento, pero enseguida se dio cuenta de que eso no era lo que él necesitaba, y prefirió darle su apoyo con palabras—. Cuando sientas que lo estás, nosotros no nos separaremos de tu lado. Lo pasaremos los tres juntos.

Sam no respondió. Y tampoco dio la sensación de sentirse agradecido por aquellas palabras. Más bien parecía que todo le diera igual, aunque la realidad fuera exactamente la contraria. Pero todo en sus gestos transmitía indolencia y nadie podía culparlo por ello.

—Es la pierna izquierda —dijo, después de varios minutos de un silencio tan espeso que casi se podía tocar con las manos.

—Sí... —respondió Alex, que se había dado cuenta de que no podía dejar a Emma con toda la responsabilidad de llevar la voz cantante en las escasas conversaciones, por mucho que a él lo único que le apeteciera fuera hundirse en el mismo fango en el que se encontraba Sam. Si algo tenían claro los dos, aunque ni siquiera fueran conscientes de ello, era que si había alguna salida a aquella desolación solo Emma podría encontrarla.

—El tatuaje... He... He perdido el tatuaje.

Y con esas palabras, a las que ninguno de los dos supo qué responder, Sam se derrumbó del todo. Empezó a llorar con movimientos tan convulsos que incluso llegaron a temer por su brazo escayolado. Porque sí, con aquel accidente, además de tantas otras pérdidas, también se había ido el tatuaje de aquel triángulo que tanto representaba. Alex y Emma no pudieron hacer más que sentarse cada uno a un flanco de la cama de Sam y transmitirle su apoyo con caricias, presencia y cercanía.

Porque todos sabían que Sam no lloraba por el tatuaje, sino por todo lo que representaba. Por el fin de aquella época. Lloraba en una sinécdoque del dolor que hablaba de la parte por el todo. Lloraba por el tatuaje porque era demasiado inmenso llorar por la pierna perdida.

Las convulsiones entre sollozos de Sam fueron remitiendo. Solo el tiempo transcurrido y la presencia de una enfermera para tomarle las constantes y hacerle algunas curas pudieron acabar con aquel acceso de llanto. Les pidió perdón en un susurro, aunque no quisieron ni siquiera escucharlo, porque incluso una demostración de emociones tan triste como aquella era mejor que la indolencia absoluta y fingida.

—Contadme un poco... —Sam suspiró. Los miró a la cara y esbozó una sonrisa tan breve que ellos intentaron memorizarla, porque presentían que no la verían muy a menudo. Pero fue tan efímera que no les dio tiempo—. Habladme del resto de mis lesiones. No he querido ni escuchar al médico cuando lo ha intentado. Pero... —Sam movió la cabeza a un lado y a otro, como echándose un vistazo a sí mismo, o al menos a la parte de su cuerpo que quedaba al alcance de su mirada—. Tengo bastante claro que estoy muy jodido, independientemente de lo de la pierna.

—No, Sam, no es así para nada. —Emma empezó a hablar y Alex la miró con una sonrisa triste dibujada en sus labios. Sabía lo que iba a hacer: intentar suavizar tanto las consecuencias del accidente que se parecería más a una mentira que a la verdad—. El brazo está roto, supongo que de eso ya te habrás dado cuenta, pero no tardarás en recuperarlo. Solo debes tener paciencia.

—¿Y la otra pierna?

—Bueno... esa está bien. Bastante bien. —Acabó la frase con un carraspeo, porque ni ella misma acababa de creerse que sus palabras resultaran verosímiles—. Lo mismo... Tendrás que armarte de paciencia y hacer mucha rehabilitación, pero...

—Emma, para —la advirtió Alex. Sam lo miró y estuvo a punto de no reconocerlo, por el gesto tan serio que lucía su cara.

—¿Qué pasa? —preguntó con un arqueado de cejas—. ¿Me lo está endulzando o qué?

En ese momento pasó el médico a hacer su ronda diaria. Y fue providencial, porque Alex se sentía incapaz de verbalizar lo mal que estaba todo en la salud de Sam, Emma estaba dispuesta a seguir mintiendo y el propio paciente había decidido al fin afrontar la realidad y no estaba dispuesto a dejar pasar esa oportunidad.

—¿Cómo se encuentra, Sam? —preguntó el doctor, ajeno, al menos en apariencia, al tornado emocional que estaba arrasando aquella habitación.

—Pues... justamente eso es lo que quiero saber. Yo... —Sam suspiró—. Siento mucho si mis reacciones de los últimos días no fueron demasiado... agradables. Pero creo que ahora sí estoy preparado para escuchar a qué voy a tener que enfrentarme.

Todos sabían, incluido el propio Sam, que no estaba preparado para eso, pero tampoco tenía sentido seguir cubriendo con un velo tupido la realidad.

—Está bien. —El doctor tomó asiento en una silla junto a su cama y lo miró a los ojos—. Las lesiones de cintura para arriba curarán. Será pesado tener que llevar el corsé y la escayola, pero las fracturas de las costillas, el brazo y la clavícula soldarán sin necesidad de más cirugías. Paciencia, algo de rehabilitación cuando te retiremos la escayola... y poco más.

—¿Y las piernas? O, mejor dicho..., ¿la pierna que me queda?

—Ahí es donde está la situación verdaderamente preocupante, Sam. —El médico soltó la planilla que llevaba en las manos y le habló sin perderse en términos médicos; lo hizo como le habían enseñado muchos años de práctica: como a un ser querido que se encontrara en la misma situación. Con delicadeza pero con franqueza—. Tienes rotos el fémur y la cadera, pero esas operaciones son sencillas. Te hemos insertado un clavo intramedular en el fémur y algunas placas en la cadera y eso no creo que te dé más problemas después de que estén curados que algunos dolores muy llevaderos cuando haya demasiada humedad.

—¿Pero...? —A Sam no se le escapaba que la peor información estaba por llegar y no soportaba la espera.

—Pero de rodilla para abajo las cosas están muy mal. La tibia, el peroné, el tobillo y el pie están... No es un término médico demasiado preciso, pero la palabra más apropiada sería... destrozados. Te hemos operado, te hemos puesto clavos, placas, tornillos y unas sujeciones externas para intentar que los huesos vayan soldando lo mejor posible. Pero es difícil. Tendrás que pasar muchas más veces por quirófano...

—¿Muchas? —interrumpió Emma, asustada.

—Muchas —confirmó el doctor—. Es imposible precisar cuántas, pero... no serán tres ni cuatro. Habrá que ir corrigiendo lesiones a medida que vayan surgiendo, según vaya curando la pierna. Y con el paso de los meses, irán apareciendo nuevos inconvenientes que tendrán que solucionarse en quirófano también.

—¿De cuántos meses estamos hablando? —preguntó Sam, que se hundía un poco más con cada nueva información, pero había llegado ya al punto de querer todo el derrumbe de una sola vez.

—Sam, me temo... —El doctor miró a Emma y a Alex, sus caras de miedo y esperanza combinados; luego de nuevo a Sam, con un terror impreso en los ojos que difícilmente olvidaría, a pesar de llevar muchos años de carrera dando malas noticias—. Me temo que no debemos pensar en meses. Más bien... en años.

—¡¡Años?! —A Sam se le escapó un grito.

—Es imposible calcular el tiempo de recuperación de la pierna derecha, Sam, pero... incluso aunque no surgiera ningún problema durante la recuperación, cosa que es prácticamente imposible, no estaría recuperada en menos de un año. Esa sería la previsión más optimista y... posiblemente, algo ilusa.

—¿Hablamos de una recuperación completa? Si hago todo lo que me digan que tengo que hacer, me machaco en rehabilitación e incluso si tengo algo de suerte... —Alex y Emma miraron a Sam y, a continuación, se miraron el uno al otro. Les costó reconocer aquella voz en Sam, tan fría, tan impersonal. Fue como si él mismo hubiera tirado una capa de hielo sobre todo lo que le estaba pasando.

—No. —Y si el hielo lo había llevado Sam a la conversación, la respuesta tajante del doctor fue como si una nueva glaciación hubiera llegado a San Francisco en ese momento—. Siento ser tan crudo, pero debes eliminar de tu cabeza el concepto de recuperación completa. Tienes que empezar a pensar en que la recuperación sea la mejor que permitan las circunstancias. Y pensar

que esa... no es una pierna *normal*.

—¿En qué sentido?

—Es la única pierna que vas a tener —dijo el médico, apenas en un susurro.

—Vaya. Muchas gracias por recordármelo, doctor. —El sarcasmo llegó, para unirse a la frialdad, y Alex y Emma no dejaban de preguntarse hasta dónde podía llegar el dolor, porque llevaba horas subiendo sin parar y parecía no tener límite.

—Lo siento, pero es que es así. Tu pierna derecha tendrá que sostener todo tu peso el resto de tu vida. En la izquierda tendrás una prótesis, sí, cuando tu cuerpo esté preparado para que podamos adaptártela, pero todos los movimientos, la fuerza y... todo... eso dependerá de lo recuperada que esté la pierna derecha.

—Vamos... que hay un montón de posibilidades de que me pase el resto de mi vida en una silla de ruedas, ¿no?

Por si la frase de Sam no hubiera sido lo suficientemente lapidaria, la acompañó de una carcajada amarga. El doctor se despidió recordándole que lo único importante en aquel momento era que tuviera paciencia. Y que pensara en el día a día. En avanzar un mínimo cada jornada, con la esperanza de que, sumándolas todas a final de año, diera como resultado una vida mejor de la que estaba imaginando ahora.

Pero de poco sirvió. En cuanto el doctor abandonó la habitación, Sam usó su brazo bueno para echarse la sábana sobre la cabeza y así, en aquella postura aislada del mundo, pasó el resto del día. De nada sirvió que Alex intentara hablarle, que Emma tratara de animarlo. Se rindieron pronto porque sabían que las consecuencias de su accidente eran algo que él tendría que rumiar a solas. Cuando la enfermera apareció por tercera vez para recordarles que el horario de visitas había terminado, Alex y Emma se marcharon a su apartamento con la horrible sensación de que el Sam que algún día conocieron ya ni siquiera existía. Que había muerto en una carretera. Y que nadie sabía a qué nuevo Sam tendrían que enfrentarse, pero... las perspectivas eran poco halagüeñas.

14

Hospital

Las semanas fueron pasando. Cuando Alex y Emma se quisieron dar cuenta, la nueva rutina, tan diferente a la anterior que dolía, se había instalado en sus vidas. A los pocos días del accidente, los médicos decidieron que Sam ya no necesitaba cuidados intensivos y lo pasaron a planta. Allí, contaba con una habitación más amplia y de uso individual, además de que podía recibir todas las visitas que quisiera sin límite de horarios, pero eso no sirvió para animarlo. Nada servía, en realidad. De hecho, una de sus primeras decisiones fue prohibir las visitas, a excepción —y ellos daban gracias a Dios por ello— de las de Alex y Emma. Nunca permitió que sus compañeros del estudio de tatuajes, ni tampoco los amigos que tenía en diferentes grupos, vieran su nueva situación. Emma trataba de mantenerlos informados a través del teléfono, pero pronto las llamadas se fueron espaciando porque... tampoco se podía culpar a la gente de mantenerse al margen de algo de lo que manifiestamente se les apartaba.

Alex tomó las riendas de la parte profesional. Cuando el *shock* inicial fue remitiendo — aunque sabían que nunca lo haría del todo—, Emma y él se sentaron un día a repartirse las tareas meramente prácticas. Y a Alex le tocó, porque él insistió en hacerse cargo, gestionar que el estudio de Sam, que tantísimo esfuerzo le había costado levantar, no se fuera a la mierda al mismo tiempo que lo hacía su dueño. Habló con los empleados, nombró encargado al más veterano, les dio su teléfono para que le reportaran las cuentas y cualquier posible inconveniente que pudiera surgir, y comprobó, aliviado, al cabo de algunas semanas, que el estudio seguía funcionando. Con menos citas de las habituales, porque mucha gente se acercaba allí atraída exclusivamente por la fama de Sam en el sector, pero suficientes como para compensar los gastos, pagar el alquiler y los salarios de los empleados, y que aquello que había sido un sueño no se evaporara.

Las lesiones más leves de Sam se habían ido curando también. A las seis semanas del accidente le retiraron los vendajes del torso y comprobaron que las fracturas de las costillas no le causarían ningún problema en el futuro. Un problema menor, pero... también un problema menor. Con el brazo fue un poco más complicado. La clavícula había soldado bien, pero el cúbito y el radio estaban aún algo débiles y debió hacer bastante rehabilitación para recuperar la movilidad al cien por cien. A pesar de que Emma y Alex habían tenido pánico a que, debido a su indolencia, no quisiera comprometerse en los ejercicios que le ordenaban los fisioterapeutas, comprobaron aliviados que se equivocaban. Gracias a su buena forma física de toda la vida y lo acostumbrado que estaba a dejarse la piel haciendo deporte, Sam tardó muy poco en volver a mover el brazo como si nada hubiera ocurrido.

Pero la indolencia seguía ahí. Alex y Emma se habían acostumbrado ya a que el silencio fuera la única compañía en las muchas horas que pasaban junto a su cama de hospital. Al principio, hacían turnos, para poder seguir teniendo al menos unas horas cada uno libres fuera del ambiente asfixiante del hospital. Pero era tan angustiioso pasar ocho horas cada día con la única compañía de un Sam que ni hablaba, ni sonreía, ni siquiera parecía él... que acabaron decidiendo ir al hospital juntos cada día. Al menos, así se hacían compañía el uno al otro. Ambos trabajaban desde allí, excepto los escasos días en que tenían alguna reunión en la ciudad, y casi podría dar la sensación de que su apartamento se había trasladado a la habitación de aquel hospital. Salvo por el hecho de que Sam... ni siquiera parecía estar presente.

Una de las cosas que más indignaban a Emma del nuevo carácter cerrado de Sam era que

parecía incapaz de alegrarse de sus avances. Y habían sido muchos. Ya podía erguirse en la cama por sí mismo, comer sin que nadie lo ayudara, llevar a cabo la mayor parte de sus tareas de aseo y moverse lo suficiente como para que no hubiera peligro de trombos por la inmovilización. Alex le decía que tenía que ser paciente, comprender que Sam estaba atravesando un proceso de duelo complejo, que no era culpable de comportarse así. Y Emma lo comprendía, claro que sí, pero era incapaz de respetar que él no se alegrara, al menos un poco, de no tener que depender de los demás para todo.

Y lo peor de todo ni siquiera era eso. Hacía ya nueve semanas del accidente y Sam se negaba a salir de la cama, por mucho que le insistieran los profesionales —fisioterapeutas, médicos, enfermeras e incluso dos psicólogos del hospital— y las dos personas que más lo querían. Todos le decían que debía ir acostumbrándose a moverse en la silla de ruedas, ahora que su brazo estaba recuperado. Que le vendría bien levantarse de una cama en la que llevaba tanto tiempo y que, incluso, podría salir al jardín interior del hospital, sentir el viento en la cara y tratar de animarse, que el aire libre siempre era un buen aliado para ello.

—No pienso usar esa mierda en mi puta vida. —Esa había sido la respuesta de Sam aquel día. Las iba variando en intensidad y número de palabras malsonantes, pero siempre se trataba de comentarios parecidos—. Saldré de este hospital caminando, como coño sea que se camine con una pata de palo, pero no en una silla de ruedas como un jodido inválido. Y ahora, dejadme solo de una puta vez.

Alex abandonó la habitación como cada día, con la mirada fija en el suelo y una voluntad muy firme de que las lágrimas no salieran de sus ojos, pero Emma... Emma masculló una maldición por lo bajo y dejó solo a Sam después de dar un portazo que hizo retemblar los cimientos del hospital John Muir.

—¿Por qué has hecho eso? —Alex se giró hacia ella, sobresaltado por el ruido, y la encaró—. ¿No te das cuenta de que él es el que peor lo pasa?

—¡Y peor que lo va a pasar! Sobre todo si sigue refiriéndose a sí mismo con comentarios como «jodido inválido». O reacciona o se va a joder la vida... y nos la va a joder a los demás.

—¿Y crees que va a reaccionar por que te bajes a su nivel? ¿A insultar, maldecir y dar golpes? Porque, si os ponéis los dos en ese plan, el que va a acabar enloqueciendo seré yo.

—Pues no lo sé, Alex —Emma se acercó a él y le acarició el brazo con cariño; era su frustración la que hablaba, en absoluto que ella estuviera enfadada con Alex, que en ese momento parecía ser la única persona que le quedaba en el mundo—, pero nada funciona. Ni los psicólogos, ni los vídeos motivadores sobre todo lo que puede hacer una persona amputada, ni nosotros dándole cariño...

A Emma se le rompió la voz; podía estar muy enfadada a ratos, pero, sobre todo, estaba inmensamente triste. Alex no supo qué más añadir y se limitó a abrazarla bien fuerte y animarla a salir a comer a algún restaurante cerca del hospital. Llevaban semanas y semanas alimentándose de forma precaria con la horrible comida de la cafetería y les vendría bien un respiro. Contra todo pronóstico, ella aceptó.

Cuando regresaron al hospital, al menos parecían estar de mejor humor —aunque la pena nunca se iba del todo—, pero el humor les cambió en cuanto vieron al doctor encargado de la recuperación de Sam esperándolos en el pasillo junto a la puerta de su cuarto. Por el gesto que lucía en su cara, se avecinaban malas noticias. Para variar.

—Buenas tardes —saludó Alex—, ¿ocurre algo?

—No... no mucho más de lo habitual. —El doctor resopló en voz alta, frustrado—. De nuevo, se niega a sentarse en la silla de ruedas y no parece entender que, incluso en el mejor de los casos,

que pueda volver a caminar, la silla de ruedas será siempre una ayuda necesaria. Repito, incluso aunque consiga la mejor recuperación posible, algo que ahora mismo no parece siquiera factible, siempre la necesitará para determinados desplazamientos, para estar en casa muchas veces... Es... es frustrante.

—No hace falta que nos lo diga —ironizó Emma. Y a continuación hizo gala de su célebre perspicacia—. Pero hay algo más, ¿verdad?

—Sí... —El doctor les hizo un gesto con la mano señalándoles el pasillo—. ¿Podéis acompañarme al despacho?

A Alex le recorrió el cuerpo un estremecimiento, e imaginó que Emma estaría sintiendo algo similar. Cada vez que los doctores habían querido hablar con ellos en privado, habían recibido malas noticias.

—Las cosas no van bien. —La primera frase del doctor dejó claro que no se habían equivocado en el presentimiento.

—¿Ha habido algún problema en el... muñón? —A Emma todavía le costaba decir aquella palabra. Y eso era algo que tenía que ir cambiando, si pretendía exigirle a Sam normalidad.

—No, no, eso está evolucionando bien. Mucho mejor de lo previsto, de hecho. Si la otra pierna estuviera bien, a estas alturas estaríamos ya tomando las medidas para la prótesis.

—Así que es la otra pierna... —adivinó Alex.

—Efectivamente. Las operaciones han funcionado, pero... solo a medias. Le quedan por delante muchas cirugías todavía, y no tengo del todo claro que vayan a merecer la pena. No es una opinión personal —aclaró cuando Alex y Emma estaban a punto de interrumpirlo—, es algo que hemos estado valorando todo el equipo de traumatólogos del hospital.

—¿Qué quiere decir que pueden no merecer la pena? —preguntó Emma con el ceño fruncido. No entendía de qué manera podía no merecer la pena que Sam se sometiera a todas las operaciones necesarias para volver a caminar.

—Si seguimos el plan de cirugías que ideamos en el primer momento tras el accidente, cuando valoramos el global de las lesiones, estaríamos hablando de unos cuantos meses más de operaciones. Unos cuantos meses más ingresado y, teniendo en cuenta que se niega a levantarse de la cama, mucha más pérdida de masa muscular. Casi podríamos afirmar que, aunque todas las operaciones salieran bien, cuando quisiera levantarse de la cama ni siquiera podría.

—¿Eso significa que, si conseguimos que espabile —Emma no tenía ni idea de cómo iba a conseguirlo, pero no pensaba permitir que Sam pasara el resto de su vida en una silla de ruedas si dependía de él evitarlo—, que se levante y se empiece a mover, dentro de sus posibilidades, algún día saldrá de aquí caminando?

—Por desgracia... no. Su actitud es solo uno de los inconvenientes para que eso suceda. Pero no nos engañemos, por mucha buena actitud que tenga, esa pierna no la va a recuperar fácilmente.

—Ni difícilmente, ¿no? —se aventuró Alex—. Simplemente... no se va a recuperar. ¿Me equivoco?

—Al cien por cien, no, desde luego —confirmó el médico—. Eso ya lo sabíamos desde el primer día. El problema es que ahora mismo estamos aspirando a que la recupere al cuarenta o cuarenta y cinco por ciento... y ni siquiera eso lo tenemos nada claro.

—Dios mío... —A Emma se le llenaron los ojos de lágrimas, pero enseguida se repuso, porque quería tener toda la información de forma objetiva y no podía permitirse que las emociones se interpusieran. Ya habría tiempo para ello.

—Como le dije a él en su día, esa pierna tendrá que sostener todo su peso el resto de su vida. Si Sam aún tuviera su pierna izquierda, si la tuviera sana, le daríamos el alta en un par de

semanas. Sí, cojearía el resto de su vida y sufriría dolores, pero podría hacer una vida más o menos normal. Pero no es su caso. Y esa pierna jamás podrá ser la pierna *buena* que necesita para contrarrestar la otra.

—¿Eso significa que se pasará el resto de su vida en una silla de ruedas? —se atrevió a preguntar Emma.

—Bueno... existen diferentes opciones. Os lo voy a explicar en términos médicos, aunque espero hacerme entender. Si os surge alguna duda, por favor, preguntad libremente.

—De acuerdo.

—En la última cirugía, tuvimos que hacerle una fusión de tobillo. Había tantos huesos sueltos alrededor del astrágalo que era imposible otra opción. En esa operación tuvimos que unir varios de esos huesos con placas y tornillos, lo cual significa que la movilidad de la articulación ha quedado muy comprometida. Hemos tardado unas semanas en someterlo a esa cirugía porque solo queríamos utilizarla como última opción, pero... no ha quedado más remedio.

—¿Qué significa que la articulación ha quedado muy comprometida? —preguntó Alex.

—Que apenas tendrá movilidad. Un poco de movimiento arriba y abajo, pero nada de rotación. —El doctor los miró a la cara y continuó con su narración—. Vuelvo al tema anterior. Esa sería una situación complicada para una persona con la otra pierna sana, pero es... un imposible para un amputado de la otra pierna. Básicamente, el resumen es que un tobillo con una fusión como la que le hemos hecho a Sam no puede soportar la movilidad cuando en el otro lado hay una prótesis.

—Creo... creo que lo entendemos. —Emma se llevó los dedos al puente de la nariz, porque no era capaz de evitar un dolor de cabeza persistente ante toda aquella nueva información.

—Las personas que no trabajan en servicios médicos o no tienen un caso en la familia no suelen entender cómo funciona la vida diaria de un amputado de extremidades inferiores. La adaptación a las prótesis no es sencilla, pero en eso confiaría en Sam, la verdad. No hay más que ver cómo ha recuperado el brazo. Pero la prótesis no se puede llevar puesta todo el día. Lo habitual es que las personas que sufren este tipo de lesiones usen las prótesis fuera de casa y se la retiren en la intimidad. Es decir, que en casa suelen moverse con muletas. Y eso sería imposible para Sam con la fusión de tobillo, esa pierna no podría soportarlo. Además, en determinados gestos al caminar, la prótesis no consigue un movimiento natural, por muy perfecta que sea, y ahí son la rodilla y el tobillo contrarios los que tienen que responder. Y tampoco sería posible en el caso de Sam.

—Comprendo. —Alex resopló—. Es decir... ¿la silla de ruedas es la única opción?

—No. —El doctor los miró de una forma tan profunda que Alex y Emma se temieron que la peor información estuviera por llegar. Y no imaginaban algo peor que la condena de por vida a una silla de ruedas para alguien que ni siquiera toleraba verla apoyada contra la pared de su habitación—. No es la única opción. Habría una posibilidad de que Sam volviera a caminar, pero...

—La que sea —atajó Emma. La esperanza había vuelto a empezar a crecer dentro de ella. Quizá no debería haber sido tan rápida—. Sam lo único que quiere es volver a caminar. Y lo conozco lo suficiente como para saber que jamás volverá a ser feliz si no puede hacerlo. Así que... le escuchamos.

—Después de muchas valoraciones por parte de todo el equipo médico, incluidos traumatólogos, fisioterapeutas y protésicos, hemos llegado a la conclusión de que solo hay una posibilidad de que Sam vuelva a caminar. Y esa posibilidad es amputando la pierna derecha.

El silencio se adueñó del despacho. Alex cerró los ojos. Emma los abrió de par en par. Las

palabras se les atascaron en la garganta, a pesar de que las preguntas iban surgiendo como hongos dentro de sus cabezas. Así que el doctor trató de responder a las que imaginó que más los preocupaban.

—Hoy en día, las posibilidades de caminar y llevar a cabo una vida normal para una persona con una doble amputación son muy positivas. De hecho, me atrevo a afirmar que, si Sam hubiera sufrido una doble amputación *in situ*, el mismo día del accidente, hoy estaríamos hablando de tomar medidas de los muñones para ir preparando las prótesis. Y en un par de meses estaría poniéndose de pie. Y quién sabe si quizá en cinco o seis meses ya caminando.

—Pero... pero... —A Emma ni siquiera le salían las palabras.

—¿Queréis que os diga la verdad? Ojalá hubiera sido como os digo. Yo, como médico, tengo clarísimo que la mejor decisión que puede tomar Sam es someterse a la amputación de la pierna derecha. Además, una amputación planificada es mucho más fácil de recuperar que una traumática. Haríamos el corte en el lugar ideal para que los especialistas le adapten la prótesis de la mejor forma posible y no habría lesiones adyacentes que complicaran las cosas. —El doctor se tomó unos segundos para hacer una pausa—. Pero yo soy el médico, no el paciente. Si fuera mi pierna... no tengo tan claro que me pareciera una buena idea prescindir de ella. Que la elección dependa de él es, en realidad, el mayor problema.

—Nunca va a aceptar —sentenció Alex, poniendo en palabras el pensamiento de todos ellos.

—No lo sé. Nosotros podemos explicarle todos estos detalles que os he expuesto a vosotros y muchos más. Pero tengo la sensación de que la tarea de convicción dependerá más de vosotros. Y aun así... no tengo claro que tengáis éxito.

—Tiene razón Alex. Sam ya no puede soportar la idea de verse sin una pierna. Han pasado más de dos meses y sigue cerrando los ojos cuando le hacen alguna cura en el muñón porque se niega a verlo. No va a querer ni escuchar.

—Ya, Emma. —Pasaban tanto tiempo en el hospital que todo el personal médico los llamaba ya por sus nombres de pila—. Pero tampoco soporta ver la silla de ruedas. Y esto sí que no es negociable. Sam puede decidir si se somete a la amputación e intenta volver a caminar, que tampoco será fácil. O puede pasarse el resto de su vida en una silla de ruedas. No hay una opción C.

—O sea... que tendrá que elegir entre dos cosas que odia —dedujo Alex.

—Algo así. No... no os envidio la tarea de hablar con él, desde luego —les comentó el doctor—. Como siempre, sabéis que, si lo preferís, seremos nosotros los que hablemos con él.

—No, no... —aclaró Emma—. Nosotros nos encargamos. No tengo ni idea de cómo lo vamos a hacer, pero... me temo que es la única opción.

—Os deseo mucha suerte, chicos.

El doctor se despidió de ellos, pero les permitió quedarse un momento a solas en su despacho. Imaginó que lo necesitaban. Y así era. En cuanto el médico cerró la puerta, ellos cruzaron una mirada y... no necesitaron más. Se echaron a llorar a la vez, con convulsiones hasta violentas, con las lágrimas arrasando con todo. Por las noticias que acababan de recibir, por el miedo a comunicarle a Sam cuáles eran sus dos únicas opciones, pero, sobre todo, porque les dolía el dolor de él. Porque, por mucho que se enfadaran y se frustraran, no querían ni imaginar lo que podía pasársele por la cabeza a alguien en su situación. Pero, por encima de todas las cosas, Alex y Emma se derrumbaron porque ya les tocaba. Porque habían llorado bastante desde el día del accidente, sí, pero nunca a la vez. Cuando uno se rompía, el otro apoyaba, se mantenía fuerte, como un bastión. Y necesitaban ya ese abrazo, ese romper las compuertas del dolor uno en brazos del otro. Para renacer más fuertes. Porque Sam necesitaba que alguien lo fuera. Y amar consiste en

eso.

15

Ser medio hombre

Ni Alex ni Emma tenían la menor idea de cómo había pasado, pero, cuando quisieron darse cuenta, llevaban ya cuatro meses acompañando a Sam en el hospital. Un par de días después de la conversación que habían mantenido con los doctores, intentaron hablar con él, hacerle ver que quizá —el «quizá» sobraba, pero fueron incapaces de eliminar toda esperanza ante sus ojos— el plan de recuperación inicial que habían propuesto los doctores para que algún día volviera a caminar debía sufrir algunas modificaciones que, aunque dolorosas en el momento, podrían suponer muchos beneficios de cara al futuro. Sam ni siquiera quiso escucharlos. Se reafirmó, e insistió para que la enfermera lo dejara apuntado en su planilla, en que quería continuar con el plan de cirugías que habían previsto. Y punto final. Ni una palabra más sobre el asunto. En aquel momento, Emma y Alex comprendieron que el hecho de que Sam viviera en aquella especie de aislamiento emocional autoimpuesto no significaba que hubiera perdido de repente su capacidad deductiva, su inteligencia. Entendieron que él debía de sospechar a lo que se enfrentaba y no quería escucharlo.

Así que los doctores cumplieron con su obligación y respetaron los deseos de su paciente. Lo operaron un par de veces más, o quizá fueron tres, pero a esas alturas Sam llevaba ya más de quince operaciones, y Alex y Emma habían perdido la cuenta después de la décima o la undécima. El tiempo había perdido todo sentido en aquellos cuatro meses. Los días habían dejado de ser conjuntos de veinticuatro horas para convertirse en el tiempo que pasaba entre una operación y otra. Incluso Alex y Emma habían descuidado sus trabajos y sobrevivían gracias a los ahorros familiares, que se habían visto incrementados de forma bestial con el ingreso de la generosísima indemnización que cobró Sam por el accidente. No pasaban tiempo trabajando y tampoco apenas en casa, el justo para dormir, o intentarlo, y eso solo porque Sam se negaba a compartir las noches con nadie. Decía que necesitaba estar solo. Como si no lo estuviera incluso cuando se encontraban a su lado. Su cuerpo estaba maltrecho, de eso no podría tener dudas nadie que lo viese allí, tumbado sobre su cama de hospital, pero no había ni una sola persona en el mundo, ni siquiera quienes mejor lo conocían, que fuera capaz de calibrar la magnitud de lo maltrecha que estaba su alma.

—Tenemos que hablar con él de una puñetera vez, Alex. —A Emma se le escapaba la frustración en forma de palabras—. Hace ya semanas que sabemos cuál es la única opción de que Sam vuelva a caminar. No podemos seguir pasando días y días en el hospital sin que nada avance. ¿Hasta cuándo, joder?

—No lo sé, Em... Yo no me siento capaz...

—Ya. —Emma se pasó la mano por la cara en un gesto de desesperación—. Yo tampoco.

—¿Y si hablamos con los médicos para que se lo expliquen? A ellos no puede echarlos de la habitación. O eso creo. Y se lo explicarán de forma más convincente que nosotros.

Cuando fueron a decirle al doctor que no eran capaces de afrontar aquella conversación con Sam, que lo habían intentado y él no quería escuchar, se sintieron incluso más frustrados de lo habitual. Fracasados. Pero nadie del personal médico se lo reprochó; en muchas ocasiones, en casos tan complicados como el de Sam, era mejor que los profesionales tomaran el mando de las conversaciones difíciles. Les comentaron que ese día la psicóloga de planta ya se había marchado a casa y que preferían que estuviera presente en aquella charla que se avecinaba complicada. Los

emplazaron para la mañana siguiente y Alex y Emma regresaron a la habitación de Sam.

No hablaron, claro. Esa era la tónica de todos los días. Alex se aferró a una novela de ciencia ficción que llevaba semanas leyendo, aunque su capacidad de concentración era tan nula que había tardes completas en las que no conseguía pasar de página. Emma, por su parte, se dedicó a terminar un presupuesto que debería haber enviado dos días antes, pero... ella tampoco estaba en su mejor momento para implicarse en algo que no fuera la tortura mental de intentar bajar al pozo y sacar a Sam de él.

—¿Y mi moto?

Alex y Emma se miraron cuando escucharon la voz de Sam. Por lo extraño que era oírlo hablar, pero también porque, con aquella pregunta, llegaron a creer que había perdido la cordura.

—¿Qué? —Fue Emma la que se atrevió a hablar.

—Que qué ha sido de mi puta moto. No creo que sea una pregunta tan difícil de entender, Emma.

—Quedó siniestro total en el accidente.

Fue Alex el que respondió. Y lo hizo con la verdad cruda que les habían comunicado desde la agencia de seguros y un tono cortante que no pudo evitar porque no soportaba que Sam le contestara mal a Emma. Lo había hecho varias veces, también con él, pero a Alex siempre le dolía más cuando ella era la destinataria de aquellas frases llenas de sarcasmo e insolencia. No podía soportar el sufrimiento que anegaba los ojos de ella ante la aterradora realidad de que había perdido a Sam porque él se había perdido a sí mismo.

Pero el rencor hacia Sam se le cortó de golpe cuando vio que los hombros se le convulsionaban en unos movimientos que solo podían significar que estaba llorando, a pesar de que se tapó con la sábana para evitar que lo vieran. Emma, por el contrario, una vez repuesta de la sorpresa inicial —hacía semanas que no veían llorar a Sam, justo desde que había empezado aquella indolencia insoportable—, casi hasta se alegró de ver algún tipo de reacción. Ella sabía que Sam era incapaz de desahogar el dolor de su accidente, de las consecuencias que había tenido sobre su cuerpo, de forma directa. Por eso parecía indolente todo el tiempo, pero se derrumbaba con lo que, para quien no lo conociera, podrían parecer simples *detalles*. El tatuaje perdido. La moto siniestro total. Esas eran las metáforas de la vida que Sam sentía que ya nunca recuperaría.

—Siniestro total. —Sam soltó una carcajada sarcástica que heló la sangre de Emma y Alex—. Mira. Como yo.

Y esas fueron sus últimas palabras del día. Alex y Emma ni siquiera intentaron que fuera de otra manera. Ya bastante complicado sería el día siguiente. Y ya bastante habían intentado. A Emma no se le iba de la cabeza la mañana en que había intentado hacerle ver que la gran noticia, la enorme y maravillosa noticia, era que siguiera vivo, a pesar de haber sufrido un accidente terrible. Por la mirada que le echó después de hacerla callar a gritos, Alex y Emma tuvieron claro que a él no le parecía nada positivo estar vivo. Y aquello los aterró.

Alex también estaba muy cerca de la rendición definitiva. Había intentado ofrecerle un par de veces soluciones a Sam, si no para curarse, porque eso no estaba en su mano, al menos sí para lo poco que podía aportar: hacer que las horas en el hospital pasaran de forma un poco más entretenida. Los dos conocían a Emma, sabían que ella era pura energía, que podía llegar a aturullar en su intención de ayudar. Alex era pausado, un mar en calma, y pensó que él podría conseguir arrancarle algo más de las dos o tres palabras habituales. Pero no tuvo suerte tampoco. Nadie podía tenerla. Toda la vida de Sam consistía en dejar la mirada perdida en la horrible programación gratuita de la televisión del hospital. Silencios. Miradas borrosas. Y gestos de dolor que trataba de disimular, muchas veces sin éxito, cuando le hacían curas en la pierna

derecha o en el muñón de la izquierda, que seguía negándose a mirar si no era absolutamente imprescindible.

Y la mañana siguiente llegó, después de una nueva noche en vela y otra sesión de nervios difíciles de soportar para Alex y Emma. Él incluso acabó vomitando el desayuno, porque su estómago se había acostumbrado a tolerar poco más que el horrible café de máquina del hospital.

En cuanto Sam observó las caras de ambos al entrar en su habitación, seguidos por el equipo médico de traumatólogos y por la psicóloga de planta —con la que siempre se había negado a hablar, alegando un simple «estoy bien y no necesito su ayuda»—... supo que algo ocurría. Algo más de lo habitual. Algo que convertiría aquella mañana en una diferente a las que conformaban la larga lista de mañanas que llevaba en el hospital. No. «Diferente» no era la palabra. Sería una mañana peor.

Alex y Emma habrían pagado un buen dinero por olvidar las dos horas siguientes. Los doctores expusieron los mismos hechos objetivos que les habían explicado a ellos en privado: que su pierna derecha nunca tendría la fuerza ni la movilidad suficientes como para soportar todo el peso de su cuerpo y que eso haría imposible que volviera a caminar a pesar de lo buena que fuera la prótesis que pudieran acoplarle. Sam escuchó en silencio, sin perturbar en absoluto su gesto. Cualquiera que viera la escena sin sonido, podría pensar que le estaban explicando algo que no tenía nada que ver con él.

—Las posibilidades de caminar son amplias en caso de que optes por la amputación voluntaria —explicó uno de los traumatólogos protésicos—. El porcentaje de éxito en casos de amputación bilateral asimétrica, es decir, de la amputación de ambas piernas a diferentes alturas, es grande, especialmente cuando se trata de pacientes jóvenes, acostumbrados a hacer deporte, no fumadores y con un peso adecuado. Implicaría mucha rehabilitación, por supuesto, para aprender la técnica necesaria... Bueno, para aprender a caminar de cero, vaya. Pero te aseguro que he visto a gente mayor que tú, con lesiones más complicadas y peor forma física, conseguirlo en menos de un año.

—Lo más importante, en mi opinión, Sam, es que se acabaría el sufrimiento físico. —La psicóloga ya no sabía por dónde atacar. Se había aprendido de memoria los datos que le había dado uno de los traumatólogos y creía que aquel era el único flanco por el que sería posible penetrar en la inexpugnable psique de Sam—. El tobillo derecho te dará problemas de por vida, incluso aunque no camines con él. El dolor crónico es una de las principales causas de depresión y la solución con analgésicos, en forma de tratamiento de por vida, tampoco es demasiado positiva, ya que... o resultan insuficientes o se toman en tal proporción que acaban por provocar adicción. Por mucho que los doctores te estén medicando en vena y que tú disimules, sabemos que los dolores en la pierna derecha deben de rozar lo insoportable. —Alex y Emma lo miraron y no se podían creer que su gesto continuara imperturbable; ellos estaban conmocionados porque apenas un par de veces lo habían visto esbozar gestos de dolor. Pero nada, él seguía sin reaccionar—. Las cosas no van a mejorar, sentimos mucho decírtelo así. Pero según vayan pasando los años, los dolores irán a peor, la movilidad general también y surgirán lesiones asociadas al uso continuado de la silla de ruedas. Entenderíamos que no quisieras someterte a la cirugía, de verdad que lo entenderíamos todos, si eso te diera una opción a caminar. Pero es justo al contrario.

—Esa pierna es un lastre, Sam. —El doctor que más habitualmente trataba con Sam decidió cortar la palabrería de la psicóloga. Él prefería ser más directo... y que aquel tema acabara ya. La situación de Sam le provocaba una gran compasión, pero cosas peores había visto en su carrera y se negaba a seguir insistiendo con alguien que no mostraba ningún interés en curarse—. Puedes

deshacerte de ella, por muy jodido que suene, e intentar volver a caminar y retomar tu vida. O puedes aferrarte a algo que ya ni siquiera funciona y que condicionará los años que te queden por vivir, que por suerte son muchos.

Los doctores ya no tenían nada más que decir. La suerte estaba echada. Y se traducían dentro de aquella habitación en un silencio tan denso que casi podía tocarse con las yemas de los dedos. Alex hasta tenía taquicardias. No se atrevía ni a levantar la mirada. Emma, por su parte, miraba fijamente a Sam, porque necesitaba ver en él al hombre al que había conocido durante años. El que había luchado contra las mil circunstancias adversas que la vida le había puesto en el camino, el que había hecho del amor y los sueños la gasolina que alimentaba sus ganas de seguir adelante. Odiaba que los últimos cuatro meses hubieran transformado en miedo aquella admiración que siempre había sentido hacia él. Odiaba no reconocer ya al hombre de su vida.

—¿Han terminado ya? —preguntó Sam, con un tono de voz tan teñido de odio, a los doctores, al mundo o quién sabe si a sí mismo, que todos tuvieron claro que no iban a escuchar buenas noticias—. Porque por un momento he dudado si no me habría matriculado en una asignatura de Medicina sin enterarme.

—Sí, hemos terminado —respondió el médico, un poco desafiante él también.

—Pues ya pueden olvidarlo, ¿de acuerdo? Quiero seguir con el plan de operaciones y trabajar duro para que mi pierna vuelva a funcionar y pueda salir de aquí de pie.

—Me temo que no lo has entendido bien, Samuel. —El uso de su nombre completo hizo que Emma y Alex dieran un respingo; solo lo habían escuchado asociado a trámites meramente administrativos—. No habrá más operaciones. No hay nada que hacer en esa pierna, ninguna posibilidad de mejora. No tiene sentido seguir sometiendo a preoperatorios, anestésicos, reanimaciones... con todos los riesgos que ello implica, si no existe posibilidad de mejoría.

—¿Es una cuestión económica? —Sam los miró a la cara. Alex y Emma prefirieron bajar la vista porque empezaban a avergonzarse del espectáculo que estaban presenciando—. Porque puedo pagar mi estancia aquí y también las operaciones que sean necesarias.

—Por supuesto que no es una cuestión económica. —El tono de voz del doctor siguió subiendo, y todos los allí presentes tuvieron la sensación de que estaba haciendo un verdadero esfuerzo para contenerse—. Es una cuestión relacionada con el juramento hipocrático, ¿sabes? Ningún médico va a someter a un paciente a tratamientos dolorosos, con cierto riesgo, cirugías y demás si el paciente no va a obtener ningún beneficio de ello.

—Entonces, ¿hemos terminado? ¿Hasta aquí lo que pueden hacer por mí? —Sam lo preguntó con el mismo tono con el que habría interrogado a las enfermeras sobre el menú para la cena de aquel día.

—Sam, deberías pensar... —Emma no fue capaz de quedarse callada, pero tampoco tuvo demasiada oportunidad de intentar convencerlo, porque él la atajó enseguida.

—Voy a decirlo solo una vez y espero que os quede claro a todos. —Por primera vez desde que había empezado la conversación, Sam alzó la mirada, de un modo incluso desafiante, y los repasó uno a uno—. Prefiero vivir toda la vida en esa puta silla de ruedas que convertirme en medio hombre.

Después de aquellas palabras de Sam, nadie pudo aportar ni un solo comentario más. Se agotaron los argumentos. Se perdieron las esperanzas. Sam pasaría el resto de su vida en «esa puta silla de ruedas» y nadie podría hacer nada por evitarlo. Alex y Emma ya ni siquiera tenían ganas de hablar más. El equipo médico abandonó el cuarto y ellos se quedaron allí, en silencio, sin mirar a Sam y sin mirarse siquiera entre ellos. Solo una frase rompió aquellos momentos tan tensos, quizá los más violentos y tristes que habían vivido desde el ingreso en el hospital. Y eso

era mucho decir.

—Enteraos de qué cojones hay que hacer para comprar una silla de ruedas. Y tramitadme el alta voluntaria para el primer instante en que los doctores digan que puedo marcharme a casa.

«A casa». Qué aterrador sonaba ese concepto en boca de un hombre al que habían amado tanto, pero que ahora era incapaz de dirigirse a ellos con un mínimo de afecto, ni siquiera para algo que debería haber sido una decisión a tres. Un hombre que parecía haber olvidado el significado de los conceptos «por favor» y «gracias». Un hombre que ni siquiera tenía la menor intención de hablar con ellos sobre la charla con los doctores, que había marcado el resto de su vida y parecía haber caído en el cajón del olvido.

Alex y Emma se dirigieron al despacho de los doctores, que tampoco comentaron nada, porque poco había que decir. Con una sola mirada se entendieron. Les comunicaron la decisión de Sam de pedir el alta voluntaria y ellos les dijeron que no había nada ya que lo retuviera en el hospital. Que debería quedarse unos días para aprender a manejarse en la silla de ruedas, para recibir los consejos de los fisioterapeutas y los terapeutas ocupacionales, pero, como ya todos asumían que tampoco querría escucharlo, llenaron el bolso de Emma de folletos y les pidieron encarecidamente que llamaran al hospital si, una vez de vuelta en casa, se encontraban con dudas a la hora de llevar a cabo las actividades básicas con Sam.

Ya solo les quedaba pasarse por administración para que les entregaran los documentos necesarios para el alta voluntaria. Les aseguraron que a primera hora de la mañana siguiente estarían todos los papeles preparados y solo tendría que firmarlos el doctor cuando pasara a hacer su ronda.

De vuelta en la habitación, Emma dejó preparada la ropa que llevaría Sam al día siguiente. Unas cuantas semanas antes, cuando aún había alguna esperanza de que él se sacara aquel omnipresente pijama de hospital y saliera a los jardines de la clínica a tomar el aire, le había preparado un pequeño equipaje, que él ni siquiera había querido mirar. Ese día extrajo unos pantalones de chándal de la bolsa de viaje, una camiseta lisa y una sudadera con capucha. Miró las zapatillas deportivas y a punto estuvo de romperse al darse cuenta de que, de todos los pares de calzado que tenía Sam en casa, ya podrían ir deshaciéndose del zapato correspondiente al pie izquierdo. Sacó solo la zapatilla derecha y la dejó junto a la butaca donde había depositado todo el conjunto.

Sam ni siquiera miraba. Sabía perfectamente lo que ella estaba haciendo, pero no quería ni pensar en el momento de volver a salir a la calle, sentado en una silla de ruedas a la que estaba condenado de por vida y soportando las miradas de compasión. Por no hablar del jodido dolor que le atravesaba la pierna derecha para recordarle que había decidido quedarse con él para siempre. Que él había decidido que fuera suya para siempre.

La mañana llegó demasiado pronto. A Emma y a Alex la noche se les había pasado arreglando el piso en la medida de lo posible para la llegada de Sam, aunque eran muy conscientes de que harían falta muchas reformas en el apartamento para que estuviera adaptado a la vida con una silla de ruedas. Cuando llegaron al hospital, encontraron a Sam sentado en la cama, con las piernas, o lo que quedaba de ellas, colgando por fuera. Eso suponía toda una novedad; era la primera vez que Sam se destapaba por completo en su presencia sin que un procedimiento médico lo requiriera. Con la precaria ayuda de Alex consiguió sentarse en la silla de ruedas, a la que miraba como si fuera su peor enemiga. Aún no sabía que tendría que convertirse en su mejor amiga.

Emma incluso titubeó a la hora de agarrar los asideros de la silla, pero no consideraba que Sam estuviera preparado todavía para conducirla de manera autónoma. Salieron del hospital y la luz del sol cegó a Sam. De malos modos, le pidió a Alex que le pasara unas gafas de sol, y este se

puso tan nervioso que le dio las que llevaba puestas, porque ni siquiera sabía si Sam tenía las suyas propias en alguna parte. De nuevo con muchas dificultades, ayudaron a Sam a subirse al coche, plegaron la silla de ruedas, la metieron en el maletero y arrancaron.

Emprendieron el camino a casa con la certeza de que la nueva vida que empezaba en aquel momento estaría mucho más llena de piedras en el camino que de alegrías que celebrar. Pero habría que seguir remando. Juntos. Hasta que algún día, y cruzaban los dedos para que no fuera una esperanza vana, volvieran a ver la luz.

16

Des-hogar

La vida con Sam de vuelta en casa fue un infierno desde el principio. Ya lo habían anticipado cuando estaban en el hospital, pero nada podría haber preparado a Alex y Emma para lo que estaba por llegar. Porque la actitud de Sam no había mejorado con respecto a su estancia en el hospital; seguía indolente, arisco y sumido en el aislamiento emocional más absoluto. Pero, además, en casa había que ayudarlo. Él podía negarse cuanto quisiera, ellos podían querer concederle una autonomía que sabían que le vendría bien..., pero era un hecho innegable que todas las tareas que en el hospital asumían los enfermeros, auxiliares y celadores... en casa eran responsabilidad de Alex y Emma.

Cada día intentaban ayudarlo a ducharse, pero lo conseguían una de cada cuatro veces. Básicamente, cuando incluso el propio Sam era consciente de que su falta de higiene saltaba a la vista... y al olfato. Llevarlo al cuarto de baño era una cuestión todavía peor, por lo inevitable y porque a él lo ponía aún más nervioso. El día que Alex descubrió junto a su cama un par de botellas de agua llenas de orina entendió que estaban librando una batalla perdida contra un hombre al que ya no le importaba ni su propia dignidad.

Emma lo llevaba incluso peor que Alex, si es que eso era posible. Porque a la frustración, la pena y el dolor innegable cuando Sam los trataba con desprecio, se unía en ella un cabreo que aumentaba de intensidad cada día. Porque nadie ponía en duda que Sam había sufrido un accidente cuyas consecuencias habían modificado para siempre su independencia, pero tampoco podían seguir engañándose: si él hubiera hecho un mínimo de caso a los consejos de sus médicos, fisioterapeutas y terapeutas ocupacionales, su situación sería muy diferente. Mucho mejor. Él no había querido aprender a valerse por sí mismo para las cuestiones más básicas, así que a Emma le costaba entender que tuviera derecho a quejarse por ser tan dependiente. En realidad... es que le parecía que no lo tenía.

Alex se moría de pena. La situación de Sam no es que no mejorara; es que iba a peor con cada semana que pasaba. Un día, mientras volvía de una reunión de trabajo en el centro, Alex atravesó una de las zonas de la ciudad que frecuentaban las muchas personas sin hogar que vivían en San Francisco. Dos o tres de ellos usaban una silla de ruedas, pero solo uno llamó la atención de Alex. Era un chico de su edad, más o menos, con las dos piernas amputadas. Iba sucio, despeinado y mostraba claros síntomas de estar bebido y, probablemente, bajo los efectos de otras sustancias aún más nocivas. Alex se ruborizó cuando el chico le sacó el dedo corazón después de que él se pasara demasiado tiempo observándolo. Pero es que aquella visión... casi le pareció una mirada al futuro de Sam. Al que podría serlo. Si algún día decidía marcharse, si buscaba una solución absurda a sus problemas en el fondo de una botella, si Emma y él lo dejaran solos, cosa que ni se planteaban, pero... si estaban ya desesperados con solo unos meses de Sam de vuelta en casa, ¿qué acabaría pasando tres, diez o veintiocho años después? Nadie podía asegurarlo. Nadie podría juzgar cómo reaccionara cada uno. No cuando una cuerda se tensa tanto que acaba llevándose por delante la vida de los que están cerca.

Aquella noche, Emma lloró cuando Alex le contó ese pensamiento que lo había atravesado y se le había clavado dentro como un puñal. Estaban muy tensos, pero... al menos se tenían el uno al otro. Ahora, dormían juntos, solos, en la habitación principal, mientras que Sam se había atrincherado en la de invitados, sin darles opción a persuadirlo de otra cosa. A veces les daba por

pensar que habían cortado su relación, aquella extraña pero maravillosa relación que los había convertido en un solo ser, pero que fingían que no era así porque las necesidades mandaban.

«Atrincherado» era probablemente la palabra que mejor definía la situación de Sam en aquel cuarto suyo que un día había sido el de invitados, luego el de Alex y, finalmente, el estudio de todos. Él ya no necesitaba un estudio, porque no solo no trabajaba, sino que ni siquiera mostraba el menor interés por los detalles sobre el curso de su empresa que intentaba comunicarle Alex de vez en cuando. Tampoco comía demasiado; ni demasiado bien. Toda aquella masa muscular que había hecho de su cuerpo puro fuego ya no estaba, incluso sus tatuajes se veían desvanecidos en su piel. En su mesita de noche había permanentemente una botella de *whisky*, aunque Alex y Emma controlaban que no se le fuera las manos el consumo. Al fin y al cabo, ellos eran los encargados de hacer la compra y Sam se limitaba a apuntar una o dos botellas en el pedido mensual, así que ellos le cumplían el capricho sin rechistar. Sobre todo, porque se habían quedado sin fuerzas para discutir. Mientras el consumo no pasara de ahí, ni pensaban decirle nada.

Más complicado había resultado asumir que Sam hubiera empezado a fumar, algo que, por lo que sabían Alex y Emma, no hacía desde que era un adolescente. Ni siquiera habían comprendido a qué se refería Sam cuando había escrito en la lista de la compra «2 paquetes de Marlboro». Estaba claro que no había tenido oportunidad de fumar por casualidad, debilidad o situación social en los últimos meses, así que aquello sonaba a decisión autodestructiva planificada. En su situación médica, además, cuando tenía que estar pendiente de no sufrir coágulos sanguíneos por la medicación. La bronca que tuvieron Sam y Emma cuando ella se negó fue tan tremenda que Alex salió de casa dando un portazo, regresó con un cartón de tabaco y se lo tiró a Sam al pecho. No había sido la decisión más inteligente, pero en los últimos tiempos ninguna lo era.

Alex y Emma dormían juntos, sí, pero ya nunca hacían el amor. Alguna vez se besaban, la pasión convertida en necesidad tomaba el mando y acababan masturbándose mutuamente, o conformándose con unos toqueteos rápidos y no demasiado satisfactorios, pero no tenían fuerza para mucho más. La vida que tenían había saltado por los aires y no les parecía que nada tuviera sentido sin Sam. O quizá sí les habría parecido que tenía sentido sin Sam, pero no con él en casa de esa manera. Presente pero ausente.

Cuando Alex y Emma se quisieron dar cuenta —no tenían ni idea de si Sam también era consciente—, habían pasado nueve meses desde el accidente, más de cuatro desde que convivían de nuevo en el apartamento, aunque el verbo «convivir» se pasaba de optimista en su caso. Sam seguía bebiendo más de lo que debería —no debería beber nada en sus circunstancias—, había perdido toda la masa muscular pero había ganado una tripa provocada por las muchas horas de sedentarismo, sus ojos tenían permanentemente un color rojizo y de vez en cuando estallaba en ataques de tos que, según sus propias palabras, no tenían absolutamente nada que ver con su consumo cada vez mayor de tabaco. Claro que no. Nada que ver. A Alex y a Emma les costaba creer que fuera tan imbécil por momentos...

Los videojuegos se habían convertido en su nuevo mejor amigo. En su único amigo, en realidad. Había vuelto a instalar la PlayStation que tenían abandonada en un cajón del salón desde hacía años y se pasaba horas —muchas, muchísimas horas— jugando. Y lo peor de todo es que ni siquiera daba la sensación de disfrutarlo. Tenía la misma cara de amargado mientras ganaba partida tras partida al *Call of Duty* que en cualquier otro momento del día. Además, cada día le costaba más utilizar su silla de ruedas, porque la pérdida de tono muscular era tan acentuada que le impedía los movimientos más básicos o, al menos, se los complicaba.

Emma decidió lidiar con los demonios dedicando cada vez más horas al trabajo. Ya nunca diseñaba desde casa; se limitaba a estar las horas justas para liberar a Alex de responsabilidades

y que él no se cargara demasiado el cuidado de Sam a las espaldas. Pasaba el resto del tiempo en el taller donde antes solo restauraba los muebles, y allí, entre olor a madera, polvo de serrín y latas de barniz, conseguía desconectar la cabeza, aunque solo fuera durante unos minutos al día, de aquel desastre en que se había convertido su vida. Una vida que había sido maravillosa, tanto que Emma entendía mejor que nunca cuánto dolía una caída cuando se producía desde lo más alto.

Alex no podía soportar que hubiera más silencio en casa cuando estaba Emma que cuando no. Era insufrible ver, justo ante sus ojos, como se había apagado la luz de la chica más brillante de San Francisco. Él parecía llevarlo mejor. Lloraba menos que Emma. Le gritaba menos a Sam cuando se frustraba. No es que eso fuera una gran noticia. La realidad era que sentía que se había difuminado. Cada día daba vueltas en su cabeza a los giros y volteretas que había pegado su vida, desde el día que había salido de Ohio de la mano de su novia de toda la vida, para acabar rompiéndole el corazón, largándose a recorrer el mundo para encontrarse a sí mismo, regresando a un punto de partida que en realidad no lo era. Había sido feliz. Había sido tan feliz con ellos, joder... Y luego la vida había vuelto a ponerse del revés y a negarle esa felicidad que llevaba persiguiendo desde siempre y que, ahora, le parecía que solo había tocado un instante con las yemas de los dedos. Quizá cuando pasaran los años acabaría olvidando que un día había rozado el cielo. Quizá aquella nube de depresión ponzoñosa acabaría por invadirlo todo.

Y lo peor, lo más duro de sobrellevar para Alex, era no saber ya lo que sentía por Sam. Con Emma lo tenía clarísimo. La quería con toda su alma, la admiraba por su forma de luchar cada día por que la vida siguiera y a todo eso se unía un instinto de protección que se incrementaba cada día, porque no soportaba verla sufrir así. No soportaba que Sam la estuviera rompiendo en dos. Por eso no sabía lo que sentía ya por él. Seguía queriéndolo, de eso no tenía dudas. Y seguía enamorado de él, eso también. Pero lo odiaba en demasiados momentos, en más cada día, por el dolor que le provocaba a quien menos se lo merecía, que no era él, sino Emma. En la montaña rusa de sentimientos más aterradora, además, se sentía a ratos culpable por haber reaparecido en las vidas de Sam y Emma. No es que eso tuviera ningún sentido lógico, no había ninguna relación entre su regreso a San Francisco y el accidente que había sufrido Sam, pero su mente estaba tan confusa que de vez en cuando le enviaba el mensaje de que el mundo sigue un orden establecido y, si él no lo hubiera alterado, quizá Sam habría pasado aquel domingo con Emma, paseando por la bahía, en lugar de coger la moto para recorrer las carreteras del norte de California. Y para completar el cóctel, también se sentía empático con Sam. Porque sí, estaba insoportable, y eso ya nadie se molestaba en negarlo. Pero no hacía falta estudiar Psicología para darse cuenta de que aquello tenía toda la pinta de ser una depresión. Así que Sam, para Alex, era un enfermo por partida doble. Se había roto su exterior, pero también su alma. Y eso no debería provocar otra cosa que una profunda compasión. No quería ni imaginar cómo habría reaccionado él si un día se despertara en un hospital sin sus dos piernas. O peor aún, tal vez: despertarse sin una pierna y tener que tomar la decisión de pedir que le amputaran la otra. No era tan iluso como para pensar que lo tomaría como un punto de inflexión en su vida para empezar a verlo todo bajo una capa de enorme optimismo. No. Estaría como Sam. O peor. Tal vez, de toda la gente a la que había conocido en su vida, solo Emma habría tenido la fuerza para salir de una situación como aquella, aunque eso nadie pudiera asegurarlo sin haberlo vivido.

La vida continuaba. Aunque había días en que a ninguno de los habitantes de aquella casa le apetecía que fuera así. Pero el sol seguía saliendo cada mañana sin pedirles permiso ni perdón y ellos... sobrevivían. Mal. Pero como podían.

17

Sucio

El ser humano tiene la enorme capacidad de adaptarse a cualquier situación. Eso es algo que Alex y Emma aprendieron en aquellos meses horribles que siguieron al accidente de Sam. Tardaron, por supuesto, pero acabaron por asumir que aquella era su nueva vida y tocaba continuar con ella. Volvieron a dedicar el tiempo suficiente al trabajo, consiguieron una rutina de tareas domésticas que hizo que el apartamento volviera a funcionar como escenario de una vida y lidiaron según iban surgiendo con las diferentes crisis que causaba Sam, a veces por su insolencia y otras, directamente por su agresividad.

Y tal como llegó todo lo demás... lo hizo también el sexo. Eran dos personas jóvenes, que se conocían mejor que nadie, que habían estado enamorados en dos vidas diferentes, que se deseaban y que habían dejado de lado durante demasiados meses una faceta de la vida que siempre habían considerado casi tan necesaria como respirar. Así que una noche que empezó con toqueteos consoladores acabó con dos orgasmos que supieron agrisulces porque aún pesaban las ausencias. Pero la siguiente vez supo un poco mejor... y pronto se convirtió en una rutina que no tenía nada de rutinaria, sino que volvió a ser excitante, emotiva y un consuelo nocturno a todo lo que les torcía el gesto durante el día.

Como Sam pasaba en aquel momento por una fase de no abandonar su cuarto si no era estrictamente necesario, pronto también perdieron el pudor a besarse y tocarse fuera de la nocturnidad de su dormitorio. Lo echaban de menos, claro, también en aquel ámbito —quizá, sobre todo, en aquel ámbito—, pero Emma había intentado besarlo un día y la respuesta de Sam había dejado claro, sin necesidad más que de una mirada y una huida airada, que para él el sexo había acabado en el mismo vertedero de basuras en el que estaban el resto de emociones y facetas de su vida anterior.

Los ánimos se caldearon una tarde de sábado, una en la que a Alex y Emma les habría encantado salir a disfrutar del clima soleado y fresco con el que había amanecido San Francisco, pero habían preferido quedarse en casa por si Sam los necesitaba para algo, porque no eran capaces aún de concederle una independencia que él pedía, aunque no luchaba para conseguirla. Pasaba tantas horas al día tirado en la cama que dejarlo solo era un riesgo a que surgieran mil dificultades a las que Alex y Emma, al contrario que Sam, no daban la espalda.

Pero aquella tarde quisieron las circunstancias que Sam saliera de su cuarto justo en el momento en que Alex y Emma habían dejado de ver la película que habían puesto después de comer para dedicarse a una sesión de besos que no había tardado en subir de temperatura. En concreto, Emma había perdido ya la camiseta —y ella no solía usar sujetador—, Alex tenía desabrochados los dos primeros botones de los vaqueros y sus lenguas se enredaban en un beso que estaba claro que tenía más de pasión que de simple gesto de cariño. En el momento en que escucharon la puerta del dormitorio de Sam y el leve chirrido de las ruedas de su silla sobre el suelo de madera... se quedaron como congelados en el acto.

—No os cortéis, por favor —respondió Sam en un tono neutro que ni siquiera quienes mejor lo conocían habrían salido dilucidar qué significaba—. Seguid a lo vuestro, yo no quiero molestar.

Emma y Alex se dieron cuenta de que las cosas estaban peor de lo que parecían —y mira que parecían estar mal— cuando sintieron, por primera vez desde que se habían reencontrado, que estaban engañando a Sam. Y no era verdad, joder. Ellos eran una pareja, una de tres, en la que uno

de los miembros había decidido ponerse en *stand-by*, pero nadie había dicho que ellos dos también tuvieran que hacerlo. Si no compartían demasiadas muestras públicas de afecto, era más por respeto a un Sam que se encontraba inmerso en una depresión que porque creyeran que no tenían derecho a amarse. ¡Pero cómo no iban a tenerlo! Daba igual cuánto intentaran racionalizar el pensamiento: en aquel momento, semidesnudos sobre el sofá, piel contra piel, sintieron que estaban traicionando a aquel hombre al que, a pesar de todo, tanto querían.

Sam, por su parte, había utilizado un tono de voz neutro porque ni él mismo sabía cómo se sentía. Imaginaba la sensación que daba desde fuera: la de un hombre egoísta y amargado que estaba destrozando a los dos amores de su vida. Y odiaba que fuera así. Porque lo que nadie sabía eran las muchísimas horas que Sam pasaba llorando en la soledad de su cuarto. Al principio lo hacía solo por la frustración de su nueva condición física; pero hacía ya muchas semanas que lloraba más por la culpabilidad y el daño que les estaba haciendo a Alex y Emma que por sí mismo.

Por eso había decidido salir del cuarto aquella tarde. Porque llevaba un buen rato escuchando el parloteo de ambos en el sofá y, cuando se habían quedado callados, sabía que solo había dos opciones: o estaban echándose la siesta o estaban haciendo... algo más caliente. Y presentía que era lo segundo. No en vano llevaba ya un tiempo escuchándolos hacer el amor en la soledad de su cuarto, aunque estaba seguro de que ellos pensaban que eran muy discretos y silenciosos. Y quiso verlos. De hecho, le daba igual verlos durmiendo o haciendo el amor. Cualquiera de las dos opciones le valía. Serían ellos en estado puro. Y los echaba tanto de menos que le ardía la piel solo de pensar que era él mismo el que los alejaba. Pero no sabía cómo evitarlo. Su vida era un jodido caos de dolor.

Pero la verdad era que, en cuanto los vio, su corazón dio un vuelco. Uno que no fue agradable. Emma, tan bonita, tan diosa, sentada a horcajadas sobre Alex, como tantas veces lo había estado sobre él mismo. Alex, tan guapo, tan sentido, tan lleno de amor por ambos. Le había dolido. Él quería formar parte de aquello. Quería volver a ser una arista de aquel triángulo perfecto. Pero no se atrevía, no se sentía capaz, no pensaba permitir que lo vieran con aquel cuerpo mermado que, más que volver a excitar a alguien, sería el mejor jarro de agua fría sobre cualquier escena de pasión. Así que les había dicho que siguieran con su encuentro sexual, en parte enfadado, en parte excitado. Triste. Todo.

Sam pensaba en todo ello mientras se acercaba al frigorífico, de espaldas a la escena que estaba teniendo lugar en el sofá, para coger un botellín de cerveza. Cuando se dio la vuelta, allí seguían ellos. Congelados. Sin haberse atrevido a separarse, pero sin tocarse apenas. Casi como dos actores en medio de una escena amorosa cuando el director grita «¡Corten!».

—Lo digo en serio, joder. —Las palabras le salieron frustradas, pero el tono fue conciliador—. Follad. —No quiso que sonara a orden, así que lo expresó de nuevo como súplica—. Follad, por favor.

Alex y Emma se miraron durante unos segundos eternos. Parecía, desde fuera, que estuvieran teniendo una conversación telepática. Y es que lo estaban haciendo. La conversación solo terminó cuando Emma decidió liarse la manta a la cabeza, acabar con aquella tensión que algún día la iba a matar y dar una cabalgada soberbia sobre la entrepierna de Alex. Se encajaron al instante. Y Alex no necesitó mucho más que aquel movimiento para que la excitación borrara las preocupaciones y participara de aquello que, más que un acto de amor, se parecía demasiado a una exhibición pública.

Estaba siendo un encuentro breve, intenso y agrisulce. Recordaba demasiado a aquella primera vez que Alex había observado desde cerca a Sam y Emma, a los pocos meses de llegar a

San Francisco de vuelta. Pero era mucho peor. Aquello había sido puro morbo, fervor y ganas. Esto estaba siendo sucio. Para completar la sordidez del asunto, Sam, en un determinado momento, se sacó la polla de los pantalones de chándal. Lo hizo porque, por primera vez en meses, había sentido algo parecido a la excitación sexual. Llevaba meses sin ponerse cachondo, sin intentarlo siquiera, más por una incapacidad mental que física. Y pensó que Alex y Emma, desnudos, tocándose y gimiendo, serían una receta infalible para excitarse. Pero el odio que sentía hacia la idea de no volver a formar parte de aquello jamás, que era algo muy parecido al odio a sí mismo, se había llevado lejos cualquier erección que hubiera podido surgir.

Alex y Emma estaban muy excitados, pero el orgasmo era un concepto que quedaba bien lejos. Los ojos se les desviaban hacia Sam, que miraba su propia entrepierna con una mezcla de estupefacción y asco. Cuando vieron que daba una especie de palmada frustrada sobre su sexo y volvía a guardárselo en los pantalones, los dos se dieron cuenta, sin necesidad de comentarlo, que lo mejor era acabar con aquel horror que estaban protagonizando y que los hacía sentir más sucios que si llevaran una semana sin ducharse. Pero sabían que, si lo interrumpían de forma abrupta, Sam se enfadaría, o reaccionaría mal, o... lo que fuera. Así que Emma decidió fingir, por primera vez en su vida, un orgasmo. Y Alex ni siquiera necesitó hacer algo parecido, porque Sam, quizá dándose cuenta de todo lo que estaba pasando, de lo feo que era aquello, se dio la vuelta con una rapidez inusitada en él y volvió a encerrarse en su cuarto.

Emma le había dicho una vez a una amiga, una que tenía una relación demasiado tóxica con su pareja, que el hombre de tu vida debe dejarte mojada la entrepierna, no los ojos. Y esa frase fue la que le acudió a la mente cuando, aún con Alex dentro de ella, sintió su sexo más seco que nunca y sus mejillas empapadas por las lágrimas que no había podido evitar derramar. Alex quiso atajar la incomodidad cuanto antes y se retiró de ella, volvió a vestirse y subió el volumen del televisor. No fueron capaces de mirarse a la cara, y solo esperaban olvidarlo pronto.

Lo que ninguno de los dos supieron en aquel momento fue que Sam no se había ido a su cuarto porque estuviera frustrado, porque se sintiera culpable o porque la situación que él mismo había propiciado lo hubiera superado, aunque todas esas cosas fueran verdad. Sam se fue a su dormitorio aquella noche porque no podía permitir que las dos personas a las que más quería en este mundo lo vieran llorar como un niño.

18

A ella no

Alex y Emma ya no recordaban lo que era tener un buen día. La vida transcurría de forma monótona, porque la rutina era la única tabla de salvación a la que podían agarrarse para no enloquecer. Habían intentado todo lo que estaba en sus manos para que Sam levantara cabeza, aunque solo fuera un poco, pero nada funcionaba. Estaban tan desesperados que los fines de semana eran ahora peores que los días de trabajo, porque implicaban quedarse en casa, los tres, en aquel ambiente asfixiante en que apenas veían a Sam, porque casi no salía de su cuarto, pero sentían su presencia en todas partes.

Ni ellos ni Sam recordaban lo que era un buen día, pero sí que había días especialmente malos. Aquel viernes fue uno de ellos. Emma leía en el sofá del salón una novela negra que tenía fama de enganchar a los lectores de tal manera que muchos acababan leyéndola del tirón. La había comprado el día anterior porque sentía que eso era exactamente lo que necesitaba, encontrar un mundo de ficción en el que perderse durante unas horas para olvidar todo lo malo que ocurría en su mundo real. Pero llevaba ya media hora en la misma página, releyendo frases sencillas pero que a ella le costaba entender, porque su cerebro era incapaz de concentrarse. Alex escuchaba música en la terraza, algo que se había convertido en costumbre en los últimos tiempos. En el balcón apenas había espacio para una persona, así que esa era su forma de asegurarse la soledad. Los auriculares, con *rock* duro sonando a todo volumen, eran la herramienta que usaba para acabar de aislarse del mundo.

Y entonces Sam salió. Emma levantó los ojos de su libro, sin apenas hacer perceptible el movimiento, para no asustarlo, espantarlo o lo que fuera que una mirada pudiera provocar en él. Pero no pudo evitar esperanzarse. Alex había perdido la fe y a veces incluso le reprochaba que fuera tan inasequible al desaliento, porque lo único que conseguía era sufrir más, pero ella... Ella aún esperaba que Sam volviera algún día a ser el mismo de siempre, el hombre maravilloso del que llevaba años enamorada. Con más dolor, con más sufrimiento, con una mochila a la espalda que a nadie le resultaría fácil portar. Pero él. Cada vez que Sam hacía algo fuera de su rutina de leer, jugar a videojuegos y dejarse morir en la cama, Emma soñaba con que fuera un primer paso.

—¡Me cago en la hostia, joder!

Solo hicieron falta dos minutos para que Emma perdiera la esperanza. Dos minutos, tres palabrotas y un grito. Dedujo en una mirada rápida que Sam había intentado acercarse a la cocina, algo que hacía solo muy de vez en cuando, ya que tenía todo un arsenal de *snacks* y bebidas en su cuarto. Pero su silla de ruedas se había encallado en el retranqueo que hacía el pasillo antes de abrir paso al vestíbulo, donde se encontraba la puerta de la cocina. Emma tuvo que morderse la lengua —hasta casi hacerse sangre— para no recordarle que llevaba semanas pidiéndole que la escuchara cuando ella le proponía las reformas de accesibilidad que serían necesarias en aquel apartamento victoriano —que, definitivamente, no estaba habilitado para minusválidos— para facilitarle la vida. A él y a todos. Pero Sam se largaba a su cuarto, a su encierro, cada vez que ella sacaba el tema. Emma ya no sabía si aquella actitud era parte de su proceso de negación a aceptar lo que le había ocurrido o una prueba de que no tenía demasiada intención de seguir viviendo en aquella casa.

Ese era uno de sus mayores temores. Que Sam decidiera marcharse algún día. Sabía que la situación en la que estaban era insostenible, a veces incluso sospechaba que Alex seguía allí solo

por no dejarla sola..., pero al mismo tiempo no quería ni pensar en la opción de que se marchara. Sam no tenía familia, en los últimos tiempos ni siquiera tenía trabajo —conservaba su empresa porque sus empleados la mantenían en pie, pero no había vuelto a pasarse por el estudio desde el accidente— y no tendría a donde ir, mucho menos en el estado físico en el que se encontraba.

Emma dejó sus meditaciones para más tarde —no dudaba de que aparecerían en cuanto se metiera en la cama y el insomnio viniera a visitarla— y se levantó a ayudar a Sam.

—¡Déjalo, joder! Ya puedo solo —le espetó Sam, sin mirarla siquiera a los ojos, cuando ella agarró los pomos de la silla de ruedas y lo desencajó del lugar donde se había quedado atrapado.

—Ya veo, ya...

Emma no pudo callarse. Ella nunca había sido una chica sumisa, mucho menos desde que las experiencias de los últimos años la habían hecho crecer tanto como persona, pero llevaba meses y meses callada. Aguantando. Aceptando convertirse en el saco de boxeo del dolor convertido en malas contestaciones de un hombre al que amaba, pero al que ya no reconocía.

Entonces Sam sí que la miró. Con los ojos echando fuego. Quizá él también se había acostumbrado a que tanto Alex como Emma le dijeran que sí a todo durante demasiado tiempo. A que su compasión fuera tan grande que no le llevaran la contraria, ni siquiera cuando él estaba deseando que lo hicieran. Si le hubieran preguntado apenas unos minutos antes, Sam habría dicho que prefería que lo trataran como a una persona *normal*, sin rastro de piedad, pero en el momento en que Emma le respondió con la voz cargada de sarcasmo... lo vio todo rojo.

—Habría acabado saliendo de aquí por mí mismo, ¿sabes, Emma? —Soltó una carcajada sarcástica que a ella la estremeció—. Pero claro... tú necesitas ayudar. ¡Tú necesitas que esté así, joder! ¡Pues no hace falta! ¿¿Crees que no sé lo que piensas cuando me ves??

—¿Qué...? —se atrevió a preguntar Emma entre túbecos.

—Que te has jodido la vida —susurró Sam, pero ese tono bajo no fue ni un ápice menos aterrador de lo que eran sus gritos—. Que ojalá pudieras largarte a vivir tu vida, con Alex o sola, lo que sea, pero sin el lastre de un hombre que ya ni siquiera es tal cosa, sino solo un jodido inválido. ¡¡¡Eso es lo que piensas!!!

Y con ese grito retumbando en las paredes del apartamento, se dio media vuelta y regresó a su cuarto.

Emma se derrumbó en el sofá. Sam se había comportado de forma distante, fría y desagradable desde el accidente, pero nunca había sido cruel hasta ese día. Por eso Emma tocó fondo. Y todas las lágrimas que retenía cada día ante lo insoportable de la situación se desbordaron de sus ojos. Había tocado fondo. Se acurrucó en el sofá, agarrada a un cojín como si este fuera su tabla de salvación y lloró, lloró, lloró...

Alex no se había enterado de nada. Los auriculares lo habían mantenido ajeno a la catástrofe, pero algo hizo que mirara hacia dentro del salón. Quizá el instinto, quizá un hilo invisible que siempre lo había mantenido atado a Emma... y en los últimos años, también a Sam. Y cuando entró a trompicones y se la encontró llorando como jamás la había visto llorar, ni siquiera en aquel momento horrible de su ruptura años atrás... él también tocó fondo.

Mientras Emma le contaba una versión resumida de lo que había ocurrido, interrumpida constantemente por sollozos e hipidos, Sam, en su cuarto, era consciente de que también había tocado fondo. De que su cuerpo estaba roto en pedazos, su alma también, pero lo peor de todo era ser consciente de que había destrozado también a la mujer a la que más había amado en toda su vida. A la única. La culpabilidad lo destrozó y lamentó, por enésima vez en los últimos meses, que su cuerpo no le respondiera a lo que realmente necesitaba, que en aquel momento no era correr, montar en bici, trabajar o, simplemente, levantarse y darse una ducha como había hecho durante

toda su vida. En aquel momento habría querido tener piernas para levantarse de su silla de ruedas y emprenderla a patadas con todo lo que quedara a su alcance.

No tuvo tiempo para seguir lamentándose, porque, apenas unos minutos después de haberse retirado a su cuarto, y justo cuando estaba planteándose salir a pedirle disculpas a Emma, si es que ella quería aceptarlas, la puerta de su cuarto se abrió con una fuerza tal que golpeó la pared y descascarilló la pintura con la manilla. Sam se volvió todo lo rápido que supo —su encierro no había contribuido demasiado a que dominara los movimientos en la silla— y encontró a Alex cerniéndose sobre él.

Sam siempre había sido un tío fuerte. Alto, de hombros anchos, musculado. De hecho, su físico siempre había sido su carta de presentación, muy a su pesar, lo primero en lo que se fijaba la gente al conocerlo. Y Alex era todo lo contrario. También era alto, pero muy delgado, sobre todo cuando era más joven, aunque en los últimos tiempos había desarrollado músculo a base de deporte. Pero, si se hubieran enfrentado en plenas facultades en un *ring*, nadie habría apostado un dólar a las posibilidades de Alex.

Pero la furia puede hacer milagros. La ira, más que las dificultades físicas de Sam después del accidente, hicieron que Alex cogiera a Sam por el cuello de su camiseta, lo alzara en aire e hiciera chocar su espalda contra la pared. A continuación, se acercó a él, dejando su cara a escasos milímetros de la de Sam y sus ojos se encontraron en una mirada que podrían haber prendido fuego a todo San Francisco.

—A mí destrózame si quieres —le dijo Alex, con la voz entrecortada. No por el esfuerzo de mantener el peso de Sam entre sus manos, porque, por muy enfadado que estuviera, se moriría si él se hiciera daño por culpa de su arrebato. Lo que le había robado octavas a sus cuerdas vocales era el dolor—. Ya lo has hecho, en realidad. Pero a ella, no. A ella... ¡no!

—Alex, yo... Suéltame.

La petición llegó en un susurro suplicante. No había rencor en las palabras de Sam. No había odio por haberse sentido poco más que un muñeco de trapo en las manos del hombre al que amaba. Solo la petición de que rebajaran la tensión, a pesar de que sabía que había sido él quien había prendido la mecha.

Alex le hizo caso, por supuesto. No se sentía cómodo con la idea de haber agredido a una persona en las condiciones físicas de Sam. Lo dejó con delicadeza sobre su silla y ambos se recolocaron la ropa antes de volver a mirarse a la cara.

—¡Mírala, joder! —Alex había dejado la puerta abierta y Emma había acudido a la habitación a intentar parar aquello que había ocurrido, pero se había quedado paralizada en la puerta. Su aspecto no podía ser más patético. Sus ropas estaban arrugadas, su pelo hecho una maraña incomprensible y sus ojos tan rojos y llenos de lágrimas como sus mejillas y el resto de su cara—. Mira cómo está. Mira en qué la has convertido.

Sam no se atrevió a levantar la mirada. No era tan imbécil como para no haberse dado cuenta de que Emma —y también Alex— sufrían en su propio cuerpo las consecuencias de los meses de horror que habían pasado. Y no lo soportó más. Había llorado mucho a solas en aquellos meses de larga travesía por el desierto. Pero hacía mucho tiempo, muchísimo, desde aquellos primeros días en el hospital, que no se permitía derrumbarse delante de Alex y Emma.

Ellos tardaron un instante en darse cuenta de que los hombros de Sam se movían convulsionados por el llanto. Y entonces todo quedó olvidado. El miedo, el rencor, el sarcasmo, las malas contestaciones, la compasión, la depresión. Los dos se agacharon y, juntos, hicieron una piña. Abrazados, por primera vez en meses. Como en los buenos tiempos, aquellos cuya nostalgia hacía más duro el presente. Ninguno habría sabido medir en minutos cuánto tiempo estuvieron así.

El tiempo se medía entonces en lágrimas y en los latidos de tres corazones.

—Chicos, yo... —Sam tuvo que aclararse la voz antes de seguir hablando—. Ahora quiero pedirlos que os vayáis, pero...

—¿Sí? —preguntó Emma, y su tono teñido de esperanza rompió un poco el corazón de Sam.

—Me voy a quedar aquí encerrado de nuevo. Pero no como hasta ahora. Esta vez... cuando vuelva a salir de este cuarto, os juro que seré una persona mejor. Esta vez sí.

Alex y Emma asintieron, aunque aún no las tenían todas consigo. Pero la esperanza era mayor que la prudencia. No pudieron evitar sonreír.

—¡Alex! —gritó Sam cuando ambos salían ya de la habitación. Alex se volvió hacia él—. Gracias.

—¿Gracias por zarandarte? —le preguntó, con el sonrojo mezclado en su cara con una sonrisa pícaro.

—Exactamente por eso. Aunque... —Sam sonrió. Fue precioso verlo— no descartes que acabe dándote una paliza por ello algún día.

Al fin, una decisión

Sam tardó cuarenta y seis horas en salir de su cuarto. Si comió algo durante ese tiempo, sería porque guardaba comida en su dormitorio. Si durmió o no, nadie lo supo. Si continuó con aquella espiral de autodestrucción en la que llevaba ya tantos meses, no hubo ningún síntoma externo de ello. Alex y Emma se mostraban preocupados, pero menos que si aquel encierro hubiera ocurrido unas semanas atrás. Algo habían visto en la cara de Sam durante aquel enfrentamiento que había empezado terrible, pero había acabado siendo esperanzador. Anduvieron de puntillas durante aquellos días por casa, por miedo a alterar algún tipo de alquimia que pudiera estar teniendo lugar en el cerebro de Sam para sacarlo del pozo. Para que diera el primer paso para ello, al menos. Tenían la sensación de que, si no era entonces, no sería nunca.

Por eso, cuando la puerta de su cuarto se abrió casi dos días después de la última vez que lo habían visto, Emma y Alex contuvieron el aliento. Él se aproximó en su silla de ruedas, sorprendentemente aseado y vestido —hacía ya un rato que a Alex y Emma les había parecido escuchar la ducha— y resopló delante de ellos.

—¿Tenéis un segundo? —preguntó, con la mirada fija en el suelo. Ni siquiera se atrevía a mirarlos a la cara.

—Claro —respondió Emma, deseando pedirle que los mirara a los ojos, que nada podía salir mal si se miraban con franqueza.

—Llevo todo este tiempo... buscando información. Y reflexionando. Y hablando con profesionales para que me asesoren. Entiendo que habréis pensado que me había pasado las horas durmiendo, o tirado sin querer hacer nada, pero... cuando os dije que iba a cambiar, era en serio.

—¿Y qué has decidido? —preguntó Alex, con cautela. Parecía mentira que, con todo lo que habían compartido, no se atrevieran a soltarse.

—Voy a operarme —dijo al fin Sam, tras un silencio en el que tuvo que lidiar con sus propios demonios para hablar en voz alta de ello—. No os voy a engañar, no he tenido una epifanía en los dos últimos días y he visto claro que la vida va a ser maravillosa si lo hago. Odio, no os podéis imaginar cuánto, la idea de mi cuerpo reducido prácticamente a la mitad. Pero me he dado cuenta de que odio más la perspectiva de pasarme el resto de mi vida en una silla de ruedas.

—Sí, te entiendo —le dijo Emma, cogiéndole la mano en un gesto instintivo que él no rechazó. Ni se lo planteó.

—He hablado con los médicos y nada va a ser fácil. No es tan sencillo como operarme, dejar que curen las heridas, ponerme unas prótesis y salir del hospital caminando.

—Ya nos imaginamos —aportó Alex.

—Siendo, además, las dos amputaciones a diferente altura, no lo favorece. Tendré que trabajar mucho el equilibrio, la fuerza... la técnica necesaria para aprender a usarlas. Quizá nunca consiga caminar sin muletas, pero... al menos estaré de pie. No me voy a marcar unos objetivos muy firmes porque eso sería garantía de frustraciones. Iré poco a poco, aprenderé a tener paciencia y lucharé por volver a caminar, pero también sé que me conformaré con cualquier mejora con respecto a la situación actual. Que, teniendo en cuenta que estoy en la mierda, no creo que sea muy difícil mejorar un poco. —Sam acabó su alegato con una sonrisa tímida.

—Sam, ¿puedo...? —Emma se corrigió sobre la marcha. Había tanta prudencia en su voz que ni parecía ella—. ¿Podemos abrazarte?

—Joder, Emma... —Sam bajó la cabeza—. Pues claro.

Los dos se acercaron a él y lo abrazaron fuerte. Emma frente a él; Alex a su espalda. Sam les dijo entre balbuceos que sentía muchísimo que la situación hubiera llegado a tal punto de tensión que le tuvieran que pedir permiso incluso para abrazarlo. Ellos no le respondieron, pero las lágrimas de los tres hablaron por sí solas. Fue un momento triste, pero también el más parecido a la esperanza en muchos, demasiados, meses.

—¿Has hablado con los médicos? ¿Sabes cuándo podrán operarte? —le preguntó Alex, en un intento de devolver la conversación al aspecto puramente práctico, para quitarle un poco de carga emotiva.

—Mañana.

—¿Qué?

—Tengo que estar en ayunas desde casi casi... ya. —Sam miró su reloj—. Así que si preparamos algo de cena, me vendría muy bien.

Aquella noche cenaron los tres juntos a la mesa casi como si nada hubiera ocurrido. Compartieron un poco de charla distendida —puede que la primera de ese tipo en un año—, Sam les contó algunos detalles más sobre la operación a la que lo someterían al día siguiente y acabó por confesarles que aceptó el primer hueco de quirófano libre porque sabía que esa operación era la mejor opción, pero no podía evitar el miedo a que, si pasaba demasiado tiempo, la decisión se enfriara y él acabara acobardándose y volviendo al letargo anterior.

La mañana llegó demasiado pronto. O eso les pareció a los tres, que habían dormitado juntos en los sofás del salón, porque no querían hacerlo por separado, pero les dio pánico —a cada uno de ellos por separado y sin comentarlo entre ellos— proponer compartir cama después de tanto tiempo y que eso generara tensión en el peor momento.

En el trayecto al hospital, a Sam se le escapaban los nervios por los poros de la piel. Era muy evidente sin necesidad de que lo comentara, pero es que, además, no paraba de repetirlo. Alex y Emma trataron de calmarlo, pero ellos tampoco estaban precisamente tranquilos. Aquella operación era algo deseable, algo que serviría para mejorar la vida de Sam, pero a ninguno se le escapaba, a pocas horas de que tuviera lugar, que era una operación de importancia y algo podría ir mal.

Pero no fue mal. Sam regresó de quirófano unas tres horas después de que lo hubieran bajado, y tardó otras tantas en estar lo suficientemente despierto como para mantener una mínima conversación. Entonces, el doctor acudió a su lado para informarlo de que todo había salido según lo esperado, que habían amputado la pierna por una zona ideal para que la adaptación a la prótesis fuera lo más fácil posible y que en los días siguientes tendría bastante dolor, pero que no se cortara en pedir toda la analgesia necesaria.

—¿Cuánto tiempo permaneceré ingresado? —preguntó Sam, porque tenía bastante claros los siguientes pasos que daría (no literalmente, por desgracia) y estaba algo impaciente por continuar con su recuperación. Esa era, sin ninguna duda, una buena noticia.

—Unas dos o tres semanas, Sam. Si todo va bien, no tendrías por qué permanecer aquí mucho más tiempo. Vamos a cruzar los dedos para que sea así.

—¿Y después?

—Ya sabes, por experiencia, cuál es el proceso de recuperación de la parte conservada de la extremidad. Pasarán unos tres o cuatro meses antes de que se cierren del todo las cicatrices y el tamaño definitivo se estabilice. No debes tener grandes oscilaciones de peso en ese tiempo o se complicará esto último. Pero, por lo demás, en esos tres o cuatro meses, deberían estar empezando a adaptarte las prótesis y... a caminar.

—Suena demasiado fácil —comentó Sam, aunque con una sonrisa somnolienta que fue el gesto más agradable que los doctores vieron en su cara desde que lo conocían.

—No lo será. No será ni fácil... ni imposible. Quédate con esa idea.

Sam asintió, se despidieron para dejarlo descansar y Sam, por primera vez desde el accidente, les pidió a Alex y a Emma que se quedaran a su lado aquella noche. Cuando le trajeron a Sam la cena y fue a elevar su cama por primera vez desde que había salido de quirófano, Emma abrió el armario del cuarto, cogió una almohada y le preguntó con la mirada a Sam si le parecía bien que se la pusiera bajo las sábanas, siguiendo aquel truco visual tan triste que a él le ofrecía consuelo durante su anterior ingreso.

—No, Emma —le respondió, de nuevo sonriendo—. Ya no tiene sentido fingir. Si no empiezo a asumir lo que soy ahora... nada saldrá bien.

Ella volvió a guardar la almohada e hizo su mayor esfuerzo, al igual que Alex, para no mirar a Sam a la cara en el momento en que él se irguiera. Creían que él necesitaría intimidad para un momento complicado, pero fueron incapaces de no echar al menos una mirada de reojo. Lo vieron quedarse con los ojos fijos en el final de la cama, en aquella sábana que caía de forma incongruente sobre sí misma porque en el cuerpo faltaba una parte. Su mandíbula se tensó, sus ojos se llenaron de lágrimas y, finalmente, exhaló un suspiro que dijo más cosas que muchas conversaciones.

—Pásame la bandeja, anda —le pidió a Emma, aunque en sus ojos también había una súplica silenciosa de que no mencionaran aquello. Todos estaban pensando lo mismo, no hacía ninguna falta ponerlo en palabras.

Sam cenó en silencio, y Alex y Emma lo respetaron. Aquellas dos amputaciones que había sufrido Sam tenían mucho de proceso de duelo. La psicóloga del hospital lo había definido así, aunque Sam no hubiera querido ni escucharla. Y Alex y Emma se dieron cuenta en aquel momento de que era cierto. Sam tenía que llorar sus piernas como algo, una parte de sí, que había estado con él desde su nacimiento, que lo habían acompañado para caminar, correr, montar en moto, hacer deporte y cualquier otra actividad cotidiana y que, de repente, habían desaparecido. Y a su vez, también Alex y Emma, aunque no querían ni destacar el dolor que ellos también sufrían, tenían que acostumbrarse a que Sam tenía ahora una nueva realidad corporal que, para ellos, por supuesto que no cambiaba la esencia de quién era Sam, pero sí que tenían que reconocer que tenía algo de traumático verlo tan mermado físicamente. Por suerte o por desgracia, para uno y para los otros, todo sería cuestión de dejar que pasara el tiempo y se acabaran acostumbrando a aquella visión.

Alex y Emma acompañaron a Sam en el hospital durante casi las veinticuatro horas del día, de cada día. En las escasas escapadas que hacían a la cafetería, porque Sam los obligaba a ir juntos para que tuvieran algo de vida social fuera de aquella habitación, hablaron de que, en cuanto él regresara al apartamento, tendrían que retomar de alguna manera la vida anterior a aquel accidente que lo había puesto todo patas arriba. Volver a dejarse la piel en el trabajo, hacerse con un mínimo de rutinas diarias, retomar las tareas domésticas... una vida normal. Ese era en aquel momento el único sueño de sus vidas. Y sabían que lo compartían con Sam.

Durante aquellas dos semanas Sam estuvo meditabundo y muy callado. Solo él sabía los demonios internos con los que estaba lidiando, pero Alex y Emma respetaron su actitud por dos razones. La primera, que habían aprendido de la experiencia —incluso Emma— que de poco servía presionarlo; solo lo alejaba más. Y la segunda, y más importante, que ya no veían en él la misma actitud que en la anterior estancia en el hospital. Ya no estaba indolente, arisco ni desesperado. Daba la sensación de que sus silencios actuales se debían más a una reflexión

interna profunda que a la necesidad de estar ausente. De vez en cuando, incluso se relajaba y sonreía un poco; así, se parecía algo a aquel hombre al que un día habían conocido, del que se habían enamorado, al que a veces les costaba recordar.

Al fin llegó el día en que a Sam le darían el alta. Se había pasado los últimos días de ingreso buscando información en su *tablet*, y Alex y Emma habían visto un par de veces de refilón imágenes de prótesis y vídeos de redes sociales de personas con lesiones parecidas a las suyas. Imaginaron que trataba de motivarse, o al menos de saber a qué se enfrentaría en los próximos meses, y lo consideraron una buena noticia. La noche anterior los médicos los informaron de que a la mañana siguiente podrían irse a casa, así que aquella mañana se convirtió en una vorágine de recoger equipaje, organizar cosas y firmar papeleo.

—Esperad, chicos... Yo...

Algo en su tono de voz les indicó a Alex y Emma que Sam tenía algo importante que decirles. No supieron qué fue, quizá que aún seguía vivo aquel vínculo interno que nunca dejarían de compartir, pero los dos rápidamente dejaron lo que estaban haciendo, cogieron dos sillas y se sentaron junto a la cama de Sam.

—¿Qué pasa? —preguntó Emma, siempre más impaciente.

—No me atrevo a miraros a la cara para deciros esto. —Efectivamente, Sam no los miraba. Y el escalofrío de pánico que recorrió los cuerpos de Emma y Alex alcanzó magnitudes que se podrían haber medido en la escala de Richter—. Hay algo que llevo callándome desde que decidí operarme.

—¿Sam? —Alex frunció el ceño. No estaba preparado, ahora que el optimismo y el deseo de volver a la rutina empezaba a mostrar la cabeza, para que algo volviera a partirlos por la mitad—. ¿Qué está ocurriendo?

—No voy a volver a casa con vosotros.

Había ocurrido. Lo que más temían Alex y Emma en el mundo. Que se marchara, que se alejara, que el universo perfecto que habían creado durante dos años ya no fuera el lugar en el que Sam se sintiera a gusto. Terror. Dolor. Miedo. Angustia. Demasiados sentimientos negativos atravesaron los corazones de Alex y Emma en pocos segundos.

—Me han aceptado en uno de los mejores centros de terapia para amputados del mundo —siguió hablando Sam, ante el silencio sepulcral de las dos personas más importantes de su vida; decidió que ya había llegado la hora de contarles la historia completa—. Ponerme en contacto con ellos e informarme de las opciones es parte de lo que hice durante todas aquellas horas que me pasé encerrado antes de la operación. Y he seguido hablando con quienes dirigirían mi rehabilitación por correo electrónico estos días. Mañana mismo ingresaré allí.

—¡Pero Sam...! —Emma esbozó una sonrisa enorme, que Alex le imitó. No los estaba dejando, no lo estaba haciendo. Al contrario, estaba poniendo la siguiente piedra en el muro sobre el que se asentaría una recuperación que los llevaría de nuevo al hogar que habían sido los tres juntos—. ¡Vaya susto nos has dado! ¡Esa es una noticia maravillosa!

—Ya, solo que... —Sam al fin levantó la vista; lo mínimo que se merecían Alex y Emma era que él fuera valiente y los mirara a los ojos cuando dijera aquello—. Es en Londres.

—¿Qué?

—Como sabéis, mi padre fue militar en el ejército británico, antes de conocer a mi madre y de... bueno, de mandar su vida a la mierda. Nunca pensé que tendría algo que agradecerle a ese hombre al que ni siquiera conocí, pero... los mejores centros para amputados del mundo, por razones obvias, están destinados a militares. En concreto, los dos más prestigiosos son el americano y el inglés. El de aquí está en Washington, pero no admite pacientes externos al

ejército, excepto en casos muy excepcionales. El de Londres recibe pacientes militares y también a familiares si hay plazas libres. Resulta que ahora mismo, como no hay ninguna guerra demasiado cruenta para el ejército británico en marcha, hay vacantes. Es una oportunidad que no puedo desaprovechar.

—Por supuesto —convino Alex—. Nos alegramos muchísimo. ¿Sabes cuánto tiempo durará el ingreso?

—Un año, tal vez. Es imposible saberlo.

—Bueno... te echaremos muchísimo de menos —dijo Emma—. Pero no tardarás en regresar. Y el día que lo hagas, será caminando. Estoy segura.

Sam sonrió ante el eterno optimismo de Emma, que por momentos había llegado a exasperarlo, pero que ahora, después de tanto tiempo, asumía que había sido el pilar que los había mantenido a todos en pie. O todo lo en pie que estaban, que no era demasiado, ni figurada ni literalmente. Pero aquella sonrisa fue triste. Fue desoladoramente triste y Alex se dio cuenta.

—Sam... —atrajo su atención acariciando su hombro—, vas a regresar, ¿verdad?

—No lo sé.

—¿Qué? —preguntó Emma, con los ojos como platos y algo llenos de lágrimas ya.

—No sé si voy a regresar ni en qué condiciones voy a hacerlo. Ahora mismo no me puedo imaginar un escenario en el que no me apetezca regresar a vosotros, pero... un año es mucho tiempo. Y puede que incluso sea más que un año. Lo único que sé es que no quiero que me esperéis.

—¿Pero cómo puedes...?

—No, Emma, déjame hablar a mí. —Sam resopló. Lo que iba a decir era el equivalente verbal a clavarse astillas bajo las uñas, pero también era su obligación. Y ya era hora de que dejara de mirarse el ombligo y pensara en las dos personas que más lo querían en el mundo—. Vosotros... os conocéis desde niños. Nunca habéis dejado de quereros, de una manera o de otra. Estáis tan enamorados entre vosotros como podéis estarlo de mí, o yo de vosotros, porque, aunque me haya esforzado durante un año en demostraros lo contrario, os aseguro que ni por un segundo dejé de sentir que me abriría el pecho y me arrancararía el corazón por vosotros.

—Sam... —A Alex se le escaparon las emociones en un gemido sollozante.

—Necesito que viváis. Que volváis a ser algo, algo bonito, algo grande. Yo era el que menos aportaba, joder. Vosotros solos, sin mí, sois mejores que cualquier pareja que haya conocido en toda mi vida. Intentad olvidar el horror que ha sido el último año.

—¿Y por qué no podemos hacerlo mientras esperamos a que regreses? —Ahí estaba su Emma, la chica combativa que no pensaba dejar que nadie le dictara las normas de su propia vida.

—Porque no podréis hacerlo de forma plena si estáis esperándome, recibiendo llamadas, mensajes, informes sobre mi recuperación... No podéis seguir pendientes de mí, joder. Lleváis así un año, casi sin trabajar, sin atender a nada más que a un tío que ha dado más problemas que soluciones. —Sam tuvo que dejar de mirar a Emma porque sentía que ella tendría siempre la capacidad de disuadirlo incluso de aquello de lo que más seguro estaba. Y de aquella huida a Londres estaba segurísimo.

—¿Eso significa que no sabremos nada de ti?

—Creo que es lo mejor. Para todos. Yo tengo que estar cien por cien concentrado en lo que tendré entre manos porque toda mi vida depende de ello. Lo siento si suena egoísta, porque ya habéis aguantado por mi parte más egoísmo en un año del que nadie debería tolerar en toda una vida. Pero si estoy pensando en volver cuanto antes, seré impaciente, me precipitaré en la rehabilitación... y no es eso lo mejor en este momento. Quiero dedicar el tiempo necesario, sea un

año o sea más, solo a volver a caminar. A exprimir esa opción hasta que lo consiga o hasta que alguien me diga que me rinda porque es imposible. Y no sé cuánto tiempo tardaré. No pienso teneros esperando. No pienso dejar que os pudráis delante de un teléfono esperando una llamada con un montón de husos horarios de distancia. Os echaré tanto de menos que me parecerá que, además de las piernas, me han cortado el alma, pero... estoy convencido de que será lo mejor para todos.

—Pero nos moriremos de preocupación, joder...

—Emma. Te entiendo. —Sam se incorporó un poco y la cogió de la mano. Se la besó, y ella tuvo la sensación de que hacía años que no lo tenía tan cerca como en ese momento—. Pero... ¿sabes eso de que no tener noticias significa buenas noticias?

—Eso es una m...

—No seas malhablada. —Le hizo una caricia en la nariz, en un tono de broma que hizo que todo fuera un poco más distendido. Solo un poco—. Eso es cierto. Por supuesto, dejaré vuestros datos de contacto en la clínica para que, si me ocurriera cualquier cosa, si necesitaran recurrir a un familiar directo para venir a buscarme, para ayudarme o para... lo que sea, sea a vosotros a quienes llamen de inmediato. Así que sí, Emma, que no sepáis nada de mí... probablemente signifique que todo va bien.

—Pero...

—Déjalo, Emma. —La voz de Alex, aunque algo rota, nunca había sonado con tanta autoridad como en aquel momento—. Sam tiene razón. Es lo mejor. No sé si para nosotros, probablemente sí. Pero es lo mejor para él.

Si Sam hubiera albergado alguna duda sobre la necesidad de que Alex y Emma se rehicieran juntos en su ausencia, la interacción de sus miradas en los siguientes segundos la habría despejado. Todas sus palabras no habían servido para convencerla. Una sola frase de Alex había obrado la magia.

—¿Cuándo te marchas? —preguntó Emma, aún muy seria pero ya más calmada.

—Mi avión sale esta tarde. —Sam bajó la cabeza, avergonzado—. Siento muchísimo no haber tenido el valor para decíroslo antes, pero... creo que no habría hecho más que entristecernos antes de tiempo. Estos quince días en el hospital han sido duros —Sam hizo una mueca al recordar algunos momentos de dolor físico a los que él se había enfrentado, y que Alex y Emma habían presenciado— pero también bonitos.

—Vamos a casa —dijo Alex, al tiempo que cogía la mochila de Sam del suelo—. Tendrás que hacer el equipaje.

La despedida fue dura. Sam había contratado un servicio de transporte para personas con discapacidad para que lo acercara desde el apartamento hasta el aeropuerto. No quería decirles adiós a Alex y Emma en una fría terminal, rodeados de pasajeros. Lloraron mucho mientras se decían adiós. Vieron abrirse un montón de incertidumbres que quizá no tendrían respuesta antes de un año... que tal vez no la tuvieran nunca, en realidad. Volvieron a besarse, como no lo habían hecho desde antes del accidente. A tumbarse juntos en el sofá y dejar que sus cuerpos estuvieran tan cerca que se transmitieran piel a piel todo lo que sentían. No hubo sexo. No fue necesario. Ni siquiera les apetecía. Solo querían acariciarse, besarse y recordarse cuánto se habían amado. Cuánto se amaban aún. La esperanza de volver a reencontrarse pronto aún flotaba en el aire. Parecía tan sencillo... Sam se recuperaría, en la medida de lo posible, y regresaría. Volverían a ser quienes nunca debieron dejar de ser.

Pero la vida no era tan sencilla. Y un año —o más— era mucho tiempo. Los sentimientos podían enfriarse, podían conocer a otras personas, encontrar otras motivaciones en la vida... Tal

vez Alex y Emma no fueran capaces de rehacerse sin Sam y sus caminos se separaran de tal manera que nunca volverían a ser tres. Quizá Sam encontrara su lugar en Londres y no le quedaran ganas de volver a cruzar el charco en un viaje de regreso. Las opciones eran muchas, eran infinitas. Y es precioso creer que el amor puede con todo, pero Sam, Alex y Emma eran personas realistas y sabían que... casi nunca es así.

Eran las seis de la tarde cuando se dijeron adiós por última vez, en el umbral de aquel apartamento en el que habían vivido algunos de los mejores momentos de sus vidas. En el que habían formado una pareja de tres, una familia de tres. En el que habían conocido el significado de la palabra «plenitud». Allí... se dijeron adiós sabiendo que quizá nunca volverían a verse.

20

Londres

Sam llegó a Londres aterrorizado como no lo había estado nunca. Ni siquiera cuando recibió las primeras malas noticias tras su accidente había tenido tanto miedo. Al fin y al cabo, incluso en el peor momento de su vida, estaba dentro de su zona de confort, en su ciudad y con las personas a las que más quería en el mundo. Pero allí, al otro lado del océano, en un país donde se encontraban las raíces de su familia paterna, pero que jamás había visitado, se encontraba solo. Como un niño tímido que llega por primera vez a una guardería en la que no conoce a nadie. Con la única ventaja a su favor de que él ya pasaba de los treinta y cinco, pero la enorme desventaja de que no podía caminar y ni siquiera se movía con soltura con la silla de ruedas.

Salir del aeropuerto, en el momento en que los asistentes para personas con movilidad reducida lo dejaron, no resultó fácil. Subirse y bajarse del taxi... mucho menos. Y cuando al fin se vio ante las puertas automáticas de la clínica de rehabilitación de Battersea, ya había un temblor extendiéndose por todo su cuerpo. El dolor físico tampoco ayudaba. La cirugía de la pierna derecha estaba aún muy reciente y los famosos dolores fantasma lo estaban volviendo loco. Hasta le picaban los dedos de un pie, cosa que era imposible porque —y eso no conseguía olvidarlo ni un segundo— él ya no tenía pies.

Al menos los trámites de ingreso fueron rápidos y sencillos. Y el personal de la clínica debía de estar acostumbrado a tratar con todo tipo de pacientes, porque no se extrañaron ni con su actitud ni con la magnitud de sus lesiones. Lo instalaron rápidamente en una habitación individual —gracias a Dios; no podía ni plantearse tener que relacionarse con un compañero de cuarto— y le dieron unos cuantos folletos informativos sobre las normas del centro y las rutinas a las que tendría que acostumbrarse mientras estuviera allí. Lo agradeció con algo parecido a una sonrisa: no habría podido soportar, especialmente después de un vuelo transoceánico doloroso e incómodo, una charla aleccionadora.

El plan de trabajo en la clínica era multidisciplinar. Estaba por un lado la parte médica, en la que varios doctores de diferentes especialidades continuarían con la recuperación que se había iniciado en San Francisco. Todos esperaban que Sam no tuviera que volver a pasar por quirófano, porque su cuerpo ya había sido muy maltratado por las múltiples cirugías. A partir de aquel momento, se esperaba que su piel se recuperara de forma adecuada y no necesitara recurrir a injertos dolorosos y de lenta recuperación. Y si eso estaba bien, los huesos tampoco parecía que fueran a dar problemas. Las visitas médicas serían más de supervisión que de actuación directa.

Por otra parte, estaba la fisioterapia. Ahí es donde Sam tendría que redoblar esfuerzos. El plan era que, al fin, empezara el plan de trabajo para volver a caminar. O para intentarlo, al menos. Habría fisioterapeutas, osteópatas y prótesis implicados. El muñón de la pierna derecha aún tenía que curar, pero en cuanto lo hiciera empezaría la adaptación de esas prótesis en las que Sam pensaba con ansiedad, ilusión y miedo, en proporciones diferentes según el día.

También había un equipo de psicólogos al servicio de los pacientes que se encontraban allí ingresados. Al principio Sam pensó que no podrían aportarle mucho a él, porque aquella era una clínica militar y las terapias se especializaban en el tratamiento del estrés postraumático, la afección más común entre quienes regresaban de la guerra con heridas en su cuerpo y en su alma. Pero pronto le hicieron entender que lo que a él le había ocurrido no era muy diferente. Su vida había saltado por los aires en un accidente de moto como las de sus compañeros de convalecencia

lo habían hecho por culpa de una bomba o un ataque terrorista.

Pronto Sam se adaptó a la rutina. Le dolía reconocerlo, pero la ausencia de Emma y Alex, aunque dolía tanto como las heridas abiertas de su piel, le hacía bien. Con ellos cerca, aunque en la práctica hiciera todo lo contrario, estaba demasiado preocupado por hacerlos felices, por que continuaran con sus vidas, por que superaran el accidente aunque él mismo no lo hiciera. Allí, en Londres, estaba como aislado del mundo real, y lo único de lo que tenía que preocuparse era de seguir el estricto plan de trabajo que habían ideado para él quienes dirigían su recuperación.

Cada mañana comenzaba muy temprano con la ronda de los médicos. Por suerte, todo iba bien en ese sentido, así que Sam podía respirar tranquilo al menos en un aspecto. A continuación, tocaba un desayuno sano, que primero le servían en su habitación, pero pronto le exigieron, dado que su situación física lo permitía, que bajara al comedor y se sentara a la mesa con otros seres humanos, que tampoco eso lo iba a matar. El resto de la mañana consistía en tareas combinadas de fisioterapia y terapia ocupacional. Poco a poco fueron trabajando en la adaptación de sus prótesis, pero tampoco se olvidaban de enseñarle lo que sería, para el resto de su vida, la rutina de Sam. Aprender a transferirse de la silla de ruedas a diferentes superficies, como la cama, un sofá, una silla o el asiento de un coche. Moverse con soltura sin que sus brazos y manos sufrieran lesiones colaterales por el esfuerzo. Ducharse. Ir al cuarto de baño. Actividades cotidianas, que la inmensa mayoría de habitantes del planeta realizan sin plantearse, y que para él siempre serían diferentes. Y cuanto más sencillas y naturales le resultaran, mejor sería su futuro.

Después de una comida —también sana—, llegaba un rato libre, que él solía emplear en dormir una siesta, ya no por aquella indolencia que lo había caracterizado durante el año siguiente al accidente, sino porque siempre había sido remolón y en Londres parecían ser demasiado madrugadores para su gusto. Bueno... y también porque llevaba casi un año antes de ingresar en la clínica convertido en una persona completamente sedentaria y sus nuevas rutinas lo dejaban agotado.

Las tardes eran el momento de las terapias psicológicas, que Sam al principio recibió con el morro torcido, pero que acabó reconociendo —con el paso de los meses— que lo ayudaban.

Aunque, si hubiera que mencionar una gran ayuda para Sam en sus primeros meses en Londres, no sería ninguna de las anteriores. Algunos de los otros pacientes, con los que compartía las comidas, le habían comentado que había bastantes voluntarios que dedicaban unas cuantas horas de su tiempo libre a visitar a los ingresados. Muchos de ellos eran de fuera de Londres y no tenían familia o amigos en la ciudad que pudieran visitarlos, así que esa era básicamente la tarea de los voluntarios. Y a él, que era probablemente el que más lejos tenía a su gente, le tocó en suerte Lena Bouvier.

La primera vez que Sam vio a aquella mujer pequeña y algo pizpireta entrar en su cuarto en su silla de ruedas, pensó que era otra paciente. Hasta que ella se presentó, Sam descubrió que también era de San Francisco —y eso creó una indudable empatía entre ellos— y ya en la segunda o la tercera frase dejó a Sam boquiabierto:

—Mi tarea aquí es que saques la cabeza de dentro de tu culo y te espables. Porque tú puedes pensar que ahora mismo tu vida es una puta mierda por el accidente, pero en realidad lo es por tu actitud.

Aquello podría haber acabado fatal, pero... no lo hizo. Al contrario. Su franqueza y resolución tocaron algo en el interior de Sam y se convirtieron en algo parecido a amigos. Ella le contó la historia de su propio accidente, de cómo se había quedado parálitica después de un accidente de tráfico cuando era solo una adolescente que se dirigía a Pekín para participar como gimnasta en los Juegos Olímpicos. Y Sam comprendió que, precisamente por eso que había dicho Lena de

tener la cabeza metida en su propio culo, ni siquiera se había planteado que había mucha gente ahí afuera con situaciones igual de jodidas que la suya. O más, incluso. Él aún tenía la oportunidad de volver a ponerse en pie algún día, soñaba con volver a caminar porque esa era una posibilidad real... Lena, en cambio, se había encontrado a los quince años con la noticia de que jamás volvería a caminar, ni a correr, ni a practicar su deporte favorito, ni a disfrutar del sexo, ni siquiera a saber cuándo necesitaba ir al baño. Y ahí estaba, exprimiendo la vida al máximo, dirigiendo desde su silla de ruedas un proyecto profesional que la había llevado al otro lado del mundo y sin compadecerse de sí misma ni una sola vez.

—Así que la clave está en consolarme con que hay gente que está peor que yo, ¿no? —le preguntó una tarde, durante una de sus visitas, medio en broma, medio en serio.

—Pues suena un poco absurdo, pero... sí. Pero no siempre tienes que compararte con otras personas; también puedes hacerlo con lo que sería tu vida si en el accidente hubieras tenido *aún* más mala suerte. Podrías estar muerto, supongo que alguna vez lo habrás pensado.

—Claro —reconoció Sam.

—O podrías haberte destrozado la cabeza, el cuello... estar paralizado de por vida, convertirte en un vegetal... No suena bonito eso de perder las dos piernas, Sam..., pero hay cosas mucho peores, créeme.

—Si ya lo sé, Lena, pero... a cada uno le duele lo suyo.

—Por supuesto. También ayuda bastante tener algo realmente importante por lo que luchar. Que todos deberíamos luchar por nosotros mismos, sí, pero... es más fácil si tienes la posibilidad de recuperar un trabajo que te apasiona, una pareja a la que adoras y quieres recuperar... algo así.

—¿Tú lo tienes? —se atrevió a preguntar Sam. Las conversaciones se habían convertido en algo muy íntimo en poco tiempo.

—Ahora sí. —La sonrisa de Lena fue radiante—. Bueno... Ahora justo estoy en un momento algo complicado, pero... hay una persona. Y mi trabajo me ha apasionado siempre.

—¿Una persona? —le preguntó Sam, con una sonrisa irónica, porque le había hecho gracia la manera de expresarlo de Lena.

—Un tío —le respondió ella, resoplando—. Se llama Nick, está en San Francisco y he huido de él como una cobarde. Pero esa es otra historia. Yo ahora ya no voy a derrumbarme por mi lesión. Lo difícil fue cuando era una cría.

—Fuiste muy valiente —le dijo Sam, porque no podía callárselo.

—Soy muy valiente. Y también soy muy cotilla. —Le guiñó un ojo—. Así que cuéntame qué te has dejado tú en San Francisco.

Y entonces Sam se derrumbó y le contó toda la historia. Sintió un alivio enorme cuando comprobó que Lena no juzgaba la naturaleza de su relación. Lo creyó cuando él dijo que eran tres personas enamoradas y no tuvo prejuicios que lo pusieran en duda. Sam incluso lloró —cosa que lo mortificó bastante— cuando le confesó a Lena lo mal que los había tratado. Cómo los había perdido, porque huir lejos fue la única manera que encontró de dejar de destruirles la vida. Cuando la narración, que había durado más de tres horas, acabó... había lágrimas en los ojos de ambos.

—Moriría por recuperarlos, Lena —susurró él, porque la voz se le había ido rompiendo poco a poco—. No. Moriría por que ellos fueran felices. Con o sin mí.

—Ya lo sé. —Ella asintió con la cabeza—. Pero te equivocas en la forma de expresarlo. Por lo que me has contado..., no creo que ellos lleguen a ser cien por cien felices sin ti. No seas tan imbécil de pensar que podrán olvidarte. Y deja de utilizar el verbo «morir». Nadie quiere que mueras. Solo volverás a ellos si te recuperas.

—Para eso estoy aquí. Para intentar volver a caminar y que mi vida se parezca lo más posible a...

—No, no me has entendido. Recuperar eso. —Lena se acercó y, con el dedo índice, tocó la cabeza de Sam. Y a continuación, el corazón—. Y esto. No creo que ellos esperen que llegues y corras un maratón. Querrán que vuelvas a ser la persona que eras antes, lo cual no tiene absolutamente nada que ver con que tengas o no piernas.

Poco a poco, esas conversaciones con Lena fueron calando en Sam. Su ánimo se iba recuperando día a día, y él mismo se sorprendía al darse cuenta de cuantísimo tiempo había pasado en una tiniebla imposible de soportar. Pero el día que vio a Lena entrar en su cuarto acompañada por un tío muy guapo, que cojeaba un poco pero sonreía mucho... tuvo pavor a que ella lo abandonara. No había dudas de que aquel era Nick.

—Hoy no vengo a darte el coñazo con lemas motivadores. —Los dos se rieron—. Vengo a presentarte a Nick y a decirte que...

—Que te marchas —acabó él la frase, porque prefería decirlo que escucharlo.

Se despidió de Lena, de aquella mujer que tal vez nunca sabría lo importante que había resultado para su recuperación emocional, con promesas de volver a verse cuando llegara el lejano día en que Sam regresara a San Francisco. Cuando ella salió de la habitación, Sam sintió el primer bajón grave desde que había ingresado en la clínica. Pensó que no sería capaz de seguir sin el apoyo de aquella mujer cada tarde, sin contarle sus pequeños avances diarios, sin sentirse acompañado.

Pero las primeras veces lo salvaron. Porque, en las siguientes semanas, llegaron muchas primeras veces para Sam. La primera vez que le probaron las prótesis, la primera vez que fue capaz de hacer todo el proceso —desde levantarse hasta pasarse a la silla y llegar por sí mismo al comedor— sin necesidad de contar con ayuda... Y, por encima de todo, la primera vez que se puso en pie. Las prótesis que le habían probado eran aún provisionales, de aprendizaje, mucho más básicas que las que esperaban que pudiera utilizar en el futuro. Pero él sintió que eran las mejores del mundo cuando pudo mirar a los ojos, a la misma altura, a su doctor, que estaba de pie a su lado, vigilante de que no se fuera al suelo a la menor oportunidad. Quedaban meses para que fuera capaz de caminar, y tal vez nunca llegara a hacerlo sin el apoyo de unas muletas o un bastón, pero verse de pie después de más de un año fue el empujón que necesitaba para no dejar de luchar.

No todas las primeras veces fueron agradables, claro. Después de unos primeros pasos dolorosos y titubeantes, llegaron las primeras caídas. Manejarse sobre unas prótesis, dos en el caso de Sam, y además de diferentes tamaños, no era nada fácil, ni siquiera para un tío que había sido siempre ágil. La tercera o la cuarta vez que se cayó al suelo, no recordó protegerse y acabó lesionándose una muñeca. Solo fue un esguince, pero los médicos prefirieron escayolársela y eso lo tuvo dos o tres semanas de vuelta de nuevo en la inmovilidad y la dependencia absolutas. Y Sam ya se había desacostumbrado a esa situación y la frustración se lo comió.

—Tienes que tener paciencia, Sam. —El doctor resoplaba, también él frustrado, junto a la cama de Sam, que no había dejado de protestar en toda la visita rutinaria de la ronda—. Debes ser consciente de la importancia que tienen tus muñecas, que van a tener toda tu vida. Aunque vuelvas a caminar, es probable que necesites muletas. Y la silla de ruedas va a ser necesaria siempre. Así que no puedes arriesgarte a no recuperar bien este esguince o será peor el remedio que la enfermedad.

—¡Ya, joder! Si todo eso es fácil de decir, pero... ¡tendrías que verte en mi situación para comprender lo jodido que estoy! —chilló él, pero al médico lo impresionó muy poco.

De hecho, fue Sam el que se quedó con la boca abierta cuando el doctor, con un gesto condescendiente que se merecía la situación, levantó las perneras de su pantalón de pinzas y le mostró a Sam dos prótesis metálicas en el lugar donde deberían haber estado sus piernas.

—Basora. Año 2007. Soy médico militar y estuve varios años destinado en Oriente Medio. En el último despliegue, un artefacto explosivo casero alcanzó el vehículo militar en el que estaba. Pasé tres meses en coma y nadie daba una libra por que fuera a sobrevivir. Cuando desperté, descubrí que no tenía piernas. Los efectos de la metralla habían sido tan graves que tuvieron que amputarme las dos poco por debajo de la ingle. Pasé tres años en una silla de ruedas y fui aprendiendo a caminar muy poco a poco. Tardé unos ocho años en ser capaz de moverme sin muletas. Aún hay días en que me duelen tanto los muñones que me cuesta trabajar. Pero mi sueño siempre fue salvar vidas y a eso me agarré para salir adelante. Llevo ya muchos años trabajando aquí, viendo casos similares al que yo viví. Así que...

—Lo siento —se sintió obligado a decir Sam. Había metido bien hasta el fondo la pata, nunca mejor dicho.

—... teniendo en cuenta que, técnicamente, tengo incluso menos piernas que tú —el doctor ignoró la disculpa—, créeme que puedo entender lo frustrado que te sientes.

«Siempre hay alguien que está peor que tú». Joder. Cuánta razón había tenido Lena al decirle aquello. No es que fuera a consolarse en la desgracia de su médico, pero sí que le había dado unos ánimos increíbles saber que había convivido con aquel hombre durante meses sin darse cuenta siquiera de que era un amputado. Sí era cierto que cojeaba un poco, pero Sam nunca pensó que le ocurriera algo más grave que una rodilla algo tocada por jugar al tenis o una lesión similar. Aquello le dio muchas más esperanzas de llegar a recuperar algún día una vida normal.

Y siguieron llegando las primeras veces. Sam ya se había convertido, en aquellos meses, en todo un experto en manejar la silla de ruedas, con la que era ágil e intrépido. Se había llevado algún susto por arriesgar demasiado, pero el resultado había sido lograr moverse con total fluidez por cada rincón del hospital. Así que... estaba claro cuál sería el siguiente paso. Salir a la calle. Y agradeció tener la oportunidad de hacerlo en Londres, donde nadie lo conocía, donde, si recibía alguna mirada de lástima, sería de personas a las que no volvería a ver jamás. Aunque al principio le costó mucho, acabó acostumbrándose a dedicar un par de horas cada tarde a recorrer los alrededores de la clínica de Battersea en su silla, a veces solo, a veces acompañado por otros compañeros de convalecencia. Incluso un par de veces se lanzó a la aventura de coger el metro —asegurándose previamente de que las estaciones estaban adaptadas para usuarios de sillas de ruedas, que no era algo en lo que Londres destacara precisamente— y conocer algunos de los puntos turísticos más célebres de la ciudad.

La adaptación a las prótesis continuaba su curso, lento pero progresivo. Los avances eran tan pequeños, vistos desde fuera, que no parecía haber demasiado avance, pero Sam aprendió a mirar con perspectiva y darse cuenta de cuánto había mejorado en unos cuantos meses. Ya caminaba cada día alrededor de cuarenta y cinco minutos, a veces dando vueltas monótonas en las barras paralelas de la sala de rehabilitación, a veces en una cinta de caminar. Entonces, llegó el momento de lanzarse a hacerlo con un andador, que acabó por odiar y pronto cambió por unas muletas que lo acompañarían quizá el resto de su vida. Probó diferentes opciones de muletas, bastones y andadores hasta que encontró el apoyo ideal para sentirse seguro al caminar. Y, entonces, de nuevo, se lanzó a las calles. Sabía que era mucho más cómodo y práctico utilizar pantalones cortos, por si tenía que echar una mano rápida a las prótesis en algún momento, pero él no se sentía cómodo aún atrayendo las miradas. Quizá nunca lo haría. Así que se puso sus pantalones vaqueros de siempre y, pasito a pasito, fue avanzando cada día un poco más.

Cuando llevaba casi un año en Londres, los doctores empezaron a hablar de darle el alta. Su condición médica ya no iba a mejorar, fuera eso bueno o malo. Los muñones estaban fuertes —sus horas de gimnasio le había costado conseguirlo— y la piel que los recubría, aunque siempre sería una cuestión de la que estar pendiente, no le había dado más disgustos que algunas dolorosas ampollas cuando él había abusado demasiado de las prótesis, por culpa de su impaciencia natural.

Los terapeutas ocupacionales le daban un sobresaliente a su recuperación. Sam se movía con la silla de ruedas mejor que la mayoría y había logrado una independencia plena a la hora de ir al cuarto de baño, asearse, realizar pequeñas tareas domésticas y, en general, en todo aquello que constituiría su rutina. Lo advirtieron varias veces de que la vida fuera no sería tan sencilla como en la clínica, en la que todas las instalaciones estaban adaptadas para sillas de ruedas, pero que los inconvenientes con los que se encontraría en la *vida real* eran tan imprevisibles que tendría que ir sorteándolos a medida que surgieran.

Los fisioterapeutas y protésicos también estaban satisfechos. Para aquellas fechas, Sam ya caminaba con muletas en terrenos lisos e incluso era capaz de dar algún paso sin necesidad de apoyarse en nada. Quedaría trabajo por hacer, seguiría mejorando si nada se torcía, pero ya no tenía sentido pasarse las veinticuatro horas del día ingresado en un centro específico. Estaba preparado para volver a casa y, simplemente, tendría que buscarse un especialista en rehabilitación que lo ayudara de forma ambulatoria.

Incluso los psicólogos, que habían tenido que lidiar con la parte más complicada de la recuperación de Sam, estaban satisfechos con su evolución. Quedaban complejos por superar, frustraciones que vencer y escollos que, en realidad, tampoco eran muy diferentes de los que encontraba cualquier persona cuando una gran piedra se derrumba ante sus ojos en el camino que tenían previsto para sus vidas.

Estaba preparado para volver a casa. Eso decían todos, pero... ¿lo estaba de verdad? Quizá sí físicamente, quizá sí emocionalmente, quizá sí funcionalmente. Pero, para él, «volver a casa» no era coger un avión y regresar a San Francisco. No era recuperar del fondo de su mochila las llaves del apartamento y retomar su trabajo en el estudio de tatuajes, suponiendo que este siguiera existiendo. Para Sam, volver a casa era volver a ellos. A los dos amores de su vida, en los que no había dejado de pensar ni un solo día en todo el año. A los que no había dejado de amar como lo que eran, los dos pilares en los que se asentaba todo lo que soñaba tener Sam para el resto de su vida. Y el miedo que tenía dentro no era a encontrarse obstáculos físicos, que sabía que los tendría, ni al dolor en su cuerpo, ni a los complejos, miedos o prejuicios con los que se fuera a encontrar en los años que le quedaran por delante. El miedo real de Sam era que Alex y Emma ya no lo quisieran a su lado. Que hubieran continuado con sus vidas, juntos o por separado, y que él ya solo fuera un mal recuerdo del pasado; quizá dulce si pensaban en aquellos dos años maravillosos que habían compartido, pero demasiado empañado por el horror de persona en que se había convertido Sam tras el accidente.

Pero Sam Thornton había aprendido una lección mientras atravesaba aquel infierno del que al fin veía el final. Y es que el miedo nunca es un buen compañero de viaje. Volvería a San Francisco. Y se dejaría el aliento que le quedaba para volver a recuperar aquella felicidad que a ratos parecía un sueño irreal. Pero no. Aquello había ocurrido. Y si había una mínima posibilidad de que regresara, no sería él quien dejara de luchar para recuperarlo.

Cuando pase un año

La vida también había continuado en San Francisco. Las primeras semanas después de la marcha de Sam habían sido horribles. A Emma y a Alex se los comía la preocupación, la intriga por saber cómo le iría al otro lado del mundo, el miedo a que fracasara, a que sufriera, a que estuviera solo. Al fin y al cabo, ellos se tenían el uno al otro, pero Sam no tenía a nadie. Emma trataba de tranquilizar a Alex, diciéndole que la falta de noticias eran buenas noticias, porque, si Sam se hubiera visto desesperado en Londres, los habría llamado para que lo rescataran. Alex callaba, pero estaba en radical desacuerdo con ese pensamiento. Tenía la sensación —probablemente acertada— de que Sam no los llamaría en un mal momento. Ya habían presenciado demasiados de esos y Sam se había marchado precisamente para alejarlos de ese dolor. Eso no habían tardado demasiado en entenderlo.

La añoranza estuvo a punto de volverlos locos aquellas primeras semanas. Echaban de menos los buenos tiempos, como llevaban meses haciendo, pero, sobre todo, añoraban a Sam. A él, como persona, como el hombre maravilloso que siempre había sido y que había perdido su rumbo al mismo tiempo que su autonomía física. Solo podían cruzar los dedos para soñar con que las cosas estuvieran yéndole bien en Londres.

Pero la vida se fue normalizando. Un día, se descubrieron haciendo una limpieza general en el cuarto de invitados, el que había sido la cueva de Sam durante aquellos meses de dolor. Fue duro guardar muchos de sus enseres en el armario, en los cajones de la cómoda, en un par de cajas que había bajo la cama, pero... lo habían hecho. Otro día, se rieron a carcajadas cuando Emma se tiró un café encima y la mancha que dejó la bebida en su camiseta tenía una cierta forma fálica. Los sorprendió tanto escuchar sus propias risas que intercambiaron una mirada llena de esperanza. Quizá algún día el halo de tristeza que lo llenaba todo se fuera diluyendo.

Alex y Emma eran pareja. Habían conseguido volver a serlo a pesar de la ausencia de la tercera arista de aquel triángulo perfecto que habían formado con Sam. Se gustaban, se querían y estaban enamorados el uno del otro. Además, compartían ese amor que sentían por otra persona y que no les restaba nada, sino que sumaba. Sumaba porque podían compartir el dolor sin miedo a que el otro sintiera celos. A los dos les faltaba algo. Eso era así y ninguno pretendía negarlo.

Pero, además de pareja, Alex y Emma eran familia. Lo habían sido desde niños. Por eso sobrevivieron durante los primeros meses, porque había un sentimiento de amor mucho más profundo que el enamoramiento. Sobrevivieron cada uno de ellos de forma individual y sobrevivieron como conjunto.

Un día, más de cuatro meses después de que Sam se marchara, Alex y Emma se reencontraron como pareja, como los seres sexuales que eran. Como dos personas jóvenes que seguían sintiendo, que seguían teniendo instintos, que seguían atrayéndose entre las sábanas, aunque todo lo ocurrido hubiera dejado esa faceta en *stand-by* durante meses de nuevo tras la marcha de Sam. Se acostaron, se acariciaron, se corrieron. Y, al acabar, lloraron. No porque hubiera sido malo el sexo —nunca lo era cuando ellos estaban implicados—, ni porque se sintieran culpables —que no lo hacían—. Lloraron porque allí faltaba algo. Faltaba alguien. En el sexo, sí, pero sobre todo en el amor.

Pero los meses fueron pasando y las aguas se fueron templando. La rutina tomó el mando y los días fueron adquiriendo un ritmo lógico, tranquilo, pausado. El sexo dejó de traer aparejadas

lágrimas y regresaron los jadeos, los gemidos, el placer. Consiguieron volver a ser felices, siempre con el rumor de la nostalgia resonando en sus oídos, pero felices, al fin y al cabo. Se lo debían a sí mismos... y se lo debían también a Sam.

Hacía once meses que Sam se había marchado y Emma y Alex no habían tenido ni una sola noticia suya. Ni una llamada, ni un mensaje, ni una carta. Sabían, porque se habían informado tanto sobre asuntos médicos durante los primeros meses tras el accidente, que la rehabilitación de unas lesiones como las de Sam era un proceso largo y lento. En los días optimistas, lo imaginaban en ese proceso, avanzando un pasito más cada día. Literalmente. Quizá ya puesto en pie, adaptándose a sus prótesis o, si eso no había funcionado, aprendiendo a hacer una vida normal en su silla de ruedas. En los días en que los nubarrones se instalaban sobre sus cabezas... preferían ni pensar en cómo podría estar. En si habría abandonado la rehabilitación, en si se encontraría solo y perdido en Londres, en si habría vuelto a Estados Unidos pero prefería mantenerse alejado de ellos...

—Dentro de poco hará un año del día que se marchó —susurró Alex. Estaban los dos tumbados en la cama, desnudos, después de decirse con sus cuerpos lo que con palabras repetían a todas horas. Que se querían, que algún día solo habría felicidad.

—Lo sé. —Emma se incorporó un poco en la cama y se ciñó la sábana bajo los brazos. La desnudez no le parecía el estado ideal para mantener esa conversación—. He pensado mucho en esa fecha últimamente.

—¿Sí?

—Sí.

—Quizá lo mejor que deberíamos hacer ese día es irnos a trabajar como si fuera cualquier otro día del año, un día normal... E intentar pensar lo menos posible.

—Pues... yo creo que no —dijo Emma, frunciendo el ceño—. Creo que deberíamos convertir ese día en un punto de inflexión.

—¿En qué sentido?

—En el de... que el día en que ya haya pasado un año, dejemos que la vida empiece de cero. Ya no habrá primeros aniversarios. Ya habremos superado el día de su cumpleaños, el del mío, el del tuyo, el aniversario del día que regresaste, de la primera vez que nos dijimos «te quiero», «os quiero», el del día del accidente, el del día que se marchó... Y si sobrevivimos a todos esos días, probablemente signifique que podemos sobrevivir a cualquier cosa.

—¿Crees que porque pase un año dejaremos de echarlo de menos, Emma?

—No. Claro que no. Pero dolerá menos.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Porque ya me funcionó una vez. —Emma respiró hondo y lo miró a la cara; Alex fruncía el ceño, sin entender muy bien a qué se refería ella—. Cuando fuiste tú el que se marchó.

Alex le dirigió una sonrisa triste y le dio un beso lleno de amor, de promesas que sabía que esa vez sí cumpliría. Se quedaría con ella para siempre.

Ojalá Emma hubiera podido leerle el pensamiento. O simplemente confiar en que Alex estuviera seguro de eso. Porque ella sabía que la quería, nunca lo había dudado. Pero también había sabido que la quería en la universidad..., pero se había marchado y la había dejado con el corazón roto en mil pedazos. Tampoco tenía ninguna duda de que Sam la adoraba..., pero se había marchado y había reabierto las heridas del abandono que habían conseguido cicatrizar con muchos años de esfuerzo. A Emma se le dibujó una sonrisa al escuchar la respiración pausada de Alex; se había quedado dormido. A ella también la estaba atacando el sueño, pero, antes de cerrar los ojos, no pudo evitar pensar si siempre iba a acabar perdiendo a la gente a la que quería. Si siempre iba a acabar siendo ella la abandonada.

Despertaron algo más de una hora después. La tarde había robado luz a la ciudad y la habitación dibujaba sombras en sus paredes. Alex se espabiló antes que Emma y encendió la luz tenue de la mesita de noche. Miró a Emma y pensó en lo preciosa que era. A él podían gustarle los hombres, pero no era imbécil a la hora de juzgar la belleza femenina. Y la hermosura en estado puro era la cara de aquella mujer que, incluso recién despertada, con el pelo enmarañado, los labios algo hinchados y los ojos entrecerrados, era tan bonita que dolía.

—Creo que tienes razón, Em... —le dijo, en cuanto supo que ella ya había reconectado el cerebro tras la siesta—. El día que haga un año... dejaremos el duelo.

—¿Sí?

—Guardaremos sus cosas en el trastero del garaje. No voy a decir que lo olvidaremos, porque es evidente que eso nunca pasará del todo, pero quizá ese día marque el momento de asumir... que Sam es pasado.

—Que nunca será más que un recuerdo —completó Emma aquel pensamiento tan triste. Tan lleno de dolor.

Los dos se quedaron remoloneando en la cama el resto del día, aunque estuvieron más meditabundos que habladores. Emma sabía que aquella *teoría del primer año* era una buena idea. Hubo un día en que ella había llegado a pensar que nunca superaría la marcha de Alex, pero... ocurrió. Y fue muy feliz con Sam antes de que Alex regresara, aunque no tanto como cuando fueron tres. Nunca ninguno sería más feliz que cuando habían sido tres. Tal vez ahora también funcionara, pero... ¿por qué no acababa de creérselo?

Alex, por su parte, no dudaba que lo que Emma proponía era lo más sano. Sam llevaba casi un año sin dar señales de vida, y eso podía significar muchas cosas, pero una de ellas era, indudablemente, que había continuado con su vida sin mirar atrás. Dudaba que fuera la opción más probable, pero... debían estar preparados si era así, si nunca más volvían a saber nada de él. No podían pasarse el resto de sus vidas esperando a un fantasma sin enloquecer.

Quizá por eso fue incongruente lo que cada uno de ellos pensó por su lado. Algo que podrían haber compartido en voz alta, porque a Alex y a Emma los unía un hilo tan potente que estaban pensando exactamente lo mismo al mismo tiempo. A los dos se les ocurrió una idea. Loca, arriesgada, puede que insana. Pero una idea al fin y al cabo. Podrían dedicar el día del aniversario de la marcha de Sam a hacer todo lo posible por olvidarlo. O podían... hacer algo mejor.

El regreso

El nivel de nervios que tenía encima Sam podría haber generado la energía suficiente para que el avión en el que estaba hubiera atravesado el Atlántico sin necesidad de más combustible. No es que los procesos previos al vuelo hubieran sido demasiado agradables, pero al menos lo habían mantenido distraído. Cuando había volado en sentido contrario, de San Francisco a Londres, iba con los sentidos tan anestesiados que no se había dado cuenta de la pesadilla que era subirse a un avión siendo usuario de silla de ruedas. Pero a la vuelta había tenido que resignarse a depender del personal de la aerolínea para abordar su vuelo, aunque esa era una buena prueba de fuego para testar algo que le habían repetido mucho en la clínica: que tenía que trabajar su tolerancia a la frustración asumiendo que ya nunca volvería a ser cien por cien independiente. Bueno... estaba en ello, al menos. Y sentado en el asiento 11C de aquel avión trasatlántico descubrió que cualquier incomodidad merecería la pena si al llegar a su ciudad, la que siempre lo había sido, encontraba el final feliz con el que soñaba.

Hacía ya un año que había dejado San Francisco. Y allí, a los dos amores de su vida. Un año exacto desde el día en que tomó la primera buena decisión en mucho tiempo: marcharse lejos para dejar de hacerles daño. Y también para encontrar el camino de vuelta a su vida, tratar de volver a caminar y muchas otras cosas que algún día estaría orgulloso de haber conseguido, pero... lo cierto es que, en el momento en que se marchó, lo hizo solo porque no podía soportar herirlos a diario.

En el trayecto en taxi entre el aeropuerto de San Francisco y el apartamento en el que había vivido los momentos más felices de su vida, no dejó de pensar en cuántas cosas podrían haber cambiado en un año. Moría de ganas por ver a Emma y a Alex, a quienes no solo no había olvidado durante su estancia en Londres, sino que estaba seguro de que lo que sentía por ellos se había multiplicado. Pero no tenía ninguna garantía de que pudieran recuperar aquello que habían tenido y que tan felices los había hecho. Le costó mucho tiempo, pero al fin en el hospital de Londres había asumido que su condición física no tenía por qué ser un impedimento para ello. Si Alex y Emma de verdad lo querían —y no tenía ninguna duda de que lo habían hecho... de que quizá aún lo hicieran—, no lo rechazarían por muy duras que fueran sus lesiones físicas. Así que Sam tuvo que enfrentarse a la verdad más jodida de todas: que si ellos no querían saber nada de recuperar aquella relación a tres, sería por culpa de todo el daño que les había hecho con su actitud después del accidente. Un año era mucho tiempo, pero creía que Alex y Emma no lo habrían olvidado, pero tal vez... tal vez se hubieran dado cuenta de que vivían mucho más tranquilos sin aquel tío amargado que había resultado ser Sam.

Era un año sin saber nada de ellos. Se había hecho al marcharse la promesa de no ponerse en contacto con ellos hasta volver a ser el hombre que siempre quiso ser y, cuando al fin lo consiguió, no tenía ya sentido seguir lejos, así que... en vez de llamar por teléfono o enviar un mensaje, como una persona normal, allí estaba, ante la puerta de entrada a su edificio, cruzando los dedos para que las cosas no hubieran cambiado demasiado en su ausencia. Alguna vez se había planteado si Alex y Emma habrían seguido juntos sin él. Y aunque pensó que una ráfaga de celos pasaría por su mente al imaginarlos, en realidad se sorprendió cruzando los dedos para que así fuera, para que se hubieran tenido el uno al otro durante aquellos tiempos duros, para que, si todo salía mal para él, al menos pudiera irse con la tranquilidad de que algo bueno hubiera salido

de los dos maravillosos años de edén que habían compartido los tres. A veces pensaba en aquella época y llegaba a parecerle irreal aquella felicidad, recordada desde el dolor.

Él sabía lo suyo: estaba enamorado. De Emma. De Alex. De los dos a la vez, como conjunto y por separado. Y también del concepto de ellos tres juntos que ojalá fuera posible recuperar. Con eso como bandera, se atrevió a llamar al timbre.

Emma y Alex estaban pasando una mañana horrible. A pesar de que habían planeado salir a pasar el sábado por la ciudad, no consiguieron animarse a hacerlo, porque no conseguían sacarse de la cabeza que ese día hacía justo un año de la marcha de Sam. Un año sin verlo, sin sentirlo, sin hablar con él, sin tener una sola noticia sobre su recuperación... o la ausencia de ella. Habían querido creer que esa falta de noticias significaba buenas noticias, pero los ánimos flaqueaban cuando la añoranza se les hacía bola en la garganta.

Cuando sonó el timbre, Emma ya había llorado tres veces y Alex, dos. Se miraron un segundo, como preguntándose uno al otro si habían hecho algún pedido que pudiera justificar la presencia de un mensajero ante su puerta, pero no llegaron a pronunciar la duda en voz alta. No hubo tiempo. Cuando Emma abrió la puerta y se encontró ante ella a Sam, a un Sam de pie, erguido, apoyado en la jamba, no pudo hacer otra cosa que sollozar su nombre y abrazarse a él con una fuerza que fue un auténtico milagro que no tirara a Sam al suelo.

—Sam...

Esas tres letras alertaron a Alex, que había querido albergar la fugaz esperanza de que su hombre, el amor de su vida, hubiera recordado aquella efeméride y la llamada al timbre lo devolviera a sus vidas. Cuando alcanzó en dos largas zancadas el umbral del apartamento, encontró a las dos personas que más quería en el mundo con sus cuerpos aferrados y los ojos cerrados. Sam los abrió, Alex vio un par de lágrimas escapando de ellos. E hizo lo único que el cuerpo le permitió. Se acercó a Sam, puso la mano en su nuca y lo besó con un ansia que posponía cualquier conversación porque, en aquel momento, mandaba el instinto.

Sam volvió a sentirse pleno, por primera vez en casi dos años, con la lengua de Alex dentro de su boca y Emma tan pegada a su torso que casi parecían un solo cuerpo. Una sola alma.

Se separaron después de un tiempo eterno que se les hizo cortísimo. Sam tardó un poco en enderezarse y recuperar la estabilidad que aún no había logrado del todo. Alex y Emma se fijaron en que, tras él, estaba su silla de ruedas con la mochila que se había llevado un año atrás colgada en el respaldo. Todos necesitaron unos minutos para reponerse, secarse las lágrimas y entrar en el salón-cocina que daba acceso a la vivienda.

—Pero ¿por qué no nos has llamado para que te fuéramos a buscar al aeropuerto? —le preguntó Emma, para romper el hielo, porque el comienzo de aquel reencuentro había sido esperanzador, pero ahora de repente estaba nerviosa por lo que Sam pudiera ir a decirles.

—Porque... ser capaz de llegar aquí yo solo, sin depender de nadie, es parte de todo lo que quería demostrarme. Nunca he necesitado tanto hacer algo por mí mismo como venir a veros.

Alex asintió, Emma salió al rellano para meter dentro la silla de ruedas y se fijó en que Sam caminaba con cierta soltura, aunque con una mano apoyada en la pared hasta que llegó al sofá.

—Bueno... —Alex se plantó frente a Sam y le sonrió—. ¿Una cerveza?

—Por favor. —Sam le devolvió la sonrisa, y ellos se dieron cuenta de que hacía tanto tiempo que no veían aquel gesto que les pareció la obra de arte más bella que habían tenido jamás delante.

—¿Cómo estás? —le preguntó Emma, en cuanto Alex regresó del frigorífico con tres latas de Budweiser—. Joder, cuéntanos... ¿Cómo te han ido las cosas? Tienes un aspecto increíble, si te sirve de algo que te lo diga.

—¿Cómo no me va a servir! Es genial saber que por fuera se nota que ya no soy aquel tío que se marchó hace un año. —La mirada de Sam se ensombreció al recordar aquellos momentos y decidió iniciar la conversación con lo primero que tenía que decirles. Era una obligación casi—. Antes de nada, quiero pedirlos perdón por aquello. No voy a excusarme con mi situación, porque mi comportamiento durante aquellos meses no admite disculpas. Me comporté como un cabrón, en ningún momento pensé en vuestro dolor y sé perfectamente que os hice mucho daño. No creo que nunca llegue a perdonarme del todo, pero me sentiría muy aliviado si supiera que no me guardáis rencor. O que no me lo guardaréis para siempre, al menos.

—Aquello está olvidado —dijo Emma—. Bueno, no sé si olvidado, porque olvidarlo sería no aprender nada de ellos, pero...

—Por supuesto que está perdonado —terminó Alex la frase—. Y tu dolor no era una excusa. Era real. Demasiado.

—Ignoremos el pasado, Sam. —Emma lo miró y la sonrisa se le dibujó sola—. Cuéntanoslo todo sobre este año. Dónde has estado, qué has hecho, cómo te encuentras.

—Vale, vale. —Él levantó las manos en señal de rendición—. No sé ni por dónde empezar. Supongo que por pedirlos perdón de nuevo por no haberme puesto en contacto, pero... necesitaba evitar añoranzas que interrumpieran mi recuperación. Os echaba de menos a diario, pero tenía que centrarme en conseguir ser el hombre que pretendía antes de volver a casa.

—¿Y lo has conseguido?

—Por fuera... quedan algunos arreglos de chapa y pintura por hacer, pero por dentro... creo que sí. ¿Puedo contaros lo que ha sido este año?

—¿Es que no sé a qué estás esperando! —Emma se desesperó—. Me mata la curiosidad.

—Está bien, señorita impaciente. —Todos se rieron a carcajadas—. He estado todo el año en Londres, todo el año en la clínica de rehabilitación, de hecho. Ni siquiera salí de ella en los primeros seis meses. Tenía muchísimo trabajo físico que hacer y en eso nos centramos las primeras semanas. Recuperar tono muscular, curar las cicatrices de los muñones, ganar fuerza, aprender a usar la silla de ruedas de verdad... Creo que nunca había sudado tanto, aunque en Londres hace un clima de mierda que casi me hacía echar de menos el de San Francisco.

»A los cuatro meses de llegar, más o menos, me adaptaron las primeras prótesis. Fue... extraño. Por un lado, la alegría increíble de volver a ponerme de pie, aunque tuvieran que sujetarme por todas partes porque ni siquiera me mantenía por mí mismo. Y por otra, la sensación de que aquellas cosas extrañas estarían siempre unidas a mí. He tenido una especie de relación de amor-odio con ellas, pero... no me queda más remedio que acostumbrarme. Ahora ya las voy sintiendo como parte de mí, pero... ha sido un proceso muy lento, del que aún me queda mucho. Hace más o menos seis meses di mis primeros pasos solo. Agarrado a las barras paralelas de la sala de rehabilitación, pero... yo solo. Eso sí que fue alucinante, joder, ojalá hubierais estado allí para verlo.

La emoción se apropió de ellos. Todos derramaron lágrimas porque aquella frase parecía simple, pero encerraba sentimientos muy complejos, muy enraizados.

—¿Llevas, entonces, unos seis meses caminando? —preguntó Alex, para romper un poco la tensión.

—Bueno... caminando, caminando... Igual es una expresión demasiado optimista. —Sam torció el gesto, pero acabó esbozando una sonrisa—. Di mis primeros pasos hace seis meses, sí.

Tampoco podía dedicar muchas horas a ir aprendiendo a caminar porque hay que ir usando las prótesis poco a poco para evitar que se hagan ampollas, que he descubierto en estos meses que son mis peores enemigas. Además, no todo es caminar en terreno liso. Me pasé un mes solo para aprender a subir escaleras. Bajarlas... aún me da pánico. Pero si algo he aprendido, y quizá eso sea lo más importante de todo, es a tener paciencia.

—Pues ya me darás la receta —le dijo Alex, con una sonrisa que Sam pilló al vuelo—, para aplicársela a Emma, más que nada.

—¡Idiota! —Ella le dio un puñetazo cariñoso en el brazo, a pesar de que sabía que Alex tenía razón.

—¿Puedo enseñar...? —Sam resopló. Cómo le costaba aquello, maldita sea—. ¿Puedo enseñaros cómo funciona esto? Quiero decir... Es difícil para mí hacerlo, pero... creo que es necesario darle normalidad ya de una vez.

—Pues claro.

Sam volvió a resoplar. Y a continuación se echó hacia delante en su asiento y se agachó para remangar las perneras de sus pantalones vaqueros. Alex y Emma mantuvieron su cara lo más neutra posible, no porque el instinto les pidiera rechazar aquella visión, ni muchísimo menos, sino porque sabían que cualquier gesto podría ser malinterpretado por Sam en un momento de tanta tensión. La pierna derecha terminaba un poco por debajo de la rodilla y, de ahí hacia abajo, había una prótesis de color gris oscuro, con un mecanismo similar a una bisagra —bastante sofisticada— en el tobillo. Cuando Sam se descalzó, pudieron comprobar que el pie estaba replicado de una forma bastante realista, casi como si fuera el suyo real. El pie izquierdo era similar, pero en el lugar de la pantorrilla de Sam había una vara metálica que unía el mecanismo del tobillo con una rodilla biónica en la que brillaba una pequeñísima luz verde que, dedujeron Alex y Emma, significaría que tenía la batería cargada.

Sam les hizo una pequeña demostración de cómo funcionaban lo que él llamó *sockets*, una especie de calcetines de silicona que protegían lo que quedaba de sus piernas para que las prótesis no lo rozaran ni le hicieran daño. Debía ponérselos siempre antes de usarlas, ya que en ellos estaba el mecanismo de enganche que unía los muñones con sus nuevas piernas. No fue más de media hora de explicación en total, pero Alex y Emma tenían la sensación de haber aprendido muchísimo sobre amputaciones y adaptaciones protésicas, algo de lo que nadie sabía demasiado si no le tocaba de cerca.

—Todavía no me animo a salir a caminar sin muletas. —Sam hizo un gesto de fastidio con la cara—. Me siento muy inestable, pero voy mejorando. Esos pasos que he dado hoy para entrar en casa... han sido los primeros sin usar bastón ni muletas ni nada. Quería que fueran aquí. *Tenían* que ser aquí.

Todo lo que hablaban era emoción pura. «Entrar en casa». Qué bonito había sonado.

—Y dentro de casa tendré que usar siempre, o casi siempre, la silla de ruedas, para evitar sobrecargar las piernas. Y hay una cosa que quiero dejar clara antes de que hablemos de nada determinante para el futuro. —Sam los miró con una profundidad que a Alex y Emma los asustó, sobre todo ante la mención del futuro—. Estoy en el mejor momento que tendré nunca. O lo estaré, si todo sigue su curso, dentro de unos meses. Me ha costado muchísimo asumirlo, pero la realidad es que mi estado físico seguirá un declive progresivo. Con sesenta años, mucha suerte tendría que tener para seguir caminando con una doble amputación. Lo más probable es que dentro de quince o veinte años, o los que sea, mi vida esté atada de forma definitiva a una silla de ruedas.

—¿Y cómo te hace sentir eso? —le preguntó Emma.

—Resignado —afirmó Sam, con convicción—. No voy a decir que sea la ilusión de mi vida,

igual que no voy a caer en esos tópicos de decirnos que el accidente ha sido una experiencia positiva por todo lo que he aprendido sobre valorar la vida. Yo ya adoraba estar vivo antes de que me pasara esto. Ojalá nunca hubiera ocurrido. Pero me ha costado más de un año entender que la vida no tiene botón de rebobinado y que tengo que tirar para adelante con las circunstancias que vayan surgiendo en cada momento. Habrá días malos, por supuesto que los habrá. Y pequeñas frustraciones cuando no pueda hacer algo que deseo de la misma manera que lo hacía antes de perder las piernas, pero... ¿qué otra opción tengo más que aprender a vivir así? ¿Matarme? No, creedme, eso ni siquiera ha sido una opción jamás.

Alex y Emma sonrieron al escucharlo aferrarse a la vida. Habían temido demasiadas veces que se le escapara entre los dedos por no haber encontrado argumentos para agarrarse a ella.

—Te veo muy centrado —se le escapó a Emma—. Perdona que lo diga así, pero...

—Pero es la verdad —reconoció Sam—. O eso intento, al menos. Os he explicado el proceso físico, pero es más complicado hacerlos entender el psicológico. Ha sido arduo, complicado y, al final, la aceptación ha llegado casi sin que me diera cuenta. Trabajándolo mucho, pero sin esperanzas de que saliera tan bien como al final ha salido. Lo cierto es que eso no puedo explicároslo sin hablaros de Lena...

—¿Lena? —La voz de Emma se convirtió en un chillido agudo, que acompañó con una mirada que era puro fuego. Puros celos. A Alex se le congeló una sonrisa de pavor en la cara ante la mención de aquella mujer que ni sabían quién era.

—Tranquilos, tranquilos. —Sam se dio cuenta de que debería haber dicho quién era Lena antes de mencionarla delante de dos personas con las que lo unían tantos sentimientos, así que no pudo evitar las carcajadas nerviosas—. No es lo que creéis. Lena es una chica parapléjica, de aquí, de San Francisco, que estuvo trabajando unos meses como voluntaria en la clínica en la que yo estaba ingresado. Por si os tranquiliza —los miró con una sonrisa pícaro—, está tan enamorada de su novio, Nick, que caga corazones de gominola. Ni siquiera creo que se diera cuenta de que yo era un hombre. Pero... hablando en serio, sin ella no creo que hubiera hecho el cambio de chip que mi cerebro necesitaba.

—¿Y cómo lo consiguió? —Emma no lo reconocería, pero en aquella pregunta también había un rastro de celos. No románticos, no afectivos, no sexuales, pero... sí por que ella hubiera sido capaz de conseguirlo y ni Emma ni Alex lo hubieran logrado.

—Explicándome su situación y su filosofía de vida. Tal vez sea algo que solo podemos comprender los que hemos visto como nuestro cuerpo nos traiciona de la forma más cruel posible. Ella se quedó en una silla de ruedas, para siempre, sin solución posible, cuando tenía quince años y era una deportista de élite. Estuvo casi un año sin poder mover más que los ojos, así que, el día que consiguió tener independencia gracias a la silla de ruedas, ni siquiera le importó no poder caminar, no tener el control de esfínteres o las muchas lesiones que llevaba implícitas una inmovilidad como la suya.

—Mmmm... —Alex reflexionó en voz alta—. ¿Consolarse en que siempre hay alguien que está peor?

—Sí, algo así. Que siempre puede haber alguien más jodido que tú y, sobre todo, que habría sido fácil que ni siquiera tuviéramos la oportunidad de seguir viviendo. Ella también sufrió un accidente de tráfico. Y los dos tenemos muy claro que un centímetro más aquí o más allá en esos accidentes y, en vez de enfrentándonos a una discapacidad funcional de por vida, estaríamos enterrados bajo tierra.

—Ni siquiera lo menciones, por favor. —Emma no fue capaz de reprimir un escalofrío.

—Pero, sobre todo, Lena me enseñó que no hay mejor motivación para salir adelante después

de un hecho tan traumático que tener un objetivo por el que luchar. —Sam exhaló un suspiro sonoro, que atrajo las miradas fijas de Emma y Alex. Había llegado el momento de la verdad, los tres lo sabían—. Y mi objetivo en la vida es volver a vivirla junto a vosotros. Mi objetivo... sois vosotros.

La suerte estaba echada. Aunque no había suerte, en realidad. En aquella sala había tres personas, y todas deseaban lo mismo. Bendito fuera el amor.

—Bueno... y vosotros... ¿cómo... qué habéis...? —Sam se frotó los ojos con los dedos; tenía tanto miedo que no le salían las palabras—. ¿Qué tal ha ido este año?

—Pues... las cosas no han sido fáciles, como imaginarás —reconoció Alex—. Al principio estábamos muy... ¿perdidos? Quizá esa sea la palabra más adecuada.

—Sí, lo es —confirmó Emma.

—La verdad es que llegó un momento en que nos propusimos olvidarte —soltó Alex de repente, consiguiendo que a Sam y a Emma el corazón se les saltara un latido—. Es la realidad, no podemos negarlo. Hace algunas semanas tomamos la decisión de seguir con nuestras vidas sin mirar atrás, justo el día que hiciera un año de tu marcha. Justo... hoy.

—Vaya. No me digas que os he estropeado los planes. —Las palabras de Sam podían parecer bordes, pero las acompañó por aquella sonrisa canalla que había sido marca de la casa antes de que todo se derrumbara, y Alex y Emma entendieron la ironía a la perfección.

—Lo cierto es que no —le confirmó Emma con una sonrisa—. Nos lo propusimos y estuvimos muy decididos a que fuera así... durante un par de días. Y a continuación hicimos esto. —Emma se levantó y les hizo un gesto para que la siguieran—. ¿Necesitas ayuda?

—Quizá... no me vendría mal un brazo al que agarrarme —reconoció Sam, Alex se acercó de inmediato y juntos emprendieron el recorrido turístico que Emma le había preparado mentalmente a Sam, por unos lugares que había diseñado sin atreverse siquiera a soñar que él algún día los conociera.

—He leído bastante sobre viviendas accesibles en los últimos tiempos. Vergüenza debería de darles en la facultad no enseñarnos más sobre eso. El caso es que... ya sabíamos que en casa tendrías que moverte en silla de ruedas, así que se me ocurrió esto. —Emma se acercó a la cocina, que parecía la misma de siempre, excepto por algunos pequeños detalles sin importancia, y accionó un botón que elevaba el suelo en una especie de pasarela flotante—. El suelo ahora se levanta lo suficiente como para que una persona en silla de ruedas pueda acceder a prácticamente todos los armarios y, por supuesto, a los fuegos de la cocina, el horno, el microondas, la nevera...

Sam no salía de su asombro ante todo lo que Emma y Alex habían creado antes siquiera de saber si él volvería a dar señales de vida algún día. Se habría echado a llorar si la curiosidad no se hubiera llevado por delante la emoción. Emma seguía caminando y se dirigía a la zona de los dormitorios. Alex aprovechó que ellos iban detrás y con un paso más lento para comentarle a Sam que en el estudio de tatuajes lo esperaban. Es más, que su ausencia lo había convertido casi en un mito y había una lista de espera de casi un año desde el momento en que se incorporara al trabajo. Sam abrió la boca de par en par por la sorpresa, pero aquel dato fue crucial para que recibiera el último impulso necesario para recuperar cada faceta de su vida, la laboral incluida.

—Supongo que no te habrás dado cuenta porque he sabido disimularlo muy bien, pero estas puertas tienen ahora el tamaño ideal para que puedas pasar por ellas y girar sin llevarte golpes en las manos ni quedarte atascado. —El recuerdo les voló a todos a aquel nefasto día en que Sam se había quedado atrapado en el pasillo, pero la alegría del presente era demasiado grande como para verse eclipsada por el dolor del pasado—. Hemos cambiado la cama. Ahora, además de ser más ancha y cómoda, tiene también ese cabecero —Emma lo señaló— que resiste mucho peso,

para que puedas utilizarlo para impulsarte, moverte, pasarte a la silla... sin necesidad de que nadie te ayude ni riesgo de que se venga abajo al hacer fuerza sobre él. Y lo mejor es que parece una pieza de diseño. La verdad es que soy la hostia en mi trabajo, ¿verdad?

—La mejor —dijo Sam, porque el nudo de la garganta no le permitía articular más palabras.

—Y la más modesta —bromeó Alex.

—Por supuesto, los dos cuartos de baño están adaptados. Hay asideros junto al inodoro, también en la ducha y un banco para que puedas asearte sentado. Al principio íbamos a hacer la reforma solo en el baño del dormitorio principal, pero al final decidimos que, ya metidos en obras, mejor en los dos, para que no tengas que estar pendiente de si uno está libre, el otro ocupado o lo que sea. Y... creo que eso es todo. Aunque, si te quedas a vivir aquí —Emma carraspeó, nerviosa; no se podía creer que esa decisión la hubiera mencionado de una forma tan superficial—, seguro que te van surgiendo necesidades para las que, seguro, encontraremos una solución.

—¡Ah! Y otra cosa —recordó Alex—. La comunidad de vecinos ha aprobado el inicio de la obra para que el ascensor baje hasta el garaje. Tardará un par de meses, pero, a partir de ahí, podrás usar los coches sin problema. Los dos. Tanto el todoterreno como el Mini... les hemos hecho los cambios necesarios para que puedas conducir desde unos mandos en el volante.

—Tendré que aprender a hacerlo, entonces, porque... no tengo ni idea —reconoció Sam, que ni se había planteado aprender aún a conducir, cuando ni siquiera había logrado caminar del todo—. No me puedo creer todo lo que habéis hecho —dijo, al tiempo que se sentaba sobre la cama—. No... no sabía que me queríais tanto.

—Pues ojalá hubiéramos sabido demostrártelo mejor —dijo Emma, con un deje de pena en la voz.

—¡No! —la corrigió Sam—. No es eso, por Dios. Es simplemente que... no sabía que podía existir un amor tan grande como para que alguien haga todo esto por una persona que ni siquiera sabes si regresará... y que no se portó demasiado bien antes de irse.

—Existe... —susurró Alex y, realmente, no quedaba mucho más que hablar. Con una mirada se lo dijeron todo. Que sí. Que lo iban a intentar. Bueno, no... en realidad se dijeron que lo iban a conseguir.

—Al final te has salido con la tuya en lo de la reforma, ¿eh, Emma? —le dijo Sam, con un cariño infinito tiñendo su voz.

—Sí. Y he puesto lo mejor de mí, lo poco que podía hacer a distancia, en beneficio de este *nosotros* extraño y perfecto que construimos.

—Y que pretendemos que dure para siempre —aportó Alex, por si no hubiera quedado claro que aquella era una proposición en firme.

—No he venido solo a visitaros —afirmó Sam—. He venido para quedarme.

Sam se sintió tan seguro de lo que decía... como inseguro solo unos minutos después, cuando, tras besarse todos para celebrar la buena noticia de que volvían a ser tres, de que volvían a ser uno, Emma le dio un pequeño empujón en el pecho para que él se quedara tumbado. Se encaramó a horcajadas sobre él y se agachó para besarlo hasta que lo dejó sin aliento. Alex no tardó en unirse, tumbándose junto a Sam y acariciándole el pecho en los escasos espacios que Emma dejaba libres.

—Os quiero... —Sam había abierto la boca para decirles que no se sentía demasiado seguro de que fuera buena idea aquello, pero se dio cuenta sobre la marcha de que era el miedo el que hablaba por él. Y él no quería volver a tener tanto miedo que le impidiera disfrutar de las cosas buenas de la vida. Así que les dijo las únicas palabras que podían resumir todo lo que sentía—.

Os quiero muchísimo.

—Y nosotros a ti —habló Alex por los dos.

—Fóllame, Emma —se atrevió a pedir Sam—. Algún día volveré a follaros yo a vosotros, pero hoy... necesitare ayuda.

Ahí estaba la clave. Tener la confianza suficiente en tu pareja, en *tus parejas*, como para reconocer que te aterriza desnudarte delante de ellos porque tu cuerpo ha cambiado demasiado. Y que ellos lo entiendan. Y que ni le den importancia. Alex y Emma no intentaron desnudarlo. Emma se había encaramado a horcajadas sobre él, desabrochándole solo un par de botones de los vaqueros, pero sin intentar que aquello que aún hacía sentir algo acomplejado a Sam quedara tan a la luz del día que pudiera eclipsar todo lo demás que iba a pasar en el dormitorio.

En cuanto su polla se hundió en el interior de Emma, Sam supo que aquello iba a ser rápido. Hacía más de un año que no se corría. Tardó muchísimo tiempo en recuperar las ganas, un mínimo de libido, y, cuando al fin lo hizo, ya no quiso que fuera a solas. Todo de él, toda su esencia, hasta la más primitiva, sería para Alex y Emma. Pero, además de rápido, también supo que sería bueno.

—Ven aquí —le dijo en un susurro a Alex, que los miraba desde la cercanía con el deseo pintado en los ojos. Estaba como hipnotizado por aquella imagen tan erótica y que llevaba tanto tiempo deseando volver a presenciar.

Alex se acercó y Sam se apresuró a bajarle el pantalón de chándal que llevaba. Su erección hasta rebotó frente a la cara de Sam. Estaba tan excitado por el cuerpo desnudo de Emma subiendo y bajando sobre Sam, con sus grandes pechos al aire, por los gemidos que emitían ambos... que habría podido correrse con poco más que una mirada. Y cuando sintió la lengua de Sam acariciando su glande, tuvo que agarrarse a aquel cabecero de la cama tan moderno y comprobar si realmente era resistente.

La perfección debe de ser eso que ocurre entre tres personas que llevan un año sin verse, que han sufrido traumas de esos que pueden marcar una vida, que han tenido siempre una relación que quizá muchas mentes no podrían concebir, que albergan complejos entre las sábanas que tardarán tiempo en curarse... y, sin embargo, logran correrse de forma absolutamente simultánea la primera vez que vuelven a encontrarse.

Con tres sonrisas y un abrazo a tres bandas, Sam, Alex y Emma se dijeron todo aquello que las palabras no alcanzaban a expresar. Que se querían. Que aquello había sido fantástico. Que estaban agradecidos a la vida, a pesar de todo. Y que en aquella casa, entre aquellas paredes y aquellos brazos, todos habían encontrado su lugar en el mundo. Su lugar en el amor.

Epílogo

Cuatro años después

Sam no se podía creer los números que reflejaban las velas de aquella tarta. Un cuatro y un cero que todos los presentes en su salón sabían lo que significaban. Que tenía cuarenta. Cuarenta años. Joder.

Emma y Alex lo miraban y se reían. A carcajadas, en ocasiones. Y no es que ellos tuvieran muy lejano entrar en la siguiente década, pero esperaban sinceramente no llevarlo tan mal cuando llegara el momento como lo estaba llevando Sam.

Aunque en el fondo... todos sabían que era una pose. Incluso el propio Sam. Porque, si algo había aprendido en la vida, en la dura vida que le había tocado vivir, era que precisamente eso, el hecho de estar vivo, era algo tan bonito para celebrar que daba igual que las velas señalaran un cuarenta o un sesenta y dos.

Habían pasado cuatro años desde su regreso a San Francisco después de aquel año en Londres que le abrió los ojos y lo devolvió a la vida. Y cada mañana se seguía levantando dando gracias por haber sido capaz de encontrar la senda de regreso. No es que las cosas fueran siempre fáciles, pero todo merecía la pena si pensaba en que había llegado a cumplir los cuarenta con algo muy parecido a la felicidad anidando en su pecho y, sobre todo, con Alex y Emma amaneciendo a su lado, cada uno a un lado de su cuerpo.

Lo primero que hizo Sam cuando regresó a San Francisco fue ponerse de nuevo al frente de su estudio de tatuajes. En muchas horas de terapia en Londres, en aquel centro de rehabilitación al que le estaría agradecido el resto de su vida, había entendido que para recuperar lo más parecido a una vida normal... debería empezar por retomar las rutinas que aún eran posibles de su vida anterior. Así que, dando gracias cada día a sus trabajadores por haber mantenido el estudio en pie y a Alex por haberlo gestionado todo incluso durante el tiempo en que no sabía si él regresaría algún día, volvió al trabajo. Solo tuvo que hacer algunas pequeñas modificaciones de accesibilidad para que le resultase cómodo tatuar en su nueva condición física y... volver a ser él mismo. Aquella lista de espera de un año que parecía una leyenda urbana no lo fue, en realidad. Muchos fans de su trabajo habían visto incentivadas sus ganas de tatuarse por la larga ausencia de Sam y acudían en masa a su estudio. Incluso Alex y Emma tuvieron que decirle un par de veces que rebajara el ritmo, que tampoco era cuestión de que acabara sufriendo un ataque de estrés por las ganas locas de volver a trabajar. Aunque en realidad estaban encantados de que volviera a sentirse pleno en ese sentido.

La recuperación física fue lenta, algo que Sam había tardado en asumir y que aún le provocaba frustraciones cuando algo se torcía. Después de su regreso, tardó más o menos un año en ser capaz de caminar sin necesidad de usar muletas ni bastón. No fue sencillo, aún cuatro años después le costaba enfrentarse a escaleras o terrenos irregulares, así que Emma consiguió convencerlo de que no era necesario que aspirara a que todo fuera perfecto siempre y que podía llevar un bastón plegable en su mochila. A regañadientes, pero él hizo caso. A punto de cumplir los cuarenta, conseguía caminar con bastante fluidez la mayor parte de tiempo que estaba fuera de casa, recurriendo a ayudas solo cuando se alejaba de los terrenos que eran su zona de confort. En casa, por el contrario, usaba casi siempre la silla de ruedas. No le gustaba hacerlo —podían pasar cuatro años o doscientos, que eso no cambiaría—, pero sabía que era el precio que debía pagar si

quería que las prótesis funcionaran como debían. Si abusaba de ellas, sus muñones tendrían más desgaste y podrían formársele ampollas. Así que venció rápido aquella especie de pudor que le daba que Alex y Emma lo vieran en la silla y ellos enseguida se acostumbraron a que esa era la nueva imagen de Sam y... no les gustaba ni un ápice menos que la que habían conocido siempre.

El sexo fue... perfecto. Quizá era a lo que más miedo había tenido Sam durante su larga ausencia de un año en Londres. Y, sin embargo, fue lo más sencillo. Porque en ese universo paralelo que creaban cuando estaban los tres juntos entre las sábanas, eran perfectos. Todo fluía, no había secretos, ni prejuicios ni complejos. Solo placer, morbo y ganas. No tardaron más de dos noches en encontrar las posturas perfectas, aquellas en las que Sam no echaba de menos nada de lo que había tenido antes, en las que no sentía las ausencias, las pérdidas.

Y así, entre días de retomar la rutina y noches de pasión, todo volvió a fluir.

Hacía un par de años que Sam se había encontrado una sorpresa realmente agradable al hacer entrar a su cabina del estudio a una chica que había pedido cita para un tatuaje. Cuando vio que su clienta entraba en el cubículo en una silla de ruedas, sintió una oleada de solidaridad, porque justo además aquel día él había decidido utilizarla en el trabajo, para dar algo de descanso a sus maltrechas piernas. Pero al mirarla a la cara y reconocerla, a punto estuvieron las lágrimas de brotar de sus ojos. Porque aquella mujer era Lena Bouvier, la primera cara amiga que se había encontrado en la clínica de rehabilitación de Londres, la primera que le había hablado claro y le había dicho que su recuperación dependería solo de él mismo. Que los médicos harían su trabajo, los fisioterapeutas el suyo, pero que, si él no tomaba la decisión en firme de exprimir al máximo las posibilidades que le ofrecía la vida, nada merecería la pena. Y que si realmente amaba a Alex y a Emma como decía hacerlo, no se le ocurría una razón más importante por la que luchar con todas sus fuerzas.

Aquella conversación con Lena había provocado algún tipo de clic dentro de la cabeza de Sam. Él siempre la había recordado como el punto de inflexión que lo había impulsado a dejarse el alma en el intento de recuperar su antigua vida. O mejor... de construir una nueva, con aquella nueva realidad que se le había cruzado en el camino en una carretera de las afueras de San Francisco, y ser feliz. Algo que, hasta aquel momento, creía que le estaría vetado. Algo que Lena, de la mano de su novio Nick en aquella última visita al hospital, parecía ser por encima de todas las cosas.

Muchas veces había pensado en llamarla después de regresar a California. Sabía que ella era entrenadora de baloncesto en silla de ruedas en la Universidad de Berkeley y supuso que no le habría costado localizarla. Pero lo había ido posponiendo y, al final, había sido ella quien había surgido en su estudio de tatuajes. Aquel día le tatuó una pieza de puzle y la abrazó muy fuerte. Compensó aquella dejadez en haberla llamado con la sinceridad de una conversación en la que no titubeó al explicarle lo importante que había sido para él en su proceso de recuperación. La sonrisa no le cabía en la cara a Lena cuando supo que la relación de Sam con Alex y Emma no solo había vuelto a ser lo que era, sino que había salido reforzada de aquella experiencia tan traumática.

Dos días después de aquella cita profesional, Lena y Nick estaban invitados a cenar en el apartamento de Sam, Alex y Emma. Fue la primera de muchas noches compartidas, en la que todos se abrieron con los demás y se convirtieron en grandes amigos. A Sam no le pasaba desapercibida la paradoja de que, después de pasar los peores momentos de su vida, los de mayor aislamiento, había acabado teniendo más relación con amigos de la que había tenido en toda su vida. Porque a Lena y Nick los siguieron Jamie y Annie. Él era jugador en el equipo de baloncesto adaptado que entrenaba Lena y mantenían una relación de amor-odio que los hacía a todos reír, porque sabían

que había muchísimo más de lo primero que de lo segundo. Para Sam, además, era reconfortante ver que varias personas que habían pasado por experiencias traumáticas similares a la suya continuaban con sus vidas normales. Aunque hubieran sobrevivido a un infierno, o precisamente por ello.

Jamie había sido en el pasado un jugador de baloncesto de élite, hasta que un accidente de esquí, cuando estaba en lo más alto de su carrera, lo había truncado todo y lo había dejado recluido en casa durante una década, hasta que Annie apareció para salvarlo. La vida de la propia Annie tampoco había sido fácil. Había sido víctima de una violencia machista insufrible, que había acabado dejándole secuelas físicas de por vida. Lena, por su parte, había pasado por una experiencia muy similar a la de Jamie, quizá por eso se entendían tan bien. Era una gimnasta olímpica que apenas acababa de entrar en la adolescencia cuando un accidente de coche la había dejado paralizada de cintura para abajo. Y siempre había mirado a la vida con optimismo, pero no fue hasta que conoció a Nick cuando dejó entrar también en ella al amor. Él tuvo que dejar su carrera profesional como futbolista por un estúpido accidente casero y, aunque sus secuelas eran mínimas, entendía bien muchas de las frustraciones de Sam.

Con tanto deportista en su renovado grupo de amigos —en el que Alex y Emma habían encajado como si los conocieran de toda la vida, tal vez porque jamás juzgaron su relación, sino que incluso la admiraban—, fue inevitable que acabaran convenciendo a Sam para que incorporara el deporte a sus rutinas. No solo las horas que él pasaba en el gimnasio fortaleciendo la parte superior de su cuerpo, para que fuera más sencillo moverse en la silla de ruedas. También el deporte en equipo, que añadía un plus a la práctica. Llevaba ya unos cuantos meses entrenando en un equipo de ciclismo en silla de ruedas y estaba encantado. Nunca volvería a subirse en una moto —no solo por las limitaciones físicas, sino porque había decidido apartarse de algo que ya para siempre asociaría al dolor—, pero aquellas bicis adaptadas le provocaban una sensación similar de libertad.

Y eran precisamente esos amigos que tan presentes estaban ahora en sus vidas los invitados a la fiesta de cumpleaños de Sam. Nick, Lena, Jamie, Annie y los cuatro hijos que tenían entre los cuatro, Andrea, Mark, Patrick y Julianne. Pronto llegarían y la casa se llenaría de bullicio, gritos, carreras, besos, abrazos, algún berrinche y muchas risas. Se llenaría —más— de vida.

—Estás tan guapo que no sé si cerrar las cortinas, fingir que no estamos en casa y follarte hasta que no me sienta ni las piernas. —Emma se aproximó a él por detrás, lo abrazó y le habló al oído de una forma tan sensual que la erección de Sam fue automática.

—No me parece la frase más inteligente que decirle a un hombre que ni siquiera tiene piernas, pero... tú misma. —El humor. Esa también había sido una buena tabla de salvación para todos. Al principio, Alex y Emma se sentían extraños y les costaba entrar al trapo de las bromas de Sam, pero... pronto eso también fluyó—. Y no diría que no a eso de dejar que me folles.

—Que corra el aire, joder, que dentro de diez minutos habrá cuatro niños en este salón. —Alex puso cordura al asunto, aunque estalló en una carcajada al mirar bien a Sam—. Y bájate esa erección como puedas o lo mismo acabamos en comisaría.

Todos se carcajearon, pero ni Alex ni Emma pudieron dejar de mirar a Sam. Aquel día había decidido *ponerse* las piernas —esa también era una expresión extraña, pero se habían acostumbrado a escucharla—, por pura coquetería, en realidad. Vestía unos pantalones vaqueros negros que le sentaban como un guante, una camiseta gris clarito algo ajustada a aquellos músculos que no habían dejado de crecer desde que había empezado a tomarse en serio su recuperación y su larga melena, su auténtica seña de identidad, suelta al viento, salvaje y brillante. Cómo un hombre que, en términos objetivos, estaba tan mermado físicamente podía verse tan

poderoso era algo que solo se explicaba con dos palabras: Sam Thornton.

Si a Alex y a Emma les hubieran preguntado unos cuantos años atrás si Sam podría hacer algo para resultar más atractivo, ellos habrían respondido sin dudar que no. Pero la vida estaba llena de sorpresas —eso lo sabían bien— y Sam había tomado una decisión sin consultarles poco tiempo después de volver al trabajo en su estudio de tatuajes. Nunca había dejado de lamentarse por haber perdido aquel triángulo tatuado que tanto significaba para todos. Y ya no tenía una pierna donde tatuárselo, así que decidió hacer algo un poco más... radical. Pidió a su mejor empleado que le replicase aquel diseño... en la cara. En un tamaño algo más pequeño que el anterior, pero bien visible. Soportó como pudo el dolor de las agujas en una zona tan sensible como un lateral de su rostro, cerca de su ojo. Pero se sintió orgulloso cuando estuvo terminado. Alex y Emma alucinaron al verlo —ninguno de los tres se había atrevido nunca a decorarse la cara—, pero él les explicó que precisamente lo quería muy visible porque, si algo había aprendido en su larga travesía por el dolor, era a no esconderse ni avergonzarse de lo que era. Ni de lo que aún le dolía, ser un hombre sin piernas, ni de lo que le daba la vida, amar a dos personas, un hombre y una mujer, sin prejuicios ni miedos.

El timbre del apartamento sonó justo cuando la cena estaba a punto de quemarse porque Alex se había distraído repasando a Sam con la mirada y relamiéndose al pensar en la celebración que llegaría después de la cena, cuando se quedarán los tres solos. Las dos familias llegaron casi al mismo tiempo, así que hubo unos momentos de saludos, abrazos y felicitaciones al homenajeado antes de que Alex sirviera la cena. La disfrutaron como lo que era: una comida excelente rodeados de personas entre las que habían encontrado su lugar, un lugar donde nadie los juzgaba. Después de que Sam soplara las velas, hubo otro pequeño momento de bullicio con la entrega de regalos, pero las aguas volvieron enseguida a su cauce. Los niños se quedaron dormidos poco después de las diez de la noche y entre Nick y Annie los acomodaron en la cama del dormitorio principal. Alex sirvió unas copas y la conversación se volvió más pausada y adulta, con el sonido de un vinilo de los años setenta sonando en el salón.

—Pues... tenemos una cosilla que comentaros —dijo Emma, aprovechando uno de los escasos silencios en la conversación. Acompañó sus palabras con un carraspeo y esa fue la señal que necesitaron todos para mirarla fijamente, porque sabían que significaba que estaba nerviosa.

—¿Qué pasa, Emma? —le preguntó Annie, con el ceño fruncido.

—¿Se lo contamos ya? —Alex movía las cejas arriba y abajo, con una cara de alegría que les dejó claro a todos los presentes que la noticia que tuvieran que comunicar era buena.

—¡Yo lo cuento! —gritó Sam, aunque enseguida bajó la voz por miedo a despertar a los niños. Pero es que estaba tan ilusionado, y había estado durante un tiempo tan acostumbrado a dar solo malas noticias, que necesitaba que esas palabras salieran de su boca—. Vamos... ¡Vamos a ser padres!

Un murmullo de felicitación recorrió la mesa, aunque algunos ceños fruncidos se unieron al de Annie. Lena conocía toda la intrahistoria de la relación entre Sam, Alex y Emma desde que se había encontrado con Sam en aquella clínica de Londres y enseguida puso al tanto de todos los detalles a Nick, que al principio había alucinado un poco, pero no había tardado en darse cuenta de que su vida se había limitado a un entorno bastante tradicional de personas y no se había ni planteado que existieran otras formas de amar diferentes. Cuando Jamie y Annie aparecieron en la vida del trío, les explicaron lo mismo, lo que eran, por qué lo eran y, sobre todo, que no se avergonzaban de nada. Había sido Jamie quien había dicho «¿Y por qué coño se supone que deberíais avergonzaros de quererlos?», y esa pregunta había dibujado una sonrisa en los rostros de Emma, Alex y Sam, que supieron que significaba una aceptación absoluta.

En los años que habían pasado desde que todos se habían hecho amigos, nunca habían sentido que los rechazaran. Tampoco que los juzgaran. Y cuando aquella relación que seguía siendo anómala comparada con el estándar de las relaciones provocaba alguna pregunta en sus amigos... ni ellos se sentían intimidados para hacerla ni Sam, Alex y Emma para responderla. Todos aportaban tolerancia, una cualidad que estaban convencidos de que, si fuera más frecuente, el mundo sería un lugar mejor. Y si no entendían algo, porque al fin y al cabo nadie se había criado rodeado de parejas poliamorosas, lo preguntaban y ellos respondían. Ni más ni menos.

Y aquella confesión inesperada en la sobremesa de una fiesta de cumpleaños... generó unas cuantas preguntas.

—Igual me mandáis a la mierda por esto, pero... —Jamie carraspeó, pero no pudo evitar que se le escapara una risita nerviosa— entiendo que vais a ser padres... los tres, ¿no?

—Efectivamente —respondió Alex.

—Ya... —murmuraron un par de voces en la mesa.

—Os estáis preguntando quién es el padre biológico, pero nadie se atreve a hacer la pregunta en voz alta, lo cual es realmente extraño, teniendo en cuenta que la bocazas de Lena está a la mesa. —Sam estalló en una carcajada, que se intensificó más cuando la aludida le lanzó un pedazo de pan, indignada.

—Venga ya, desembucha —le exigió Nick.

—No hay padre biológico —explicó Emma—. O sea, evidentemente sí que lo hay, pero... no sabemos quién es. Ni queremos saberlo. Yo dejé de tomar la píldora hace medio año, más o menos, porque, por si eso también os lo estáis preguntando, esta ha sido una decisión muy meditada y hablada. Y uno de ellos dos hizo diana hace más o menos tres meses. Ni lo sabemos ahora ni lo sabremos nunca ni nos importa. Nuestro hijo, o hija, tendrá dos padres y una madre. La biología, como todos sabemos, no importa una mierda en esto.

Annie y Jamie recibieron con una enorme sonrisa ese comentario. Sus hijos eran adoptados y jamás los habían sentido ni un ápice menos propios que si Jamie los hubiera concebido y Annie los hubiera parido.

—¿Y habéis pensado en cómo... se lo explicaréis el día de mañana?

—Eso es precisamente lo que ha hecho que tardáramos más en decidirnos a ser padres —explicó Sam—. Ninguno de los tres habíamos querido nunca hacerlo, pero pasados los treinta y cinco... joder con el reloj biológico de los cojones. —Su comentario, tan vehemente, fue recibido con risas por todos los presentes, tal vez porque todos habían pasado por ello en otros momentos de sus vidas—. Pero nos echaba para atrás el miedo a que una familia diferente, como la nuestra, le afectara en el futuro.

—No será así —afirmó Lena, tan convencida que ni siquiera se esforzó en dar más explicaciones.

—Lo sabemos. —Alex le respondió con una sonrisa—. Estamos los tres seguros de que, además de las necesidades básicas, lo único realmente importante que necesita un niño es amor. Mucho, muchísimo amor. Y eso en esta casa lo tenemos por triplicado.

Todos asintieron, con enormes sonrisas en sus labios, y no hizo falta explicar nada más. Porque lo que había dicho Alex era la única gran verdad. La vida podía dar las vueltas que quisiera, pero el amor siempre vencía. No muchos años atrás, incluso en la siempre liberal San Francisco, muchas personas se preguntaban si un niño criado por una pareja homosexual podría sentirse *normal* en el futuro o se vería afectado por esa circunstancia. En aquel momento, ya a casi nadie se le ocurría cuestionarse algo así. El mundo avanzaba a pasos agigantados, y Emma, Alex y Sam cruzaban los dedos para que, cuando el hijo que esperaban tuviera uso de razón, ya nadie

pusiera cara de extrañeza al saber que lo criaban dos padres y una madre, en relación de iguales, como tenía que ser, y con tanto amor entre ellos que se les desbordaba por las ventanas de su ático.

—Oye... —Lena frunció el ceño—, ¿has dicho que estás ya de tres meses?

—De trece semanas, para ser exactos —respondió Emma, orgullosa—. No hemos querido contarlo hasta que pasara el riesgo, pero lo cierto es que estoy teniendo un embarazo facilísimo y, además, estos dos chicos me tienen muy mimada.

—Como tiene que ser —aportó Jamie—. Más les vale.

—Tranquilo, fiero —lo frenó Sam—. Algo sabemos de cómo tratar a nuestra chica.

—¿Y se quedará en hijo único? —preguntó Nick, medio en broma, medio en serio.

—¡Pero, tío! —se quejó Alex—. Que ni siquiera se le nota aún el embarazo ¿y ya quieres que seamos familia numerosa?

Todos se carcajearon y la sobremesa continuó entre especulaciones sobre el sexo del bebé — que a todos les daba exactamente igual, porque ese bebé sería lo que quisiera cuando creciera—, la posible fecha de parto —incluso se montó una porra improvisada— y otras muchas cuestiones en las que participaron tanto los chicos como las chicas. A Alex, Emma y Sam no se les borraba la sonrisa de la cara. Después de atravesar el cielo y el infierno en un período relativamente corto de tiempo, aquel proyecto era lo que más los había ilusionado en toda su vida. Sabían que tendrían un hijo al que criarían con más amor del que recibiría ningún niño en toda la ciudad, quizá con la única excepción de los cuatro que dormían en aquel momento en su cama. Empatado con ellos, en cualquier caso.

Y es que en aquel salón todos sabían muy bien lo que es el amor. Y la capacidad que tiene para curar heridas. Nadie como ellos, como los siete, sabían cuánto pesan las cicatrices, cómo pueden condicionar nuestras vidas, hacernos sentir diferentes, peores. En aquel salón había un hombre que se había avergonzado tanto de sí mismo que no había salido de su casa en diez años, una mujer que había sufrido tanto por un amor mal entendido que había renunciado para siempre a amar, un hombre que se había odiado tanto por un error estúpido que no se sentía digno de ser amado, una mujer que había pensado que el amor romántico no era para ella antes siquiera de conocerlo, un hombre que había creído que, al perder las piernas, se había perdido a sí mismo. Y luego estaban Alex y Emma, que nunca habían sufrido en carne propia las cicatrices que la vida hubiera querido imponerles, pero que formaban un solo ser con Sam y sabían lo que dolía ver un cuerpo mermado por las circunstancias.

Pero había algo de lo que ninguno de los siete dudaba: que el amor puede curarlo todo. Jamie jamás habría salido de su encierro si Annie no hubiera aparecido. Annie no habría superado sus miedos si Jamie no la hubiera llenado de confianza, en sí misma y en él. Nick nunca se habría perdonado a sí mismo si Lena no lo hubiera hecho antes incluso de conocer los detalles de su secreto. Lena jamás habría pensado que enamorarse era una posibilidad antes de que Nick se lo demostrara. Sam nunca habría pensado que podría volver a ser feliz, incluso a vivir una ilusión tan gigantesca como aquella futura paternidad, si Alex y Emma no lo hubieran empujado siempre a salir del pozo. Y ellos no habrían vuelto a ser felices, no del todo, si Sam no hubiera regresado a la vida.

Cuando los niños despertaron, Jamie, Annie, Nick y Lena se marcharon. Se despidieron entre besos, felicitaciones y promesas de volver a verse pronto. Y salieron de aquella casa con el mismo pensamiento en la cabeza que también tenían Alex, Emma y Sam mientras se desnudaban y se enredaban en una noche de pasión sin final: que los corazones pueden sufrir heridas, pero el amor tiene la capacidad de convertirlos en cicatrices que ya ni siquiera duelen. Que son el mejor

recordatorio de que incluso el sufrimiento merece la pena si lo que hay al final del camino es el amor de tu vida. O, en algunos casos..., los amores.

FIN

Towanda Richardson es una escritora española que debutó en la novela romántica con la serie
Amar a un multimillonario:



La serie **Corazones heridos** comenzó con [Yo curaré tus heridas](#), continúa con [Yo caminaré de tu mano](#) y se cierra con el libro que tienes en tus manos.

¡PRONTO NUEVAS HISTORIAS!

Si deseas contactar con Towanda o estar al día de todas las novedades sobre sus novelas, puedes seguirla en su web (towandarichardson.blogspot.com), encontrarla en Facebook ([Towanda Richardson Escritora](#)) o enviarle un email a towandarichardson33@gmail.com y te responderá lo antes posible.